

J. J. MOREAU DE TOURS

EL HACHÍS Y LA ENFERMEDAD MENTAL

ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

PRIMERA PARTE

HISTORIA

Como ya indica el título de esta obra, el trabajo que ahora doy al público versa sobre el hachís o, al menos, sobre las influencias que esta sustancia ejerce en las funciones intelectuales.

Poco importa que el hachís sea más o menos desconocido en el mundo médico. Aubert-Roche, en su libro : *De la peste, ou Typhus d'Orient* (1840), había resaltado la importancia de esta sustancia. Poco después, en 1841, en mi memoria sobre el tratamiento de las alucinaciones con estramonio, expuse los efectos psicológicos que la misma provoca, si bien de forma sumaria. Yo había adquirido este conocimiento experimentando el efecto del hachís en mí mismo y no solo a través de lo que otros habían relatado. Es más, ésta es la única manera de estudiar dichos efectos, pues la observación hecha sobre otros aporta solamente apariencias que poco o nada resuelven, si es que no nos hacen caer en burdos errores.

De una vez por todas, y desde el mismo comienzo: es absolutamente imprescindible que la observación se lleve a cabo sobre uno mismo, para que nadie pueda poner en duda la exactitud de la misma. La experiencia personal es aquí el *criterium* de la verdad. Impugno, pues, el derecho de cualquiera a hablar sobre los efectos del hachís si no lo hace en virtud de las propias experiencias adquiridas tras un uso suficientemente repetido*.

Que nadie se extrañe al oírme hablar así. Tras mi viaje a Oriente, los efectos del hachís han constituido para mí objeto de estudio serio y perseverante. En cuanto he podido, y con todos los medios a mi alcance, me he esforzado en sembrar este conocimiento entre el público médico. Mis palabras con frecuencia han sido acogidas con incredulidad; pero esta incredulidad cesa siempre superados ciertos temores, por lo demás comprensibles, cuando se ha tenido el coraje de seguir mi ejemplo y de experimentar por uno mismo.

Todos cuantos han visitado el Oriente saben bien lo extendido que se encuentra allí el uso del hachís, sobre todo entre los árabes, entre los que se ha convertido en una necesidad no menos imperiosa que el opio entre los turcos y los chinos, o las bebidas alcohólicas en Europa.

Hachís es el nombre de la planta cuyo principio activo constituye la base de las distintas preparaciones embriagantes utilizadas en Egipto, en Siria y en prácticamente todas las regiones orientales. Esta planta es común en la India y en el Asia meridional: es una especie de cáñamo que no difiere mucho de nuestro cáñamo europeo. Los botánicos lo han denominado *cannabis indica*. «Si se examinan», dice Aubert quien, como nosotros aquí, ha estudiado el hachís en las distintas regiones, «las hojas, las flores y las semillas de esta planta, uno creerá reconocer un cáñamo proveniente de una tierra árida. El hachís es de la misma familia y del mismo género [...] Las hojas son opuestas, pecioladas, con cinco profundas y agudas divisiones. Las flores son poco aparentes. Al igual que en el cáñamo común, existen plantas femeninas y masculinas. El cáliz de los machos tiene cinco divisiones, con cinco estambres; el de las hembras es de una sola pieza. La raíz es pivotante. La diferencia entre el cáñamo y el hachís radica en el tallo: este último alcanza, a lo sumo, dos o tres pies de altura. Su tallo no es único, sino ramificado desde la base. Las ramas son alternas; en el tallo del hachís no se aprecian los filamentos que

* N. del T.: Si se le confiere validez a esta proposición de Moreau de Tours, habría que extender su aplicación a todos los psicofármacos.

aparecen en el cáñamo. El olor que emite el hachís es menos fuerte que el del cáñamo; tiene algo de peculiar¹.»

Añadamos que la estopa del hachís es demasiado basta para ser empleada fácilmente por los cordeleros.

Todo inclina a creer que la especie de cáñamo naturalizado en Europa ha sido importado de China. El cáñamo se extiende por la Rusia asiática, justo hasta la frontera de los dos imperios, en el gobierno de Irkontok. La planta ha degenerado, de hachís a cáñamo, a partir de los montes Altai hacia el norte. Los veranos de Siberia le resultan muy propicios, y son suficientes para obtener una adecuada maduración de sus semillas. Dada la similitud entre ambas variedades de cáñamo, es indudable que uno y otro provienen de la misma tierra natal, y esta tierra no puede ser otra que alguna región de China o de cualquier otra zona de Asia meridional.

La preparación más común del hachís, y que de una manera u otra constituye el componente esencial de cualquier otra, es el *extracto graso*, que se obtiene de manera muy simple: se hierven las hojas y las flores de la planta con agua a la que se ha añadido cierta cantidad de mantequilla fresca; después, tras haberlo reducido por cocción hasta conseguir la consistencia de un jarabe espeso, se filtra. Se obtiene así una mantequilla verdosa cargada del principio activo. Este extracto, que nunca se toma solo a causa de su olor nauseabundo, sirve para la confección de diferentes electuarios*, pastas y tortas, que se aromatizan con esencia de rosa o de jazmín a fin de enmascarar el desagradable olor del extracto puro. El electuario más comúnmente usado entre los árabes es el llamado *dawamesc*. Su color y su consistencia le confieren un aspecto desagradable que inspira cierta repugnancia, al menos entre nosotros los europeos, a quienes el buen hacer de nuestros confiteros ha convertido en gastrónomos demasiado exigentes. Sin embargo es agradable al gusto, sobre todo cuando está fresco pues con el tiempo tiene el inconveniente de ponerse rancio. Sin embargo no pierde ninguna de sus propiedades: yo he conservado alguno durante diez años y conservaba aún toda su eficacia. Para obtener determinados efectos que los árabes buscan con fruición a causa de los excesos a que suelen entregarse, mezclan con este preparado diferentes sustancias afrodisíacas, tales como la canela, el jengibre, el clavo, y puede que incluso polvo de cantáridas, como opina Aubert-Roche. He oído decir a algunos viajeros procedentes de la India que allí no se encuentra jamás el hachís puro, sino mezclado con las sustancias que acabamos de enumerar, o incluso con opio, extracto de datura y otras sustancias narcóticas. Se comprende que la mezcla de estas diferentes sustancias con el hachís hace variar notablemente los efectos.

Las hojas del hachís pueden fumarse con tabaco: si han sido cogidas recientemente, su efecto es rápido y potente, pero parece que pierden todas, o casi todas sus propiedades una vez que se han secado. Sirven también para preparar una especie de cerveza cuyos efectos son demasiado violentos, por no decir peligrosos. Aubert describe accesos de furor con el uso de la misma.

Ya he señalado que el *dawamesc* es la preparación más común; y la que posee efectos más seguros. Es igualmente la más fácil de adquirir y la que

¹ *De la Peste*, p. 217.

* N. del T.: Preparación farmacéutica, de consistencia de miel, hecha con polvos, pulpas, o extractos y jarabes.

menos riesgo de alteración entraña durante su viaje desde Oriente. Por estas razones, es la preparación que yo he usado más a menudo.

Su acción está lejos de ser igual para todos los individuos. A igual dosis, puede producir efectos extremadamente diversos, según los individuos. No puedo precisar cuáles son los temperamentos o constituciones que experimentan más vivamente su influencia. En general los más impresionables me han parecido los temperamentos bilioso-sanguíneos. Nada me inclina a creer que el hachís tenga una acción más pronunciada sobre las mujeres que sobre los hombres. He encontrado algunas personas a las que el hachís parecía no hacerles efecto alguno y que resistían dosis que a otros les habrían producido efectos muy intensos. He adquirido además la convicción de que con una cierta energía de la voluntad se pueden detener o al menos disminuir considerablemente estos efectos, al igual que se puede aprender a dominar la cólera. Enseguida veremos de qué manera pueden ser modificados estos efectos por las circunstancias exteriores, por las impresiones que nos vienen de fuera, y también por la disposición de ánimo en la que uno se encuentre.

Es necesario tomar el hachís en ayunas o, al menos, varias horas después de haber comido, pues si no sus efectos son inciertos o completamente nulos. El café parece favorecer su eclosión, al igual que su duración, haciéndolos momentáneamente más intensos.

Generalmente es suficiente con una cantidad similar a una nuez de damawesch, es decir aproximadamente treinta gramos, para obtener algunos resultados. Con la mitad o la cuarta parte de esta dosis, se experimentará una alegría más o menos viva, o incluso un poco de risa tonta; pero se necesita una dosis más elevada para obtener esos efectos que en Oriente designan con el término italiano *fantasia*.

No hay duda acerca del conocimiento de los efectos del hachís en la más alta antigüedad. Virey, en una memoria repleta de juiciosa erudición, insertada en el *Bulletin de Pharmacie* (1903), pone de manifiesto que el *Cannabis indicae* era realmente la nepentes homérica: «Diodoro de Sicilia informa que los egipcios alegan diferentes testimonios referentes a la estancia de Homero entre ellos, señalando particularmente aquel episodio en el que Elena le da a Telémaco un breva para hacerle olvidar sus males; según el poeta, Elena recibió este remedio de Polymneste, la esposa de Atón, en Tebas (Egipto); dicha pócima venía siendo empleada entre las mujeres de Diospolis que, al parecer, eran las únicas que disponían de un secreto para calmar la cólera y la pena.

En la Edad Media, el partido que algunos príncipes del Líbano supieron sacarle al hachís resulta verdaderamente sorprendente. Marco Polo, cuenta Silvestre de Sacy, nos enseña que el Anciano de las montañas hacía subir a jóvenes escogidos entre los habitantes más fuertes de su dominio, para convertirlos en ejecutores de sus bárbaras detenciones. Toda su educación tenía por objeto convencerlos de que, obedeciendo ciegamente las órdenes de su jefe, obtendrían después de la muerte el disfrute de cuantos placeres pueden proporcionar los sentidos. Para conseguirlo, había hecho construir cerca de su palacio unos deliciosos jardines. Allí, en pabellones decorados con cuanto de rico y de brillante pueda el lujo asiático imaginar, habitaban hermosas jóvenes consagradas a los placeres de aquellos para quienes habían

sido destinados esos encantadores lugares. Los príncipes ismaelitas¹ llevaban allí, de cuando en cuando, a aquellos jóvenes a los que querían convertir en ejecutores ciegos de sus voluntades. Tras hacerles tomar un brebaje que los sumía en un profundo sueño y que les privaba durante un cierto tiempo del uso de todas sus facultades, los introducían en estos pabellones, dignos de los jardines de Armida. Al despertar, todo cuanto estimulaba sus ojos y sus oídos los sumía en un éxtasis que privaba a la razón de todo poder sobre el alma... Este brebaje maravilloso no era otro que el hachís, asegura Jourdain, cuyas virtudes eran bien conocidas por el jefe de la secta y cuyo uso no se propagó sino varios siglos después.

Silvestre de Dacy, apoyándose en diversos textos árabes, ha demostrado que la palabra *asesino* era la corrupción de la palabra *hachischin*, la cual había sido aplicada a los ismaelitas porque usaban un licor embriagador denominado hachís. «La borrachera por hachís, dice Michaud, ocasiona una especie de éxtasis parecido al que los orientales experimentan con el uso del opio; y tras el testimonio de numerosos viajeros, se puede asegurar que las personas que caen en este estado de delirio se imaginan gozar del objeto natural de sus deseos, y disfrutar de una felicidad cuya adquisición apenas les ha costado nada, pero cuyo uso demasiado frecuente altera la organización vital y conduce al marasmo y a la muerte... Los que logran librarse de su uso son llamados todavía hoy hachichins o hachaschins; y estos dos términos nos explican por qué los historiadores latinos de la época de las cruzadas denominaron a los ismaelitas bien *assisini*, bien *assasini*.»

Se conocía la fanática entrega que los príncipes ismaelitas lograban imbuir en estos sujetos merced a las ilusiones con las que les rodeaban. No existía obstáculo o sacrificio alguno que debilitara este fanatismo. Al menor signo de la voluntad del dueño, los hachischins se lanzaban desde lo alto de una torre, se arrojaban a las llamas, se clavaban un puñal en el corazón, o bien afrontaban toda clase de peligros y obstáculos hasta conseguir asesinar al jefe enemigo que su amo había señalado.

Sauvages² describe del siguiente modo los efectos producidos por una especie de elucorio usado en la India, y en cuya composición entra el cáñamo indico. «Se cuentan cosas fabulosas acerca de la virtud de este filtro. Así, se asegura que su efecto puede cegar a un marido, cuando un adúltero está a punto de entrar en su cama para seducir a su esposa. *Kempfer* ha comprobado alguno de estos hechos extraordinarios, tales como los siguientes: en Malabar, una multitud de vírgenes hermosas traídas del templo de los brahmanes se colocan en perfecto orden ante el público; cuando el sacerdote lee la fórmula de las oraciones contenidas en los libros sagrados, y a fin de apaciguar al dios que preside la abundancia y el buen tiempo, estas jóvenes comienzan a danzar, a saltar dando gritos, a fatigar sus cuerpos, a dar vueltas sobre sí mismas, a girar sus brazos y sus ojos, a lanzar espuma por la boca y realizar horribles actos... Enseguida se reconduce a estas fatigadas sacerdotisas al templo; se las acuesta y, tras suministrarles otra poción que neutraliza el efecto de la primera, se las vuelve a mostrar poco más o menos una hora después ante el mismo público, sanas de espíritu, para que el gentío crea que han sido libradas de los malos espíritus y que el dios ha sido apaciguado.

¹ Según Jourdain, los ismaelitas se llamaban también bathémiens, nazzariens, molaheds y *haschichins* (sic).

² *Nosologie*.- Paraphrosynie magique. *Delirium magicum*.

El propio *Kempfer* recibió, durante una comida en la que sus amigos le aceptaron como uno más entre ellos, un tazón con un elucorio que les habían enviado los de Bengala. Tras haberlo probado, se sintieron todos especialmente dichosos; comenzaron a reírse y abrazarse; cuando llegó la noche, se subieron a un caballo y les parecía que volaban por el aire, sobre las alas de Pegaso, y que estaban rodeados por los colores de numerosos arcoiris. Llegados a casa, comieron con un apetito voraz lo que les dieron, y al día siguiente se encontraban sanos de cuerpo y espíritu.»

En 1841, cuando yo publiqué mi memoria sobre las alucinaciones, no había podido estudiar todavía los efectos del hachís más que de un modo muy superficial. Después, pude dedicarme a un gran número de experiencias conmigo mismo y con algunas personas (entre ellas, numerosos médicos) a las que conseguí convencer para que lo tomaran, cosa que no resultó fácil. A lo largo de esta obra, tendré ocasión de ir poniendo de manifiesto los principales hallazgos. No obstante puedo ya en este preciso instante aportar el relato de dos *fantasías*, las más detalladas que he podido obtener sobre otra persona. Para la primera, transcribiré, *palabra por palabra*, las notas que me han sido remitidas por la persona que protagonizó dicha experiencia. Se podrá apreciar un cierto desorden en la redacción que no he querido corregir; fueron escritas poco después del acceso, por lo que todavía se resienten un tanto del mismo.

«Jueves 5 de diciembre... Había tomado hachís, conocía ya sus efectos, no por experiencia, sino porque una persona que había visitado el Oriente me había hablado de ello, y yo esperaba, tranquilo, el gozoso delirio que debía apoderarse de mí. Me puse a la mesa, no diría —como algunas personas— tras haber *saboreado esta deliciosa pasta*, sino tras haberla engullido con esfuerzo, pues me resultó detestable. Una vez comidas las «ostras», se apoderó de mí un acceso de risa loca que se calmó enseguida cuando centré mi atención en otras dos personas que, como yo, habían querido probar la sustancia oriental, y que veían ya una cabeza de león en su plato. Permanecí bastante tranquilo hasta el final de la cena; entonces agarré una cuchara y me puse en guardia contra una pequeña fuente de frutas confitadas con la que me suponía en duelo, al tiempo que abandonaba el comedor explotando de risa. Enseguida experimenté la necesidad de escuchar, de hacer música. Me puse al piano, y comencé a tocar un aire del *Domino noir*; me interrumpí al cabo de algunos compases, porque un espectáculo verdaderamente diabólico se ofreció a mis ojos: creía ver la fotografía de mi hermano que estaba sobre el piano animarse, mostrándome una cola bifurcada y negra, que terminaba en tres farolillos, uno verde, uno rojo y otro blanco. Esta aparición se me presentó varias veces a lo largo de la noche. Estaba sentado en un sofá y de repente gritaba: «¿Por qué me sujetas las piernas? Tengo la impresión de ser de plomo. ¡Qué pesado me siento!». Alguien me cogió de las manos para ayudarme a ponerme en pie, pero me caí pesadamente al suelo; me arrodillaba al estilo de los musulmanes, diciendo: Padre mío, me acuso, etc., como si comenzara una confesión. Me levantaron y experimenté un súbito cambio en mi ser. Cogí un braserillo y me puse a bailar la polca con él; imitaba el gesto y la voz de algunos actores, entre otros Ravel y Grassot, a quienes había visto pocos días antes en el Étourneau. Del teatro, mi pensamiento me transportó al baile de la Ópera: la gente, el ruido, las luces, me exaltaron al límite; tras mil discursos incoherentes, gesticulando y con miedo a todos los enmascarados que creía ver, me dirigí hacia la puerta de una habitación próxima que permanecía a oscuras.

»Entonces me ocurrió algo horrible: me ahogaba, me sofocaba, caía en un pozo inmenso, sin fin, el pozo de Bicêtre. Cual náufrago que trata su salvación en una tabla, de la misma manera quería yo agarrarme a las piedras del brocal del pozo; pero éstas se desplomaron conmigo al abismo sin fondo. Esta sensación fue muy penosa, pero duró poco porque yo grité: «Estoy cayendo en un pozo», y me recondujeron a la habitación contigua, la cual acabada de abandonar. Mi primera palabra fue: ¡Soy idiota!, tomo esto por un pozo y estoy en el baile de la Ópera. Tropecé con un taburete; me pareció que era un enmascarado quien, echado en el suelo, danzaba de forma inconveniente, y le dije a un policía que lo arrestase. Pedí algo de beber; fueron a buscar un limón para hacer limonada, y yo le dije a la camarera que no cogiese uno tan amarillo como ella, cuya figura me parecía de un extraño color naranja.

»Súbitamente pasé mis manos por mi cabeza; sentía como millones de insectos devoraban mi cabello; mandé a buscar al obstetra, que estaba en ese momento cerca de la señora B, para ayudar a la hembra de uno de esos insectos que se había puesto de parto y había escogido como paritorio el tercer cabello por la izquierda de mi frente: tras un penoso esfuerzo, el animalito trajo al mundo siete pequeñas criaturas. Hablaba con personas que no había visto desde hacía muchos años, recordaba una cena a la que había asistido, cinco años atrás, en Champagne; veía a los personajes: el general H servía un pescado rodeado de flores; tenía a su izquierda al señor K; ambos estaban delante de mis ojos y, cosa inaudita, me daba cuenta de que yo estaba en mi casa y que todo cuanto veía había ocurrido hacía tiempo; sin embargo me parecía tenerlos ahí. ¿Qué era, pues lo que estaba experimentando?

»Pero cuando ví a mi hijo, mi bien amado hijo, en un cielo azul y plata, experimenté un delirio embriagador, un delirio que sólo el corazón de una madre puede comprender. Tenía alas blancas bordadas de rosa; me sonreía y mostraba dos hermosos dientes blancos, cuyo brote había estado aguardando yo con enorme deseo; estaba rodeado de otros muchos niños que como él tenían alas y revoloteaban por el bello cielo azul; ciertamente, jamás había experimentado una embriaguez tan pura; me sonreía y extendía hacia mí sus bracitos como para llevarme hacia él. Sin embargo esta dulce visión se desvaneció al igual que las otras, y caí del alto del cielo que el hachís me había hecho entrever al país de las linternas. Se trataba de un país en el que los hombres, las casas, los árboles, las calles eran linternas parecidas a los vidrios de colores que iluminaban los Campos Elíseos el 29 de julio pasado. Esto me recordaba el ballet de Chao-Kang que había presenciado en el teatro náutico, siendo niño. Estas linternas caminaban, danzaban, se agitaban sin cesar. Eran más brillantes que aquellas otras tres linternas en las que terminaba la pretendida cola de mi hermano; veía sobre todo una luz que danzaba sin cesar delante de mis ojos (era debida a la llama del carbón vegetal que ardía en la chimenea). Se cubrió el fuego con la ceniza. ¿Oh!, dije yo, quieres apagar la linterna, pero aparecerá de nuevo. En efecto, la llama vaciló, y de nuevo vi danzar mi lucecita que, de blanca que era, se había transformado en verde.

»Mis ojos permanecían constantemente cerrados a causa de una especie de contractura nerviosa; me escocían mucho; buscaba la razón, y no tardé en descubrir que mi sirvienta me había pintado los ojos con cera y yo me los estaba frotando con un cepillo, lo cual era un motivo más que suficiente para explicar el malestar que experimentaba a este respecto.

»Bebí un vaso de limonada, después repentinamente, y sin que pueda decir a propósito de qué, la imaginación, mi hada graciosa, me transportó a los

baños de Ouarnier, en pleno Sena. Quise nadar y experimenté un momento de cruel emoción al sentir que me hundía en el agua; cuanto más me esforzaba en gritar, más me engullía el agua. Hasta que una amiga acudió a salvarme y me sacó a la superficie; a través de las telas del baño podía entrever a mi hermano, que se paseaba por el puente de las Artes.

»Veinte veces estuve a punto de cometer una indiscreción; pero a última hora me detenía diciendo: —mejor te callas. —Soy incapaz de decir las mil ideas fantásticas que atravesaron por mi cerebro durante las tres horas que permanecí bajo el efecto del hachís; —parecían demasiado extravagantes para que se las pueda tomar por sinceras; las personas presentes en ocasiones dudaban y me preguntaban si me estaba riendo de ellas; porque, en medio de esta extraña locura, yo conservaba mi capacidad de razonar. Mis gritos y mis cantos despertaron a mi hijo que dormía en el regazo de mi madre. Su vocecita, al llorar, me recordó a mí misma, y me aproximé a él; lo abracé como hubiese hecho en estado natural. Por temor a alguna crisis, me apartaron de su lado, y entonces dije que no me pertenecía, que era el hijo de una señora a la que yo conocía. Después, fui a hacer unas visitas; charlaba, yo misma hacía las preguntas y daba las respuestas; iba al café, pedía un helado, y me parecía que los camareros tenían un aspecto bruto, etc. Tras un montón de paseos, en los que me había encontrado con el señor..., cuya nariz se alargaba desmesuradamente, entré en casa diciendo: ¡Oh!, mirad esa enorme rata que corría por la cabeza de B. En ese mismo instante, la rata se hincha y se hace tan enorme como la que aparece en la comedia fantástica *Los Siete Castillos del Diablo*. La veía y juraría que se paseaba por la cabeza en la que tan singularmente la había yo colocado, mientras miraba el sombrero de una señora; me daba cuenta perfectamente que quien realmente estaba allí era esa señora con su sombrero, en tanto que B y la rata no eras sino seres imaginarios; sin embargo puedo afirmar que los vi.»

Uno de nuestros más distinguidos escritores, el señor Théophile Gautier, había oído hablar de los efectos del hachís y me testimonió su vivo deseo de poder juzgar por sí mismo, confesando que de entrada era remiso a creer en ello. Me apresuré a satisfacerlo, convencido de que serían suficientes unos pocos gramos de damawesc para hacer pronta justicia a sus prevenciones. En efecto, la acción del hachís fue viva y contundente, máxime que quien la probaba no mostraba resistencia alguna y fue, por así decirlo, tomado de improviso.

El señor Th. Gautier dio cuenta en un periódico (*la Presse*) de los principales episodios de la *fantasia* que había experimentado. El hachís no pudo encontrar un intérprete más digno que la poética imaginación del señor Gautier; imposible pintar sus efectos con colores más brillantes y, me atrevería a decir, más acertados. ¿Es necesario añadir que la explosión del estilo, y quizá una cierta exageración en la forma, no deben en modo alguno hacernos desconfiar de la veracidad autor, quien, en definitiva, no hace sino expresar sensaciones familiares para quienes tienen una cierta experiencia con el hachís?

»Desde siempre, dice el señor Th. Gautier, los orientales, a quienes su religión prohíbe el uso del vino, han buscado la manera de satisfacer, por medio de diversos preparados, esa necesidad de excitación intelectual común a todos los pueblos, y que las naciones de Occidente satisfacen con los medios espirituales y con las bebidas alcohólicas. El deseo de lo ideal es tan fuerte en el hombre que, bajo su empuje, intenta aflojar los lazos que sujetan el alma al

cuerpo como sea, y, no hallándose la consecución del éxtasis al alcance de su naturaleza, no le queda otro remedio que beber la alegría, fumar el olvido o comer la locura, en forma de vino, de tabaco, o de hachís. —¡Qué extraño problema! un poco de licor rojo, una bocanada de humo, una cucharada de pasta verdosa, y el alma, esa esencia impalpable, se modifica al instante! Las personas serias llevan a cabo mil extravagancias; las palabras brotan involuntariamente de la boca de los taciturnos: ¡Heráclito riendo a carcajadas, y Demócrito llorando!... Al cabo de algunos minutos se apoderó de mí un amodorramiento general. Me pareció que mi cuerpo se disolvía y se hacía transparente. Veía con mucha nitidez dentro de mi pecho¹ el hachís que había comido, en forma de esmeralda de la que salían millones de chispitas. Las cejas de mis ojos se alargaban indefinidamente, enrollándose como hilos de oro en diminutas ruelas de marfil que giraban por sí solas a velocidad cegadora. A mi alrededor, chorros y cascadas de pedrerías de todos los colores y gorjeos que se renuevan sin cesar, todo ello comparable a un calidoscopio; veía incluso unos compañeros en ciertos momentos, pero desfigurados, mitad hombres, mitad plantas, con aspecto de ibis absortos, de pie sobre una pata de avestruz, batiendo las alas, tan extraños que me desternillaba de risa en mi rincón, y, para ponerme a tono con lo bufonesco del espectáculo, me puse a tirar cojines al aire, recogiénolos y volviéndolos a lanzar con la rapidez de un malabarista indio. Uno de los señores me dirigió un discurso en italiano que el hachís, por su propia fuerza, me traspuso al español. Las preguntas y las respuestas eran casi razonables, y versaban sobre cosas indiferentes, noticias de teatro o de literatura.

»El primer acceso tocaba a su fin y pocos minutos después me encontraba de nuevo perfectamente tranquilo y sin dolor de cabeza ni ninguno de los síntomas que acompañan a la resaca de borrachera de vino, aunque, eso sí: fuertemente extrañado de cuanto acababa de suceder. —A penas había transcurrido media hora cuando caí de nuevo bajo el dominio del hachís. Esta vez, la visión fue más complicada y extraordinaria. En el aire, confusamente luminoso, revoloteaban en perpetuo hormigueo miles de mariposas batiendo sus alas como abanicos. Flores gigantescas con el cáliz de cristal, enormes malvarrosas, margaritas de oro y plata ascendían y se desvanecían a mi alrededor, con una crepitación parecida a la de los castillos de fuegos artificiales. Mi oído se había desarrollado prodigiosamente: podía escuchar el ruido de los colores. Me alcanzaban oleadas perfectamente diferenciadas de sonidos verdes, rojos, azules, amarillos. La caída de un vaso, el crujido de un sillón, una palabra pronunciada en voz baja, vibraban y resonaban en mi interior como el despliegue de una tormenta; mi propia voz me resultaba tan fuerte que no me atrevía a hablar, por miedo a hacerme explotar cual si fuese una bomba. Más de quinientos péndulos cantaban la hora con voces aflautadas, cobrizas, argénteas. Cada objeto rozado emitía una nota que recordaba el sonido de una armónica o un arpa eólica. Nadaba en un océano de sonoridad en el que flotaban, como islotes de luz, algunos motivos de *Lucia* y del *Barbero*. Jamás beatitud parecida me había inundado con sus efluvios; me sentía tan fundido con esa atmósfera, tan ausente de mí mismo, tan desembarazado del yo, ese odioso testigo que nos acompaña a todas partes, que por primera vez comprendí cómo podía ser la existencia de los espíritus elementales, de los ángeles y de las almas separadas de los cuerpos. Como

¹ Un joven médico creía ver el fluido nervioso circular por las ramificaciones del plexo solar.

una esponja en medio del mar, me sentía atravesado por oleadas de gozo que entraban y salían por mis poros como si me hubiese vuelto permeable, y hasta el más fino vaso capilar, todo mi ser se inyectaba del color de aquel entorno fantástico en el que me hallaba sumergido. Los sonidos, los perfumes, la luz, llegaban hasta mí a través de múltiples conductos finos como cabellos, en los que oía silbar una corriente magnética.— Tuve la impresión de que aquel estado había durado, por lo menos, trescientos años, es decir: las sensaciones se sucedían allí a tal velocidad que resultaba completamente imposible apreciar la duración real del tiempo.

»Algo muy particular de la borrachera de hachís, es que no es continua; viene y va, os levanta al cielo y de nuevo os tira por tierra, sin transición.— Al igual que en la locura, hay momentos lúcidos.— Mi velada oriental terminó con un tercer episodio, el último y más estafalario: en éste mi visión se desdobló.— Dos imágenes de cada objeto se reflejaban en mi retina, produciendo una simetría completa; pero el mágico alimento, ya completamente digerido, volvió a actuar con fuerza sobre mi cerebro, ahora con más intensidad todavía, volviéndome completamente loco durante una hora. Todo tipo de sonidos pantagruélicos discurrieron por mi fantasía: gruyas, pájaros mecánicos, unicornios, grifos, todo un zoológico de escenas monstruosas que trotaba, saltaba, revoloteaba y chillaba por la habitación... Las visiones se hicieron de tal manera barrocas que experimenté el deseo de dibujarlas, y en menos de cinco minutos hice el retrato del doctor..., tal y como se me aparecía, sentado al piano, vestido de turco, con un sol en el dorso de su vestido. Las notas aparecen representadas escapándose del teclado, en forma de fusas y de espirales caprichosamente tirabuzonadas¹. Otro dibujo llevando esta leyenda —*un animal del futuro*— representa una locomotora viva con cuello de cisne terminado en pico de serpiente, de donde brotan oleadas de humo, con patas monstruosas compuestas de ruedas y poleas; cada par de patas se acompaña de un par de alas y, sobre la cola del animal, se ve un Mercurio antiguo que se reconoce vencido a pesar de sus talones alados. Gracias al hachís he podido hacer el retrato de un duende, cuando hasta el presente había tenido que conformarme con oírlos gemir y moverse durante la noche por mi viejo despacho.

»Pero, basta ya de locuras. Para relatar completo un estado alucinatorio causado por el hachís sería necesario un grueso volumen, y un simple escritor de folletines como yo no puede permitirse recomenzar el Apocalipsis.»

¹ Efectivamente, es notable de qué modo, con el hachís, el espíritu tiende a transformar todas sus sensaciones, revistiéndolas de formas palpables, tangibles, materializándolas, por así decir.

SEGUNDA PARTE

FISIOLOGÍA

Inicialmente había sido sólo la curiosidad lo me había llevado a experimentar en mí mismo los efectos del hachís. A partir de ahí, no tengo dificultad en admitirlo, me resultaba difícil librarme del recuerdo insistente de unas sensaciones hacia las que me sentía, en cierto modo, agradecido. Así que si permanecí callado durante tanto tiempo, fue por los siguientes motivos:

Yo había descubierto en el hachís, o más bien en su acción sobre las facultades morales*, un portentoso medio, único, de exploración en materia de patología mental; estaba convencido de que, por medio del mismo, sería posible iniciarse en los misterios de la alienación, alcanzar el origen oculto de estos trastornos tan frecuentes, tan diversos, tan extraños que se acostumbra a designarlos bajo el nombre colectivo de *locura*.

Puede parecer una audacia presuntuosa el expresarme con esta seguridad acerca de una materia que, en general, los llamados hombres de prestigio evitan incluso abordar, relegándola al campo de la metafísica.

Ahora bien, creo que las búsquedas concienzudas, a las se consagra el presente trabajo, legitiman esa audacia. Espero poder probar que la misma se funda, no en razonamientos ni en inducciones de las que siempre es posible desconfiar, sino en hechos simples y evidentes de la observación interior de los que nadie puede dudar. Como se deducirá por lo que sigue a continuación, ha bastado con comparar por superposición, por decirlo de algún modo, los principales fenómenos del delirio¹, comprobando que son un calco de los que se despliegan bajo el efecto del hachís. Para hacer esta comparación bastaba aplicar a los primeros el mismo modo de explicación que el examen de lo ocurrido dentro de mí me había proporcionado para los segundos. De esta manera, y guiado exclusivamente por la observación, si bien observación que atañe a la conciencia íntima, he creído poder llegar a la fuente primitiva de cualquiera de los fenómenos fundamentales del delirio.

Entre todos ellos, hay uno que me ha parecido ser el hecho *primitivo y generador* de todos los demás y lo he denominado HECHO PRIMORDIAL: el delirio posee una naturaleza psicológica, no sólo análoga, sino absolutamente idéntica a la del *estado de onirismo**.

* Moreau emplea la expresión *facultés morales* a las que les confiere el significado de facultades intelectuales o, como también solemos decir hoy, facultades mentales. Así pues, usaremos estas tres denominaciones indistintamente.

la expresión *facultades morales* quiere decir facultades intelectuales o, como solemos decir hoy, facultades mentales. Así pues, traduciremos el término *morales* por *intelectuales* o *mentales*.

¹ Empleo indiferentemente las palabras *delirio*, *locura*, *alienación mental*, para designar los trastornos del espíritu. En absoluto desconozco las numerosas diferencias que distinguen, desde el punto de vista sintomatológico y terapéutico, el delirio propiamente dicho y la locura; pero debemos reconocer que tales diferencias no existen desde el punto de vista psíquico. Las causas, los síntomas o signos exteriores pueden variar, pero la naturaleza psíquica intrínseca es esencialmente la misma, con independencia de la forma en que se presenten las alteraciones del alma, ya sea aguda o crónica, parcial o general.

* En francés, como en otros muchos idiomas, hay dos palabras diferentes para referirse al sueño como deseo o necesidad de dormir, y también como acto de dormir (*sommeil*), por un lado, y al acto de ensoñar y al producto de esa ensoñación (*rêve*), por otro. En español disponemos de una sola palabra para esas tres acepciones. No es extraño, pues, que en determinados momentos resulte imposible distinguir si el significante *sueño* alude a uno u otro de sus tres significados, por ejemplo, en expresiones como: "el cerebro durante el sueño...", "en el estado de sueño...", "...cayó en un profundo sueño". Por este motivo, en determinados momentos nos veremos obligados a sustituir el término *sueño*, en su acepción de dormir, por el término *dormición*, y en su acepción de soñar, por el término *ensoñación*. Además, la

Esta identidad de naturaleza escapa a la observación exterior, es decir, no se puede descubrir en el prójimo, pero en cambio se constata y se percibe claramente merced a la propia observación íntima.

Confiamos poder evitar, en las búsquedas que a continuación vamos a realizar, la aridez propia de los temas psicológicos. Existen todavía graves y numerosas lagunas en la historia de los síntomas de la enfermedad mental. Muchos alienistas han indagado las causas materiales de la locura, buscando con su escalpelo investigador en la profundidad de los órganos corporales ese grano de arena que hace chirriar la maquinaria intelectual. Incluso han investigado la disposición de las moléculas del cerebro en pos de la explicación de los trastornos del pensamiento.

La mayor parte de los expertos han descrito cuidadosamente los síntomas infinitamente variados que les habían mostrado los enfermos entre los que habían vivido largo tiempo; pero no sé de ninguno, refiriéndonos a la locura, que nos haya transmitido el resultado de su experiencia personal, que la haya descrito a partir de sus propias percepciones y sensaciones... ipor tanto, parece que quedaba algo importante por hacer a este respecto!

Otro motivo para guardar silencio provenía de la enorme incertidumbre que reina en el campo de la terapéutica de las enfermedades mentales. Desvelando el hecho primitivo, la lesión funcional primordial de la que, cual arroyos procedentes de un de un mismo manantial, emanan todas las formas de la locura, es de esperar que se derivarán de ahí algunas aplicaciones útiles para conseguir un mejor tratamiento de esta enfermedad. Había que callar, pues, hasta tener bien elaborado el análisis.

Terminaré este trabajo dando cuenta de algunos ensayos terapéuticos que se intentaron llevar a cabo con hachís.

GENERALIDADES FISIOLÓGICAS

I

Entre las numerosas facultades de la mente, existe una con cuya ayuda podemos estudiar en nosotros mismos los mecanismos de las restantes facultades intelectuales: nos referimos a la reflexión, ese poder que tiene el espíritu de replegarse sobre sí mismo y, a modo de espejo en el que puede contemplarse a voluntad, dar cuenta fiel de sus más íntimos movimientos.

Esta capacidad se pierde cuando nuestras facultades están alteradas, cuando reina la anarquía en su seno, en una palabra, cuando aparece la locura. Sabemos que hay excepciones a esta regla, pero los alienados capaces de reflexionar sobre lo que ocurre en su interior son casos raros que no se encuentran más que en algunas variedades de locura muy determinadas.

Por otra parte, ¿estamos seguros de ser capaces de comprender a estos enfermos cuando nos hacen partícipes de sus observaciones? ¿Acaso su discurso no nos resulta necesariamente extraño? ¿De qué manera podrían

expresión concreta *état de rêve*, que necesariamente alude al estado durante el que se están elaborando ensoñaciones, la traduciremos siempre por *estado de onirismo*, pues la expresión *estado de ensoñación* suele asociarse a esas ensoñaciones imaginarias que a las que solemos dedicarnos, en estado de vigilia, cuando estamos absortos y distraídos.

trasladar a nuestro pecho los sentimientos que agitan el suyo? ¿Qué es lo que comprendemos cuando nos dicen que un instinto irresistible les arrastra, que tal idea extravagante les domina, que sus pensamientos se suceden, se mezclan y se confunden con una rapidez incoercible, que ven objetos, oyen ruidos o voces que, como suele decirse, no existen más que en su imaginación...? Evidentemente, de todo ello no veremos más que la superficie de las cosas; no podríamos penetrar más adelante, no sabríamos sondear las causas, el encadenamiento de las anomalías mentales de las que se nos informa. ¿Acaso no existen actos psíquicos, especialmente los afectos, que son imposibles de conocer y juzgar a no ser a través de la propia experiencia? Para hacerse la idea de un dolor cualquiera, es necesario haberlo experimentado; para saber como desvaría un loco, es necesario haber desvariado uno mismo, pero conservando al mismo tiempo la conciencia del propio delirio de modo que el sujeto pueda seguir analizando las modificaciones psíquicas sobrevenidas sobre la mente a causa de dicho delirio.

II.

Pues bien, por su modo de actuar sobre las facultades mentales, el hachís respeta la capacidad de analizar las alteraciones morales a que da lugar y que, como acabamos de declarar, son superponibles a las que caracterizan a la locura o, al menos, las principales modificaciones intelectuales que constituyen el punto de partida de los grandes géneros de enfermedad mental.

Pese a golpear y desorganizar las diversas facultades intelectuales, hay una a la que no alcanza el hachís, permitiendo su subsistencia en medio de las más alarmantes alteraciones: la conciencia de sí mismo, el sentimiento íntimo de la propia individualidad. Por muy incoherentes que sean vuestras ideas, aunque os hayáis convertido en juguete de asociaciones de lo más extraño y extravagante, sea cual sea la profunda modificación que experimentan vuestros afectos y vuestros instintos, por muy extraviados que os halléis a causa de ilusiones y alucinaciones de toda especie que os transportan a un mundo fantástico similar al que en ocasiones os conducen los sueños más desordenados... permanecéis, sin embargo, dueños de vosotros mismos. El yo, colocado fuera de su alcance, domina y juzga los desórdenes que este agente perturbador provoca en las regiones inferiores de la inteligencia.

III

No existe ningún hecho elemental o constitutivo de la locura que no se encuentre también en las modificaciones intelectuales desplegadas por el hachís: desde la más simple excitación maníaca hasta el delirio más furioso, pasando por la más enfermiza de las impulsiones, la idea fija más complicada, la alteración de las sensaciones, el delirio parcial más extendido, los más variados desórdenes de la sensibilidad.

Pasando revista a estos sucesivos fenómenos, escrutaremos su origen, estudiaremos como se encadenan entre sí, así como su filiación; después, comparándolos con los que se observan en los alienados, analizaremos hasta qué punto la observación exterior, y especialmente las confesiones de los pacientes, concuerdan con nuestras propias observaciones.

Merced a la combinación de estos dos métodos de exploración llegaremos a las siguientes conclusiones.

1º— Toda forma, todo accidente del delirio o de la locura propiamente dicha, ideas fijas, alucinaciones, impulsiones irresistibles, et., etc., tienen su origen en una modificación intelectual primitiva, siempre idéntica, que evidentemente es la condición esencial para su existencia: es la *excitación maníaca*.

Usamos esta expresión para conformarnos al lenguaje recibido, porque, de otra manera, la misma está muy lejos de dar cuenta suficiente de nuestra manera de pensar. ¿Cómo designar con precisión ese estado, a la vez simple y complejo, en el que se mezclan la incertidumbre, la vaguedad, la oscilación y la movilidad de las ideas y que, a menudo, se traduce por un estado de incoherencia? Es una disgregación (*désagrégation*), una verdadera disolución del compuesto intelectual que se denomina facultades morales; porque, en este estado, se siente que en el espíritu sucede algo análogo a lo que ocurre en un cuerpo cualquiera cuando un disolvente actúa sobre él. Es el mismo resultado en el orden espiritual y en el orden material: la separación, el aislamiento de las ideas y de las moléculas cuya unión formaba un todo armonioso y completo.

Nada hay comparable a la variedad casi infinita de matices que puede adquirir el delirio, a no ser la propia actividad del pensamiento. De ahí proviene el temor que han mostrado la mayor parte de los autores a la hora de ligar esta enfermedad tan compleja a una lesión orgánica, sea cual sea por lo demás la idea que se hagan de dicha lesión. Simplificando todas estas variedades del delirio a una sola forma original y primitiva (la excitación intelectual), que sería la consecuencia de un movimiento molecular acelerado, fácil de concebir como reacción a la irritación generada por la lesión nerviosa, ¿no estamos eliminando todo argumento para ese temor que acabamos de señalar?

2º—En la medida en que bajo la influencia del hachís se despliega el hecho psíquico que acabo de señalar, se opera una profunda modificación en todo el ser pensante. Insensiblemente sobreviene un verdadero *estado de onirismo*, ipero en el que soñáis estando despiertos!, ya que sueño y vigilia se hallan en ese momento de tal modo confundidos, que la más lúcida de las conciencias, la más clarividente, no puede establecer diferencia o separación entre estos dos estados ni tampoco entre las funciones intelectuales que pertenecen a uno o a otro. Se da pues una perfecta amalgama entre ambos.

De este hecho, cuya importancia a nadie se le puede escapar, y cuyas pruebas aparecen bien consignadas en cada página de este libro, hemos deducido la naturaleza real de la locura, a partir de la cual es fácil abarcar y comprender todos sus diferentes epifenómenos, sin excepción.

Cualquiera que sea la idea que se tenga acerca de la naturaleza de los sueños, de las causas fisiológicas que los producen, cuando se examina el papel que desempeña la inteligencia, se puede comprobar que ésta se manifiesta completa durante este estado, pudiendo entrar en acción cualquiera de sus múltiples facultades, como ocurre durante el estado de vigilia por más que las condiciones sean diferentes. Cuando sueñamos durante el sueño experimentamos las mismas sensaciones que durante la vigilia: percibimos, juzgamos, tenemos convicciones, sentimos deseos, nos sentimos agitados por las pasiones, etc., etc. Es un error creer que en los sueños actúa solamente la imaginación. Lo que ocurre es que ésta se mueve allí por su propia cuenta;

pero de ningún modo es ella quien razona, percibe, palpa, siente, actúa, conversa, sostiene discusiones, etc. Su acción parece, incluso, mucho más restrictiva que durante la vigilia, ya que suelen ser escasas las producciones imaginativas durante el sueño, mientras que el mundo de las sensaciones y de los recuerdos, en cuyo seno se agita el alma y que es extraño a la imaginación propiamente dicha, absorbe casi por entero su actividad.

Cabe decir que el estado de onirismo se halla constituido por una existencia ideal. Pero esto es cierto sólo hasta cuerpo punto, porque quien sueña toma el contenido de su sueño como completamente real: lo que vemos, lo que sentimos, lo que oímos durante el sueño, lo vemos, lo sentimos y lo oímos realmente, tan realmente, como si estuviésemos despiertos. La única diferencia radica en el origen de las impresiones que se percibe y que elabora el entendimiento. Pese a lo que acabamos de decir, no estamos de acuerdo con uno de los psicólogos más prestigiosos de nuestro tiempo¹ cuando afirma que *la vida podría ser simplemente una ilusión*. Las funciones mentales, sean del orden que sean, suponen la existencia de unos determinados órganos, de tal modo que no es posible concebir lo que se denomina vida fuera de un organismo; si durante el sueño ocurren determinadas sensaciones, es porque las mismas han ocurrido previamente en ese organismo durante la vigilia, siendo de todo punto imposible concebir un cerebro que, absolutamente cerrado desde siempre a toda impresión del exterior, pudiese recrear sus contenidos, es decir, pudiese *sueñar*... De ninguna manera seríamos capaces de conseguir eso, pero traigo a colación la frase del doctor Virey, de forma intencionada, porque la misma describe maravillosamente el modo en que actúan las facultades mentales durante el sueño.

Lo más habitual es que las asociaciones del sueño se hallen presididas por un completo desorden, una extraña confusión, que no respeta cosas, ni personas, ni tiempos, ni espacios, dando lugar de esa manera a las producciones más estrafalarias, a los acoplamientos más monstruosos. «El sueño, dice con su habitual elegante estilo el autor que acabamos de citar, puede ser definido como un drama defectuoso sin unidad de tiempo ni de espacio, comparable a esas obras de teatro que Horacio califica *velut aegri somnia*...»

Pero no siempre ocurre así: algunas veces las asociaciones de ideas son perfectamente adecuadas, con una estricta lógica entre la diferente sucesión de pensamientos, por más que estos puedan ser falsos por haber arrancado en un punto de partida absurdo; un objeto cualquiera ha despertado nuestras pasiones, ha excitado nuestra cólera, conmovido nuestra compasión, nos ha sobrecogido de temor, y obedecemos la impulsión a la que nos mueven estas diferentes pasiones, tratando de conseguir los medios necesarios para satisfacerlas.

Además, y esto constituye un hecho muy destacado en relación con la materia que estamos tratando, las operaciones del alma presentan, en ocasiones, durante el sueño una lógica tan absoluta como no la vemos jamás durante la vigilia. «Puede parecer extraordinario, dice Nodier, pero no hay duda de que es durante el estado de onirismo cuando el pensamiento se manifiesta, no sólo con más fuerza, sino también con mayor lucidez. Los antiguos, que, a mi juicio tenían poco que envidiarnos en materia de filosofía experimental, representaban espiritualmente este misterio con el símbolo de

¹ J. J. Virey, *De la physiologie dans ses rapports avec philosophie*.

una puerta transparente que da entrada a los sueños de la mañana, y la sabiduría unánime de los pueblos ha expresado este hecho de una manera todavía más viva con locuciones tan significativas como: *lo consultaré con la almohada... lo meditaré en sueños*. Parece como si el espíritu, un tanto distraído por las cuestiones de la vida exterior, no fuese capaz de sincerarse consigo mismo por completo, a no ser cuando se halla bajo el dulce imperio de esta muerte intermitente, durante la cual consigue experimentarse en su pura esencia y al abrigo de las convencionalismos de la personalidad social que, inevitablemente, nos hemos ido creando. La percepción que consigue abrirse paso a través del mundo del sueño, es diáfana como el primer rayo del sol al disipar una nube, y la inteligencia, suspendida momentáneamente en medio de dos diferentes estados (vigilia y sueño), estalla en luminosidad cual rayo fulgurante, que, desde los negros nubarrones de la tormenta se desploma súbitamente al suelo, uniendo por un instante cielo y tierra. Ése es el instante en que Hesíodo se despierta con los labios perfumados con miel de las musas; Homero con los ojos desvelados por las ninfas del río Meles; y Milton con el corazón radiante tras la visión de una hermosura nunca antes percibida. ¡Ay, donde encontrar de nuevo las bellezas y los amores del sueño! Quitadle al genio las visiones del mundo maravilloso y le habréis quitado sus alas. Sólo en sueños es posible dibujar el mapa del universo, pues el universo sensible resulta infinitamente pequeño.»

Parece, pues, que el hombre comparte dentro de sí dos modos de existencia moral, dos vidas diferentes. La primera de estas dos existencias proviene de nuestras relaciones con el mundo exterior, es decir, con ese gran todo al que denominamos universo, el cual es común con los otros seres vivos. El segundo no es más que un reflejo del primero y, de algún modo, se alimenta exclusivamente de los materiales que éste le suministra, pese a lo cual es completamente diferente. El sueño es como una barrera que se levanta entre ambos, el punto fisiológico en el que termina la vida exterior, y donde la vida interior comienza. Mientras las cosas se encuentran en este estado, existe perfecta *salud moral*, es decir, las funciones intelectuales funcionan con regularidad y dentro de los límites que se nos han atribuido a cada uno. Pero ocurre que, bajo la influencia de causas variadas, físicas y morales, estas dos vidas tienden a confundirse y, acercándose entre sí los fenómenos propios de una y otra, terminan por unirse en un acto simple e indivisible de la conciencia. Se opera así una fusión imperfecta y el individuo, sin haber abandonado por completo la vida real, comienza a tomar parte, por medio de diversas producciones intelectuales, falsas sensaciones, creencias erróneas, etc., en un mundo ideal. Este individuo es el alienado, quien presenta una extraña amalgama de locura y de razón y que, como suele decirse, *sueña despierto*, sin que hasta el momento se le haya conferido a esta frase toda la importancia que tiene a nuestro modo de ver, pues la misma traduce con precisión absoluta el hecho psicológico mismo de la alienación mental, su verdadera esencia.

Según Bichat¹, el soñar proviene de un dormir superficial: «una parte de vida animal que se ha escapado del amodorramiento en el que se encuentra sumergida la otra parte». La imaginación, la memoria, el juicio, siguen funcionando, mientras que sensaciones, percepciones, voz, locomoción, quedan suspendidas.

¹ *Recherches sur la vie et la mort.*

No tendría por qué resultarnos repugnante la idea de que el sueño puede ocurrir aun hallándose los sentidos despiertos, y la voz y la locomoción en ejercicio, no tendría por qué resultarnos inconcebible. Esto es imposible, lo sabemos, en el sueño natural; el sueño cesa en cuanto el espíritu vuelve a dedicar su atención a las cosas exteriores. Pero, ¿por qué no va a ser posible que el cerebro experimente la influencia de una causa diferente a la de la acción del sueño, una causa análoga, pero todavía más intensa y persistente que ésta?»

Hechos estos planteamientos generales, vamos a revisar ahora con detalle cada uno de los fenómenos fundamentales del delirio. En este análisis no hemos tenido para nada en cuenta los diversos intentos de clasificación de las enfermedades mentales que, con más o menos éxito, se han realizado hasta el presente. Ello no significa que cuestionemos su utilidad, la cual nos parece absolutamente indispensable tanto desde el punto de vista del tratamiento como de la etiología. Por tanto, para estudiar y comprender un conjunto de fenómenos tan complejo como el de los desórdenes intelectuales, es del todo necesario agrupar estos fenómenos entre sí conforme a las afinidades y las analogías que en mayor o menor grado se dan entre ellos. Todo el mundo está de acuerdo en este punto. Las diferencias surgen a la hora de determinar en qué criterios han de basarse esas diferentes agrupaciones, es decir, cuáles son las leyes que sirven para determinar la clasificación.

Por otro lado, no cabe más que una sola opinión sobre la legitimidad de las clasificaciones, al menos sobre las que son aceptadas de manera general: existen diferencias tan tajantes entre los alienados, tan netas, tan llamativas, que es imposible confundirlos. ¡En cuántas cuestiones no difiere el *maníaco* y el *monomaníaco*! Pero, al evolucionar ambos tipos de enfermos hacia una demencia, que supone una transformación mental más grave y más profunda que la que inicialmente presentaban, ¿no implica ello que se trataba de dos enfermedades inicialmente distintas, las cuales terminan abocando en una sola¹?

No obstante, y aun admitiendo la utilidad de las clasificaciones, no exageremos su valor, y no olvidemos que, como admiten los propios autores que las han establecido, las distinciones que se establecen se refieren más a las formas que al fondo del delirio, a su aparente naturaleza exterior y no tanto

¹ La clasificación llevada a cabo por Pinel, y seguida por Esquirol, es a nuestro juicio la menos incompleta de cuantas han sido propuestas hasta el presente. Las modificaciones propuestas no han supuesto ventaja alguna; y, sea como sea, no es posible sustituir, ni en el lenguaje científico, ni en el lenguaje vulgar, las denominaciones ya consagradas de *manía*, *monomanía* y *demencia*.

Muy recientemente, el Dr. Lassiauve, colega mío en el hospital de Bicêtre, ha dado a conocer a este respecto una hipótesis que merece la pena mencionar. Según él, «toda locura implica una perturbación de las facultades intelectuales; pero esta perturbación será muy diferente, bien sea su origen idiopático o sintomático, según que tenga su causa en una modificación mórbida del propio intelecto o sea provocada por cambios sobrevenidos en otras facultades, siendo entonces un simple epifenómeno en la inteligencia causado por aquellos cambios.» En el primer caso, el asiento del mal radica en el intelecto propiamente dicho: es la locura intelectual. En el segundo, el origen del delirio radica fuera de la inteligencia; se encuentra exclusivamente en las funciones secundarias. Esta diferenciación daría lugar a cuatro categorías de enfermedades mentales: 1º locura perceptiva; 2º locura moral; 3º locura afectiva; 4º locura instintiva.

Sin entrar a discutir el valor de este *Ensayo de clasificación de las enfermedades mentales* que acabo de dar a conocer, quiero rendir homenaje al distinguido talento que ha desarrollado estas ideas teóricas.

a su esencia intrínseca. No olvidemos que, en la práctica, muchos enfermos presentan reunidos, y como fundidos unos con otros, todos los caracteres propios de los diversos géneros de alienación mental. «Las diversas formas en que puede expresarse la locura, dice Esquirol, son comunes a muchas afecciones mentales que difieren en cuanto a su origen, naturaleza y tratamiento. La alienación puede adoptar sucesivamente todas sus diferentes formas en un mismo período de enfermedad, alternado y entremezclándose manía, monomanía y demencia en un mismo sujeto. Esto es lo que ha llevado a numerosos médicos a rechazar cualquier clase de distinción y no admitir en la locura más que una sola y única enfermedad que se enmascara bajo diversas formas».

Para no caer en ideas preconcebidas, hemos eliminado de nuestras reflexiones cuanto han dicho otros autores respecto a las diversas formas del delirio, procediendo de manera analítica y estudiando por separado los fenómenos fundamentales cuya existencia es evidente y reconocida por todos. Hemos dejado a un lado todo lo relativo a extensión, cantidad y color de los desórdenes del entendimiento, así como lo referente a si su origen es de naturaleza puramente intelectual, o afectiva, o moral o instintiva. Voluntariamente nos hemos negado a escindir la acción esencialmente única e indivisible de las facultades mentales. En todas sus manifestaciones anormales, desde la más simple a la más complicada, en ningún momento hemos querido dejar de ver el intelecto por entero.

CAPÍTULO PRIMERO

Fenómenos psicológicos

I^o Modificaciones físicas

Antes de nada, es necesario recordar las modificaciones puramente físicas que preceden o acompañan a las alteraciones intelectuales causadas por el hachís.

1^o— A dosis todavía bajas, pero sin embargo capaces ya de producir importantes cambios mentales, los efectos físicos son nulos, o al menos tan poco aparentes que pasarían desapercibidos si quien los experimenta no se hallase en guardia y a la espera de que sucedan. Quizá pueda darnos una idea de lo que sucede si recordamos el sentimiento de dicha, de dulce expansión, que nos proporciona una taza de café o de té tomada en ayunas.

2^o Aumentando la dosis, ese sentimiento se hace cada vez más vivo y os invade como si fuese a desbordarse. Se siente, entonces, una ligera opresión en las sienas y en la parte superior del cráneo. La respiración se lentifica, en tanto que el pulso se acelera ligeramente. Un dulce y tibio calor, comparable al que se experimenta al meterse en la bañera en invierno, se extiende por todo el cuerpo, a excepción de los pies que ordinariamente se enfrían. Se tiene la impresión de que manos y antebrazos se han vuelto más voluminosos y se

sienten más pesados, incluso puede que se sacudan de forma maquinal en un intento de liberarlos del peso que los atenaza. Mientras tanto, comienzan a aparecer, principalmente en las extremidades inferiores, esas sensaciones vagas e indefinidas que caracterizan tan bien eso que ha venido en llamarse *inquietudes*: se trata de una especie de ligeros temblores musculares sobre los que la voluntad no tiene poder alguno.

3º— En fin, si la dosis ha sido considerable, no es raro presenciar fenómenos nerviosos que, en muchos aspectos, se parecen a fenómenos coreicos. A menudo el sujeto experimenta series sucesivas de intensos sofocos, que, por su secuencia, recuerdan las oleadas de vapor que emiten las máquinas del tren. En ocasiones, he oído contar que el cerebro, como si hirviese, parece hacer fuerza para levantar la calota craneal como si fuera a escaparse. Esta sensación, que se acompaña siempre de una clara angustia por muy aguerrido que sea uno, es análoga al ruido que se oye cuando se mantiene la cabeza hundida debajo del agua. Es muy raro marearse: a mí no me ha ocurrido nunca. Por el contrario, son muy frecuentes los acúfenos. En ocasiones se experimenta ansiedad, una especie de angustia acompañada de sensación de opresión en el epigastrio. Tras el cerebro, parece ser esta región la que con más frecuencia se altera bajo el efecto del hachís. Un joven médico creía ver circular el fluido nervioso por las diversas ramificaciones de su plexo solar. Los latidos del corazón adquieren una intensidad, incluso una sonoridad, inusuales. Pero si se pone la mano en la región precordial, uno se da cuenta de que el corazón no late ni más rápido, ni con más fuerza que de costumbre. Los espasmos musculares de las piernas alcanzan algunas veces una intensidad sorprendente, sin llegar a constituir jamás verdaderas convulsiones. En general predomina el tono de los músculos flexores de tal modo que si uno se echa en la cama, necesidad que se experimenta muy frecuentemente, las piernas se flexionan involuntariamente sobre los muslos, los antebrazos sobre los brazos; éstos se repliegan sobre el pecho; la cabeza, inclinada, se mete entre los hombros; la enérgica contracción de los pectorales se opone a la dilatación del tórax y dificulta la respiración... Todos estos síntomas se manifiestan durante un ratito, para luego cesar de golpe, reapareciendo tras unos momentos de absoluta calma. Este intervalo de tranquilidad dura, primero unos pocos segundos, luego minutos, media hora, una hora... Los músculos de la cara, especialmente los de la mandíbula, pueden experimentar igualmente movimientos espasmódicos; en una ocasión, yo experimenté un verdadero trismo, o al menos un fenómeno muy análogo; las manos parecen contraerse por sí solas, apretando firmemente cada objeto que se coge.

Estas son, muy por encima, las alteraciones físicas causadas por el hachís, de las más débiles a las más intensas. Como se puede ver, todas ellas se relacionan con el sistema nervioso. Ya lo hemos dicho antes: suelen ser más tardías que las alteraciones intelectuales¹, que suelen resultar profundamente modificadas sin que haya llegado todavía alarma alguna procedente de la sensibilidad orgánica. Se diría que el agente modificador, como ocurre en las enfermedades mentales, actúa directamente sobre las facultades del alma, sin intermediación de los órganos.

¹ Los consumidores habituales de hachís han aprendido a evitarlas perfectamente. Es muy fácil usando dosis graduales, de modo que es posible disfrutar siempre de las maravillas de la *fantasía* sin tener que comprar ese placer pagando el precio de alteración nerviosa alguna.

¿Y no es así como estalla la locura casi siempre, sin que quienes la experimentan hayan sido advertidos por alguna modificación apreciable del organismo y sin que el médico pueda relacionarla con una alteración orgánica? He ahí un primer punto de similitud entre los efectos del hachís y la alienación mental.

II.— PRIMER FENÓMENO: Sentimiento de dicha.

Escribía en la memoria que he citado: «En un determinado momento de la intoxicación, al tiempo que una increíble efervescencia se adueña de las facultades mentales, se manifiesta un fenómeno psíquico, quizá el más curioso de todos y que me siento incapaz de caracterizar de forma suficientemente precisa: se trata de un sentimiento de bienestar físico y mental, de gozo interior, de alegría íntima, gozo y alegría indefinibles, que en vano intenta uno comprender y analizar pues siempre se le escapa la causa. Os sentís dichosos, lo expresáis, lo proclamáis exaltadamente, lo decís por todos los medios a vuestro alcance, repitiéndolo hasta la saciedad; pero no hay palabras adecuadas para expresar en qué consiste esa dicha, ni para explicárselo a uno mismo^{*}. Encontrándome un día en esta situación, y habiendo desesperado ya de lograr hacerme comprender por medio de palabras, me puse a dar gritos, mejor dicho, verdaderos alaridos. A esta dicha tan agitada y nerviosa, que de forma convulsiva estremece toda vuestra sensibilidad, insensiblemente, le sigue un dulce sentimiento de lasitud física y psíquica, una especie de apatía, de indiferencia, una calma completa, absoluta, de la que el espíritu se deja llevar encantado. Talmente parece que no existiera nada capaz de alterar esta paz interior, que os habéis vuelto inaccesibles a cualquier afección de tristeza. Dudo que la más enojosa de las noticias consiguiese distraeros de este estado de beatitud imaginaria, del que resulta completamente imposible hacerse una idea si no se ha experimentado.»

Acabo de intentar dar una idea del júbilo que ocasiona el hachís. Me apresuro a añadir que no he presentado aquí sino la esencia del mismo, es decir, su expresión desprovista de las circunstancias en que ocurre. Dependiendo de diversos acontecimientos externos, se experimentará el mismo todavía con mayor intensidad. Es fácil comprender hasta qué punto puede la realidad exterior modificar ese sentimiento y qué poderoso instrumento pueden resultar en este sentido las impresiones que llegan desde fuera: la excitación de los sentidos, la exaltación de las pasiones por causas naturales... Es entonces cuando, tomando cuerpo, la dicha llega hasta el delirio. A nuestro parecer, es a causa de esta disposición de espíritu, junto a otra característica que analizaremos de inmediato, por lo que los fanáticos habitantes del Líbano son capaces de entregar alegremente su vida: a cambio de ese gozo y esa dicha inefables.

En este momento es necesario hacer una precisión que nos ayude a comprender mejor cuanto acabamos de exponer. El hachís produce verdadera *felicidad*, y entiendo por tal un gozo mental, y no sensual, como en principio estaría uno inclinado a pensar. Ésta es una curiosa afirmación, de la que

* Alusión explícita de Moreau de Tours a la inefabilidad del gozo extático, a la que igualmente se han referido casi todos los místicos, independientemente de cuál sea su procedencia, religión o cultura.

pueden extraerse singulares consecuencias; entre otras, la siguiente: la dicha espiritual muy bien podría ser debida simplemente a estímulos químicos actuando en el interior de nuestros órganos, como es el caso de la alegría desencadenada por el hachís: ateniéndonos a lo que se experimenta interiormente, no es posible hacer distinción alguna entre estos dos órdenes de sensaciones, pese a las muy diversas causas y circunstancias con las que aparentemente se hallan ligadas; porque el que ha ingerido hachís se siente dichoso, pero no en el sentido de un gourmet, del hombre refinado que satisface su apetito, o del voluptuoso que da gusto a sus deseos, sino de quien recibe una noticia que le colma de alegría, del avaro que cuenta sus tesoros, del jugador a quien la suerte favorece, del ambicioso que alcanza el éxito, etc.

Por lo demás, si hemos hechos las precisiones que anteceden, no es a fin de suscitar una dificultad psicológica, sino tratando de contar fielmente lo que sucede sin otra pretensión que la de ser historiadores fieles de los hechos. Y esa descripción fiel nos lleva a pensar que los fenómenos que acabamos de describir coinciden con los que acontecen en ese impresionante cuadro con el que suele debutar la enfermedad mental: nos referimos a esos sentimientos de dicha, de gozo íntimo, en los que los enfermos depositan tantas esperanzas, tanta confianza en el porvenir, y que no son, ¡ay!, sino los síntomas precursores del más violento de los delirios. La pérdida de una brillante fortuna, junto a otros importantes sufrimientos innumerables, llevaron a la señora X a un estado de profunda hipocondría, el cual evolucionaba desde hacía años cuando fue ingresada en nuestro centro. El cuadro permaneció inmodificado durante mucho tiempo hasta que, hace unos días, experimentó en todo su ser una profunda modificación que le inspira un vivo gozo y le hace ver el porvenir, a partir de ahora, con los más radiantes colores. Sus esperanzas actuales son equiparables al abatimiento del que a penas si acaba de salir y en el que llevaba años sumida. Su rostro está radiante y una sonrosada piel ha sustituido la habitual palidez de su rostro. La alegría de su alma parece escapar a estallidos a través de sus vivos y expresivos ojos: «No sé que ha ocurrido dentro de mí, me decía esta señora, pero he de dar gracias a Dios y a usted, doctor, pues experimento la íntima convicción que ha llegado el final de todos mis males. Heme aquí, al fin, libre de todos esos terribles sufrimientos con los que durante tanto tiempo los he estado importunando. Ya no más temores, ni terrores; ya no más condenaciones, ni infiernos; al fin vuelvo a ser la de antes, puedo de nuevo sentirme dichosa. Me hago cargo de mi situación y, como usted puede ver, soy ya por fin razonable. He sabido aprovechar sus buenos consejos...» Pasados unos días, esta interesante enferma viraba hacia un delirio maníaco de intensidad inusitada.

A continuación, lo que me decía, hace muy poco, una joven paciente de espíritu fino y observador, convaleciente de una manía *postpartum*: «Diecisiete días después del parto, que por lo demás no pudo ser más dichoso, experimenté algo muy extraordinario: tenía la impresión de que mi cabeza podía girar sobre sí misma, al tiempo que mi cerebro se expandía. Yo me daba perfectamente cuenta de que eso era una ilusión, sin embargo tenía que mirarme en el espejo para cerciorarme de que mi rostro se hallaba mirando hacia el frente y no hacia la espalda. Experimentaba además, y con tremenda sensación de realidad, ligeras sacudidas de cabeza y una especie de tortícolis en el cuello. Por la noche me despertaba con un sentimiento de dicha inefable. Me sentía dichosa como jamás lo había sido. Mi gozo, mi alegría, me desbordaban, de tal modo que sentía la necesidad de exteriorizarlo hacia

cuanto me rodeaba: esperaba el día con impaciencia para anunciar a los demás esta buena nueva. Era una alegría loca: quería abrazar a todo el mundo, incluso a las chicas de servicio, etc., etc...» Tendré ocasión de hablar de nuevo de esta paciente, quien me ha hecho llegar un interesante manuscrito en el que se detallan todas las sensaciones que experimentó en el curso de su enfermedad.

«Un hombre de negocios, dice Esquirol, de cuarenta y cinco años, sufre una bancarrota que le hace sufrir puntualmente pese a no alterar su fortuna personal; ese mismo día su carácter cambia: *se siente más alegre que de ordinario, se ríe a destiempo*, felicitándose de haber aprendido a conocer mejor a los hombres; se plantea proyectos incompatibles con su posición social y sus negocios. Transcurren así ocho días en un estado de alegría, de satisfacción, de actividad incesante que hacen temer una grave enfermedad, que el propio señor X presentía. Poco después, determinados acontecimientos, que resultaban penosos para su concepción política pero, que por lo demás, resultaban completamente ajenos a sus negocios, le hundieron en un estado melancólico del que nadie ha podido sacarlo hasta el presente.»

Conviene resaltar, además, que el comienzo de la locura suele acompañarse también de una expansividad de todas las funciones mentales. Tratando de darnos cuenta de las ideas de grandeza y de riqueza que, como es bien sabido, caracterizan este género de enfermedad, expresábamos lo siguiente, en un trabajo publicado en 1840, en la revista *l'Esculape* (La locura razonante): «Al tiempo que el ejercicio de las facultades mentales se torna más fácil, la sensibilidad más excitable, el juicio más audaz y pronto, las ideas más abundantes y más novedosas, es muy claro que el individuo experimenta un *bienestar interior* que expande su alma y la dispone a recibir, a abrazar con ardor las propias ideas, a acariciar sus pasiones vanidosas, a excitar sus deseos ya de por sí más irritables a causa de la excitación de la enfermedad».

Los hechos que acabamos de citar son suficientes, creo yo, para recordar otros muchos parecidos, que nuestros lectores han observado en los alienados, y nos dispensan de hacer una relación más detallada. Sin embargo, nos parece necesario hacer todavía una precisión más: estos hechos, de extraordinaria importancia a nuestro modo de ver, jamás han atraído atención alguna por parte de los observadores y, prácticamente, nunca han sido señalados, excepto en algunos casos de delirio maníaco, pese a su frecuencia y, me atrevería a decir, su carácter de generalidad en la locura. Sin embargo, estamos convencidos (y esta convicción se basa en la confesión explícita de un gran número de enfermos) que el fenómeno en cuestión es señal casi siempre de la invasión del delirio, general o, parcial, alegre o triste^{*}; exceptuamos aquellos casos en los que esta invasión es tan brusca que escapa completamente a la reflexión del sujeto.

* Parece mentira que esta muy precisa y rotunda equiparación de manía y depresión, en cuanto a su etiopatogenia, que aparece aquí descrita como única, haya escapado a todos los observadores posteriores, y todavía hoy sigamos en el error de creer que la patogenia de la depresión es antitética a la de la manía y que, por tanto, también los fármacos empleados para tratar estos dos síndromes han de ejercer también efectos opuestos. No hay tal: en lo único en que manía y depresión se oponen especularmente es en lo relativo a sus contenidos clínicos, pero en cuanto a su etiopatogenia y, por tanto, en cuanto a su tratamiento, probablemente se comportan como una sola entidad. Dicho más simplemente: probablemente los antidepresivos actúen como antimaníacos, y los antimaníacos como antidepresivos.

Añadiremos una última palabra, para terminar este párrafo: uno de los efectos del hachís, que casi siempre experimentan los que en principio no creen en sus efectos, es precisamente el que acabamos de analizar con tanto detalle, a saber: ese estado de beatitud, de dicha imaginaria, para el que la realidad más seductora no pasa de ser una simple sombra... ¡el mismo que vemos aparecer bajo la actuación de las numerosas y variadas causas que generan la locura! En este sentido, loco y consumidor de hachís, o *hachischin*, como dicen los árabes, son completamente equiparables.

II.— SEGUNDO FENÓMENO: Excitación, disociación de las ideas, etc.

Cuando un autor presencia la representación de una obra escrita por él, sus inquietudes, su espera ansiosa, se concentra en determinada parte de la obra, a la que va ligada el éxito, pues a su modo de ver constituye la piedra angular del edificio. Esto es lo que ocurre ahora, en el momento de dar cuenta del fenómeno psicológico que encabeza este párrafo. Probablemente no dispongamos del talento necesario para poder describirlo adecuadamente, pero, lo hagamos como lo hagamos, somos conscientes de que nos hallamos en uno de los puntos más cruciales de nuestro trabajo. En efecto, este fenómeno constituye el momento culminante o central al que quedan religadas todas las restantes secciones de nuestro análisis. Es el *hecho primordial* que hemos anunciado al comienzo, y que es la fuente necesaria y esencial de todo trastorno mental.

Cualquier causa, por muy ligera que sea, puede alterar el ejercicio de nuestras facultades intelectuales. Pascal ha dicho en alguna parte que basta el vuelo de una mosca para desequilibrar las profundas combinaciones que se requieren para la genialidad. En el estado normal o regular, cuando queremos pensar en algo, meditar sobre una materia, es decir, analizarla bajo sus diferentes puntos de vista, ocurre casi siempre que terminamos por ser distraídos por una idea ajena a la cuestión. Pero esta idea tan sólo se limita a atravesar momentáneamente nuestro espíritu, sin dejar trazas en él, o bien nos resulta muy fácil desecharla, sin que la serie principal de nuestros pensamientos haya resultado apenas interrumpida.

Uno de los primeros efectos apreciables del hachís es el debilitamiento, gradual y cada vez más intenso, de la capacidad que habitualmente tenemos para dirigir nuestros pensamientos a nuestro antojo, es decir, hacia donde nosotros queremos y como nosotros queremos. De manera insensible, vamos siendo desbordados por ideas extrañas a la materia en la que pretendemos mantener fija nuestra atención. Estas ideas, que en modo alguno han sido evocadas por la voluntad, sino que surgen en el espíritu sin saber por qué ni cómo, van siendo más y más numerosas, más vivas, más embargantes. El sujeto descubre enseguida que está prestando más atención a esas ideas que al tema inicial de su meditación, siguiendo en pos de esas extravagantes asociaciones, de esas secuencias del todo imposibles y fantásticas... Si, con un esfuerzo de la voluntad, retoma el interrumpido hilo de sus pensamientos, las ideas que acaba de desechar permanecen todavía en su espíritu, pero *como en un pasado ya lejano*, con el aspecto vaporoso y fugitivo de los *sueños* de una noche agitada.

A medida que vayamos profundizando en nuestro análisis, no me quedará más remedio que reconducir la atención del lector, a cada instante, sobre este hecho psicológico que acabo de señalar. Y para ello tendré necesariamente que

insistir y repetir las expresiones que acabo de usar para caracterizarlo. En efecto, estas ideas, o mejor, estas series de ideas a las que uno se abandona por momentos, son realmente sueños, verdaderos sueños, al menos en sentido íntimo de la palabra, pues no hay manera de hacer distinción alguna entre ellos y los que se producen durante el sueño natural. Unos y otros llegan de igual manera, y, por así decirlo, por la misma puerta: la del sueño.

Por cierto, y en apoyo de esta opinión, quiero recordar que Cabanis no hacía distinción alguna entre el sueño artificial y el sueño natural: para él adormilamiento y sueño eran sinónimos. El sueño se caracteriza, decía él, por el reflujo de las potencias nerviosas a su origen, o sea, por una especie de repliegue de los principios vitales sobre sí mismos, ya sea que ocurra «por la necesidad de reposo en las extremidades sensoriales y en los órganos motores, ya por la simple acción periódica del cerebro, quien de forma espontánea llama a consulta a su seno a todas esas numerosas facultades que de uno u otro modo son causa del movimiento vital...», ya sea por la aplicación de aire fresco, la audición de un ruido monótono, el silencio, la oscuridad, los baños tibios, las bebidas refrescantes, ya sea por la ingestión de «bebidas fermentadas, cuyo efecto, en un primer momento, consiste en excitar la actividad del órgano pensante, y, acto seguido, de alterar sus funciones, replegando sobre sí mismo gran parte de las fuerzas sensitivas, en principio destinadas a las extremidades nerviosas; narcóticos que paralizan de golpe estas fuerzas, y que al mismo tiempo proyectan una nube más o menos espesa sobre los resultados intelectuales, todo ello a causa del extraordinario flujo sanguíneo que provocan en el cerebro...»

Las inducciones de la psicología concuerdan pues con la observación íntima a la hora de reconocer que el sueño natural y el sueño provocado artificialmente constituyen una modificación análoga, cuyos *resultados intelectuales*, para emplear la expresión de Cabanis, son idénticos.

Volviendo a los resultados particulares del hachís, hemos de subrayar que esas series de ideas que constituyen un verdadero sueño, en el fantasía y realidad que se mezclan absurdamente, se refieren sobre todo al pasado y no tanto al presente. Enseguida se olvidan las cosas actuales que suelen absorber toda la atención durante el estado ordinario de vigilia, para no pensar más que en aquellas otras que, de alguna manera, han prescrito ya. La memoria constituye, pues, la fuente en la que se alimentan las nuevas ideas, así como las innumerables imágenes que excitan la imaginación, donde se recrean una y otra vez. De hecho, en el estado ordinario de vigilia vivimos en el presente por un acto de la voluntad que dirige nuestra atención hacia los objetos que poseen para nosotros un interés actual. Pero mediante el ejercicio de la memoria podemos trasladarnos al pasado: gracias a ella podemos, de algún modo, comenzar de nuevo nuestra existencia desde el momento preciso en que la misma se ha iniciado con la adquisición de la conciencia de uno mismo. A su vez, la imaginación nos permite acceder al futuro: por ella somos capaces de acceder a un mundo nuevo y accedemos a una nueva *exterioridad*, si se me permite emplear este neologismo que sólo por su tremenda precisión estaría justificado. Por ella, el yo consigue transformar y cambiar a su antojo las cosas, las personas y los lugares.

Debilitada con el hachís la voluntad, esa potencia intelectual que domina y asocia las ideas, son la imaginación y la memoria las que comandan ahora, de tal modo que las cosas del presente se nos hacen extrañas, dedicándonos por entero al pasado y al porvenir.

La conciencia aprecia estos variados efectos de diferente manera, en función del grado de alteración mental que haya generado el agente modificador. Mientras el trastorno no ha sobrepasado ciertos límites, es fácil reconocer el error en el que se ha caído momentáneamente, no en el mismo momento en que tal error os domina, pues ello implicaría una contradicción, sino inmediatamente después de que, cual rayo veloz, haya atravesado el espíritu. Resulta así una sucesión continua de ideas falsas e ideas verdaderas, de sueños y realidades, que constituyen una especie de estado mixto entre la locura y la razón, que hace que un individuo pueda ser, al menos lo parezca, loco y razonable a la vez*.

A medida que aumenta el grado de trastorno de las facultades mentales, azotándolas la tempestad con más violencia, la propia conciencia del yo comienza a ser dominada por el torbellino, transformándose así en juguete de sus sueños. Los momentos de lucidez son cada vez más cortos. La actividad intelectual parece replegarse y concentrarse por entero en el cerebro; nos abandonamos entonces sin reserva a nuestras sensaciones interiores: los ojos y los oídos, todavía abiertos, no admiten ya otras impresiones que nos sean las suministradas por la memoria o por la imaginación; en fin, para expresar mi pensamiento de forma precisa: *soñamos pese a hallarnos, al mismo, tiempo despiertos*.

Pero entonces, como si no fuese posible que la conciencia se extinga por completo, sucede que... creo que me explicaré mejor recordando un hecho que es bien conocido de todas aquellas personas que sueñan frecuentemente.: en ocasiones, sin dejar de dormir, sabemos que estamos soñando; y todavía más: cuando el sueño nos resulta placentero, no deseamos despertarnos y nos esforzamos por prolongar el sueño para que prosiga así el sueño, y cuando sentimos que se acerca ya el final nos decimos a nosotros mismos: ¡Lástima que sea sólo un sueño!... Este es el estado exacto en que se halla quien experimenta el efecto del hachís en su más alto grado: sueña despierto y, por tanto, se da cuenta de que está soñando.

Sin embargo, la analogía que acabamos de hacer entre los sueños que son resultado del sueño natural y aquellos otros que obedecen a la influencia del hachís, no deben hacernos olvidar que estos últimos presentan ciertos rasgos diferenciadores, los cuales les pertenecen en exclusiva y que servirán, por tanto, para diferenciarlos y caracterizarlos. En primer lugar, jamás alcanzan la incoherencia, el grado de desarticulación, que se da en los sueños ordinarios. Ese resto de la voluntad y de la conciencia que, como acabamos de ver, sobreviven al más grave efecto del hachís, parecen moderar esa fuga de la imaginación no dejándola apartarse demasiado de la realidad. En segundo lugar, los sueños provocados por el hachís se limitan a errores de los sentidos

* Esta misma situación ocurre frecuentemente en la clínica cuando a un paciente, que está adquiriendo conciencia de su enfermedad y comienza ya a criticar el delirio, le espetamos a bocajarro: -"Y entonces, cómo se explica ahora aquella voz que le aseguraba que usted era el nuevo Mesías que tenía que salvar el mundo?" Y él, desconcertado, nos responde: -"Bueno, no creo que sea ahora, cuando estoy empezando a ponerme bien, el momento oportuno para hablar de eso, pero puedo asegurarle que esas fueron exactamente las palabras que me dijo aquella voz". Tal y como describe Moreau de Tours, el paciente se encuentra en esos momentos «en un estado mixto entre la locura y la razón», debatiéndose interiormente entre dos creencias opuestas sobre un mismo hecho: que la alucinación delirante era simplemente una alteración de su mente y que, por el contrario, era una realidad tan real como la voz del médico que le está entrevistando en esos momentos.

o de la sensibilidad general, ya sea en forma de falsas convicciones, o de una o varias ideas extravagantes, etc., pero sin que, por lo demás, las facultades mentales se hallen alteradas de otra manera. Además, estas ideas, estas falsas convicciones, no siempre se refieren a objetos imaginarios, sino que lo más frecuente es que tengan su origen en objetos venidos de fuera, es decir, impresiones reales, que luego son mal interpretadas. Se trata, pues, de verdaderas producciones de la imaginación pero cuya fuente primitiva está en la vida real.

Otra acción característica del hachís sobre las facultades mentales, antes de que las mismas hayan sido completamente alejadas de las impresiones que reciben del exterior, se manifiesta, actuando sobre todas ellas a un tiempo, en un sorprendente aumento de la energía intelectual, el cual se traduce en una mayor vivacidad de los recuerdos, una concepción ideica más rápida, etc. Insensiblemente se va instalando un aflojamiento tal en la voluntad y en los instintos que terminamos por convertirnos en juguete de las más diversas impresiones. La causa más ligera es suficiente para interrumpir el hilo conductor de nuestro pensamiento; sufrimos las influencias más opuestas y, como se dice vulgarmente, parecemos veletas. Cualquier palabra o cualquier gesto pueden distraernos, reclamando la atención de nuestros pensamientos que se dirigen sucesivamente a múltiples y diversos temas con una rapidez, y, al mismo tiempo, con una lucidez que tienen algo de prodigioso... Nos invade, entonces, un íntimo sentimiento de orgullo que tiene mucho que ver con la creciente exaltación que experimentan todas las facultades, cuya energía y potencia se sienten crecer por momentos*. Según en qué circunstancias nos hallemos o qué estímulos golpeen nuestros sentidos, dependiendo de qué palabras lleguen a nuestro oído, surgirán en nosotros sentimientos de alegría o de tristeza de intensidad inusitada, a menudo alternando rápidamente entre

* Aborda Moreau de Tours en estos párrafos, de forma detallada y explícita, la intensidad inusitada con la que parecen funcionar las diversas facultades mentales bajo efecto del hachís. Cincuenta años después Jackson crearía el término *hipersincronía* para referirse a un número excesivo de neuronas que se sincronizan al unísono dando así lugar esas super intensas vivencias. Cien años después, nosotros hemos propuesto (cita) el término *hiperia* para referirnos a un estado funcional del cerebro en el que, con o sin motivo desencadenante que lo explique, se sincronizan un número excesivo de neuronas, dando lugar a una vivencia psíquica de intensidad inusitada y que es experimentada siempre con fuerte sentimiento de extrañeza. Esta actividad cerebral, que hasta ahora viene siendo concebida como patológica y se estudia dentro de las epilepsias parciales, la denominamos nosotros hiperia pues postulamos para ella un origen, en ocasiones, completamente fisiológico. Pues bien, la inmensa mayoría de los fenómenos mentales que Moreau de Tours enumera aquí como efectos del hachís (ataques de pánico, súbitas y automáticas descargas de tristeza o de gozo, vivencias de despersonalización y/o de desrealización, alucinaciones delirantes, cogniciones delirantes primarias, paramnesias, hipermnesias, enlentecimiento o aceleración de la vivencia del tiempo, impulsiones repentinas e incontrolables) nosotros los concebimos como producciones hipéricas, ya fisiológicas, ya patológicas, según las causas que las determinen sean normales o morbosas. Además del sueño, durante el cual este funcionamiento es completamente fisiológico, pueden determinar esta modalidad de actividad cerebral, estímulos físicos repetitivos, tales como: la luz (epilepsia fotosensitiva), la música (epilepsia musicógena), olores, sabores, estímulos táctiles, térmicos, álgidos, etc. Además, el funcionamiento hipérico del cerebro puede ser debido a causas hereditarias, sustancias psicotónicas, estrés psíquico mantenido en el tiempo, ejercicio físico intenso, etc. Las producciones hipéricas constituyen la base de los sueños, pero también de numerosas enfermedades mentales, especialmente de cuantas se hallan constituidas preferentemente por síntomas positivos o productivos. Las producciones hipéricas, además, se hallan en la base de muchas de las creaciones geniales, ya sean descubrimientos científicos, ya creaciones artísticas, que nos han ido dejando los diferentes genios a lo largo de la historia.

ellos: de la irritación se puede pasar rápidamente al furor, del descontento al odio y al deseo de venganza, del amor pacífico a la pasión más arrebatadora. El temor se transforma en terror, el valor en una intrepidez que ningún peligro es capaz de detener; la duda, la más infundada de las sospechas, se transforma en certeza. El espíritu se muestra propicio, todo él, a la exageración. En Oriente, las personas que acostumbran a usar el hachís con asiduidad, cuando quieren abandonarse a la borrachera de la *fantasia*, ponen especial cuidado en alejar de sí todo cuanto pudiera orientar su delirio hacia la melancolía, favoreciendo únicamente sentimientos dulces y dichosos. A tal fin, se aprovechan de cuantos medios ponen a su alcance sus disolutas costumbres: saborean el damawesc en lo más recóndito de su harén, rodeados de sus mujeres, bajo el encanto de la música y de danzas lascivas, y, con la ayuda de sus creencias supersticiosas, puede que sea suficiente para que se sientan trasladados a ese mundo de maravillas sin fin que el Profeta ha descrito en su paraíso.

De momento, nos abstendremos de aplicar detalladamente cuanto acabamos de decir a la enfermedad mental. Dicha aplicación tendrá más sentido cuando hayamos detallado los diversos fenómenos que derivan del *hecho primordial*, cuyo cuadro acabamos de esbozar sucintamente. Me he limitado, pues, a destacar el enorme parecido que este cuadro guarda con el delirio maniáco en todas sus variedades. Y este dato no lo extraigo solamente de mi propia observación, a la que por lo demás confiero una extraordinaria importancia, sino que he visto a muchas personas que, tras haber tomado hachís, mostraban el estado de excitación que he descrito, y puedo afirmar que es imposible establecer la menor diferencia entre ellos y los enfermos que atendemos en nuestras clínicas.

IV.— TERCER FENÓMENO: Error sobre el tiempo y el espacio.

Bajo la influencia del hachís, el espíritu puede caer en las más extrañas ilusiones respecto al tiempo y el espacio. El tiempo, primeramente, parece transcurrir con una lentitud desesperante: los minutos se hacen horas, las horas, días; enseguida, de exageración en exageración, somos incapaces de hacernos la más mínima idea acerca del transcurso del tiempo, y el pasado y el presente terminan por confundirse. La rapidez con la que se suceden los pensamientos, y el estado de ensoñación que sigue después, permiten explicar este fenómeno, pues si el tiempo parece más largo que el que miden los relojes terrestres, es a causa del gran número de hechos ocurridos, y por tanto contenidos, en ese breve intervalo de tiempo.

«Mahoma, dice A. Delrieu, arrebatado repentinamente en éxtasis, vuelca una jarra de agua que estaba a su lado. La caída había ya casi vaciado el recipiente en el momento mismo en que comenzó la visión del profeta. Pues bien, tuvo tiempo para apreciar todas las maravillas del cielo y de la tierra, y, cuando de nuevo regresó al mundo real, el agua de la jarra no había terminado todavía de verterse».

El tiempo y el espacio se miden por puntos intermedios que son como otros tantos mojones que la reflexión coloca entre dos extremos, entre el punto de partida y el de llegada. El intervalo aumenta, hasta adquirir proporciones indefinidas, en función del número de mojones que se coloquen. La

imaginación necesita primero fijarse en un punto, y después en otro diferente, para así poder, a continuación, considerarlos conjuntamente.

Me encontraba todavía poco familiarizado con el uso del hachís, cuando una noche atravesando el paseo de la Ópera, me resultó sorprendente la cantidad de tiempo que necesitaba para llegar al final. No había dado más que unos pocos pasos y ya me parecía llevar dos o tres horas caminando. Iba fijándome en las numerosas personas que por allí caminaban y observaba que unas me adelantaban, mientras que otras quedaban tras de mí... Pese a todos mis esfuerzos, no conseguí librarme de aquella ilusión y, por más que apuraba el paso, el tiempo no transcurría más veloz. Me parecía, incluso, que el paseo era de una longitud sin fin, y que el extremo hacia el que me dirigía se alejaba conforme yo avanzaba. He experimentado esta misma ilusión por diferentes bulevares de la ciudad.

Recordemos a Th. Gautier, quien tratando de determinar la duración de un acceso de hachís, calculaba que «habían sido más de trescientos años. Las sensaciones se sucedían allí en tal número y a tal velocidad, que resultaba completamente imposible determinar la velocidad con la que transcurría el tiempo. Una vez terminado el acceso, pude constatar que había durado un cuarto de hora.»

Con este fenómeno que acabamos de describir, se pueden relacionar ciertas ideas extravagantes que se dan, en ocasiones, entre los alienados. Es bien sabido que algunos creen tener cien, mil años. Incluso dicen ser eternos. La joven señora a la que aludí anteriormente, en los primeros días de su exaltación maníaca, creía no tener edad. Se imaginaba haber vivido en todas las diferentes épocas históricas de las que tenía noción: «Tengo dimensiones colosales y, salvo Dios y yo, todo lo demás es pequeño, exiguo y feo. Reprochaba a los que me rodeaban haberme robado la medida del tiempo; para mí ya no existe, les decía; los días y las noches se suceden como instantes, tan rápidos que no puedo poner en marcha ninguno de los grandes proyectos que rebosan en mi cerebro. Renegaba de mi madre por no serme posible tener una madre más joven que yo...»

V CUARTO FENÓMENO: desarrollo de la sensibilidad del oído; influencia de la música.

El oído, como el resto de los sentidos, se torna extraordinariamente sensible bajo el efecto del hachís. Las siguientes palabras de Th. Gautier nos sirven para hacernos una idea al respecto, pese a la exageración poética que hay en ellas: «Mi oído se había desarrollado prodigiosamente: podía escuchar el ruido de los colores. Me llegaban oleadas perfectamente diferenciadas de sonidos verdes, rojos, azules, amarillos. La caída de un vaso, el crujido de un sillón, una palabra pronunciada en voz baja, vibraban y resonaban en mi interior como el despliegue de una tormenta; mi propia voz me resultaba tan fuerte que no me atrevía a hablar, por miedo hacerme explotar cual si fuese una bomba. Más de quinientos péndulos cantaban la hora con voces aflautadas, cobrizas, argénteas. Cada objeto rozado emitía una nota de armónica o de arpa eólica. Nadaba en un océano de sonoridad en el que flotaban, como islotes de luz, algunos motivos de *Lucia* y del *Barbero*. Jamás beatitud parecida me había inundado con sus efluvios...»

A este espectacular desarrollo del oído hay que atribuir, al menos en parte, la enorme influencia que ejerce la música en todos cuantos se hallan bajo el efecto del hachís. No hay expresiones suficientes para explicar las muy diversas emociones que despiertan las armonías. La música más tosca, las simples vibraciones de las cuerdas de un arpa o de una guitarra, producen una exaltación que llega al éxtasis o bien os sumergen en la más profunda de las melancolías. Siguiendo la disposición en que se halla el espíritu, el estremecimiento se comunica al cuerpo, vibrando al unísono las fibras musculares y las del alma, con aparición de movimientos verdaderamente coreicos o histeriformes.

He constatado estos efectos en muchas personas. He sido testigo de sus crisis de alegría, de sus canciones y también de sus lágrimas y de sus lamentos, de su profundo abatimiento o de su loca alegría, en función del modo armónico que alcance sus oídos. Hace unos meses, *l'Expérience* ha publicado un artículo en el que el Dr. Carrière, con ese fino espíritu de observación que le caracteriza, describe el estado de exaltación que había observado en varios alumnos suyos de medicina, a los que había hecho tomar hachís: «Un colega, el Dr. J..., deseoso de conocer por sí mismo los efectos del hachís, ingirió unos gramos de damawesc. Era una dosis mínima, de tal modo que el tiempo pasó sin que J... experimentase nada extraordinario. En esto se oyó la voz de una jovencita. Era una muchacha de servicio que limpiaba la habitación contigua. Su voz no era, en absoluto, desagradable, pero ése es todo el elogio cabe hacer de la misma. Sin embargo, nuestro colega se sintió vivamente atraído por ella, de modo que se aproximó a la puerta de la habitación de la que procedían los cantos y colocó su oreja en la cerradura a fin de no perderse ni una sola nota del canto. Permaneció así, bajo el encanto de la música, casi media hora, y no se retiró de allí hasta que su sirenita de toca y zuecos cesó de cantar. J... experimentaba, pese a no creer en ello, el efecto del hachís y, confesando que jamás música alguna le había hecho sentir una impresión parecida, no hubo modo de convencerlo de que se hallaba bajo el efecto del hachís. No fue capaz de cambiar de opinión hasta que la acción del tóxico hubo desaparecido por completo.

Por lo que a mí respecta, en vano intentaré hacer comprender hasta qué punto me impresiona la música en tales circunstancias. Agradables o desagradables, alegres o tristes, las emociones que me despierta tan sólo se pueden comparar a las que se experimenta en estado de onirismo. No basta con decir que son más vivas que de ordinario; su naturaleza, por así decirlo, ha cambiado, y no es sino tras haberse transformado en un verdadero estado alunatiro*, cuando dichas emociones alcanzan esa tremenda energía generadora de verdaderos paroxismos de placer o de dolor.

Un día, rodeado tan sólo de amigos de toda confianza, tomé una dosis bastante fuerte de hachís. Les había pedido que me observasen con atención escrupulosa, que registrasen fielmente todas y cada una de mis palabras, mis gestos, mi fisonomía, etc. En esa época no me sentía todavía suficientemente seguro de mí mismo y precisaba por ello un control exterior, a fin de

* Moreau de Tours califica aquí de alucinación lo que hoy se denominaría percepción delirante. Como veremos en su momento, lo definitorio de la alucinación para Moreau de Tours no es sólo que se trate de una percepción sin estímulo, sino que además dicha percepción ocurra durante lo que él denomina estado primordial, o estado de oniro, con lo que esa producción psíquica, como todas cuantas se originan durante ese estado primordial, es experimentada con las características propias de la vivencia delirante.

asegurarme de la exactitud de mis propias observaciones. Tras haber llegado a un alto grado de excitación, y con el fin de moderar la fuga de ideas y de sensaciones sugiriéndoles una dirección determinada y única, le pedí a una joven señora, artista distinguida, que tocara al piano cualquier aire triste y melancólico. Escogió el vals de Weber. Desde las primeras notas de esta pieza tan profundamente impregnada de dolor, sentí un estremecimiento que recorría todo mi cuerpo, al tiempo que mi excitación cesó de manera fulminante; mejor dicho, cambió bruscamente de naturaleza: completamente replegado sobre mí mismo, como un fuego interior, me alimentaba ahora únicamente de ideas tristes, de recuerdos llenos de aflicción, de escenarios a cual más lúgubre. La fisonomía de alguna de las personas que me rodeaban refleja el tinte siniestro de mi aflicción... Estas personas, sin embargo, se limitaban a permanecer simplemente serias, en tanto que otras, que reían al contemplarme, me parecía que hacían muecas y gestos amenazantes, con el consiguiente temor al creer que abrigaban deseos hostiles hacia mí. Cerré los ojos para no ver a nadie. Me eché sobre un diván, y me acurruqué lo mejor que pude para dedicarme por entero a mis impresiones interiores. Fue entonces cuando una tristeza, una oscura melancolía, no sé qué penosa ansiedad, me sobrecogió de tal manera que sentía mi pecho constreñido y a punto de dejar de respirar: mis lágrimas corrieron abundantemente y, de haber estado solo, me habría puesto a gritar. No me sentía capaz de aguantar así por más tiempo, experimentando la urgente necesidad de liberarme de esa horrible pesadilla... La oración de *Moisés*, de la ópera del mismo nombre, restableció poco a poco mi calma interior. Tenía la impresión de haberme liberado del intenso agobio que hasta ese momento había estado oprimiendo mi pecho. Experimentaba esa especie de liberación que se siente al despertar de un mal sueño, o que se disfruta tras haber padecido una gripe. Pese a que no me había engañado ni un solo instante con mis ilusiones, sin embargo se habían apoderado de mi conciencia con la fuerza misma de la realidad. Escuchaba extasiado aquellos acentos religiosos que evocaban en mí recuerdos que yo creía extinguidos hacía muchos años, emociones dulces, del tipo de las que se experimentan únicamente en la primera edad de la vida y que el escepticismo y la duda se encargan muy pronto de silenciar. Después tuve la ocurrencia de arrodillarme delante del piano, y así, en actitud de profundo recogimiento, los ojos cerrados y las manos al cielo, permanecí hasta que la música cesó de sonar. Un instante después me levanté como sobresaltado: mis oídos, de repente, se habían sentido conmocionados por los aires de un vals de contradanza; echando una ojeada a mi alrededor, me resultaba extraño ver que todos permanecían tranquilamente sentados: —¡Cómo es que nadie baila! ¡Sois capaces de escuchar esta música y permanecer inmóviles como estatuas!... La expresión era exacta, pues justamente esa fue la impresión que causaron en mí las personas que me rodeaban, algunas de las cuales, con su mirada inmóvil, me recordaban el autómatas espantoso que imaginó Hoffman, un día: sin moverse, sin hacer nada, las manos posadas sobre una pequeña mesa, y los ojos invariablemente fijos sobre él. En absoluto me sentía engañado por esta ilusión, sino que la atribuía al estado de agitación en que progresivamente iba cayendo, que contrastaba con la tranquila realidad exterior. Tenía la impresión de que todos mis miembros experimentaban descargas eléctricas que les incitaban a moverse de manera cadenciosa. Es como si hubiese sido picado por una tarántula. Pedí a una señora que danzase conmigo (era la dueña de la casa). Bailé durante un cuarto de hora en estado

de somnolencia, hasta el punto de que todavía ahora me resulta difícil dar cuenta del mismo: a cada paso tenía la impresión de que, bajo mis pies, desaparecía el parqué por un espacio de tiempo imposible de calcular. Mi voluntad parecía no tener nada que ver con el rápido torbellino que me embargaba, sino que mi cuerpo respondía de forma automática a las impulsiones sonoras que provenían del piano, al igual que se mueve el juguete de un niño tras haberle dado cuerda. Pese a todo, y todavía dueño de mí mismo, intercambiaba algunas palabras con la persona que danzaba conmigo.

Este ejercicio violento no me produjo el más mínimo cansancio, pero provocó una fuerte sudoración que aceleró el final del acceso, cuya duración total fue de cuatro horas o cuatro y media.

Para explicar los fenómenos que acabamos de describir, no basta con afirmar que el hachís excita y aviva la sensibilidad del oído. Las causas son mucho más complejas, y han de ser examinadas cada una por separado.

El efecto de la música sobre las facultades mentales en estado sano, y fuera de toda influencia extraña, puede ser afrontado de dos diferentes maneras: desde el punto de vista puramente físico y desde el punto de vista intelectual. Cabe todavía abordar esta cuestión desde una tercera perspectiva, cuando tengamos en cuenta las modificaciones aportadas por el efecto del hachís*.

1º— «El poder de la música sobre la naturaleza viva, dice Cabanis, prueba que las emociones propias del oído se encuentran muy lejos de poder ser reducidas a meras sensaciones percibidas por el órgano pensante; hay algo más en estas emociones. Los hombres incultos sienten la misma avidez por la música que las personas socialmente más refinadas. Determinadas asociaciones de sonidos, incluso simples ritmos, se adueñan de las facultades sensibles del hombre, generando en su alma sentimientos que parecen hallarse determinados por normas organizativas muy primitivas...» Es esta acción la que nosotros hemos denominado orgánica porque, en efecto, toda ella parece centrada sobre el órgano al que se dirigen directamente los sonidos. Se trata de una sensación, y nada más, que no depende ni de la inteligencia, ni de la mejor o peor memoria del sujeto, sino que los órganos se hallan constitucionalmente más o menos aptos para experimentarla, apareciendo incluso en los débiles mentales profundos: es bien conocida la atracción que algunos de estos pobres seres sienten por la música. Desde luego, esto último no ocurre tan a menudo como en la actualidad se viene asegurando, al igual que tampoco es cierto que la música sirva de cura radical de las enfermedades mentales, por más que se haya puesto de moda afirmar algo así. Tan sólo ocurre en algunas ocasiones.

Creemos necesario añadir, todavía desde la perspectiva puramente física, que el mero ejercicio de una facultad cualquiera se acompaña siempre de un bienestar al que, por otra parte, acabamos por no prestar atención a causa de la habituación, pero que es menos vivo y real que cuando ha habido una interrupción momentánea de esta sensación y luego se reanuda de nuevo. El sordo de nacimiento Honoré Trézel, cuenta que los primeros días que siguieron

* Esta importancia que le confieren todos los consumidores de hachís a la música, y a la que Moreau dedica todo este quinto apartado, nos lleva e inmediato a pensar en cuanto han dicho los místicos de todas las diferentes épocas y religiones a este respecto, así como también, y esto ya desde un ámbito estrictamente biológico, en la epilepsia musicógena. El lector interesado en este tema puede consultar...

al desarrollo de su oído, fueron días de gozo intenso. Todos los sonidos, incluso los ruidos, le causaban un placer inefable y los buscaba con avidez.

La sobreexcitación que produce el hachís en todo el sistema nervioso en general, parece sentirse más particularmente en la porción encargada de la percepción de los sonidos. Ya lo hemos destacado anteriormente: el oído adquiere una delicadeza, una sensibilidad increíbles. Los sonidos resuenan hasta el centro del epigastrio; dilatan y oprimen el pecho, aceleran y lentifican los latidos cardíacos, remueven convulsivamente todo el sistema muscular o lo postran en un amodorramiento generalizado.

2º— La segunda forma de actuación de la armonía guarda relación con la economía del ser vivo: los sonidos poseen la capacidad de evocar los recuerdos, de provocar ciertas asociaciones de ideas, las cuales, a su vez, despiertan nuestros sentimientos. En este caso, los sonidos se dirigen y actúan más sobre el entendimiento que sobre la propia sensibilidad: para *sentir* la música es necesario comprenderla. ¿No equivale esto a decir que los sonidos no pueden ser letra muerta: que a cada uno de ellos, o al menos a las combinaciones que forman, es necesario asociar determinadas ideas? He ahí el secreto del poder de la armonía. Cualquier música de ópera que escuchemos por primera vez, si al mismo tiempo no nos llegan las palabras y las comprendemos, si no caemos al menos en la cuenta de la intención y del pensamiento de los actores, apenas nos impresionará por bella que la misma sea. Del mismo modo, la música instrumental no podrá excitar nuestro entusiasmo a menos que seamos capaces de seguir el pensamiento del compositor a través de las diferentes armonías. De nada sirve hacer oír las obras maestras de nuestros artistas más reconocidos a personas cuyas costumbres o hábitos políticos y religiosos difieren esencialmente de los nuestros: permanecerán indiferentes, porque esas obras hablan un lenguaje que les resulta extraño y que no comprenden. He sido testigo de algunas tentativas de este género en Oriente, en el Cairo o en Constantinopla, donde había sido introducida nuestra música militar. Pues bien, los turcos y los árabes la escuchaban con total indiferencia, mientras que mostraban una avidez extrema por escuchar los sonidos discordantes de una pésima flauta que hacían acompañar de una especie de tambor vasco que es común entre ellos*. Por el contrario, la más simple de nuestras melodías, la música más vulgar, puede ejercer sobre nosotros una tremenda influencia, cuando concurren determinadas circunstancias de tiempo y de lugar: así, tras varios años lejos del propio país, el más simple trovador, ejecutando un aire de la patria lejana, adquiere la talla de un Paganini. Evidentemente la armonía, en

* Personalmente dudo mucho de la validez de toda esta digresión de Moreau, en la que no es posible dejar de ver el rechazo y la desvalorización que espontáneamente mostramos hacia lo que nos resulta desconocido (xenofobia). La afirmación de Moreau de que "para *sentir* la música es necesario comprenderla" solamente tendría validez si ese "comprender" queda limitado a que es necesario darse cuenta del sentido rítmico, o matemático, que siempre entraña la música. Recordemos lo que dice Pascal: la música es un ejercicio matemático en el que nuestro cerebro realiza operaciones aritméticas sin darnos nosotros cuenta. Pues bien, dudo mucho que sea necesaria la comprensión cultural de la que aquí habla Moreau, bastando una comprensión estrictamente matemática. En este sentido, todo el mundo sabe que el puro ritmo sonoro, como el de la música de percusión (estricta aritmética), puede despertar en nosotros los mismos efectos psíquicos, todos y cada uno, que cualquier otra música más compleja. La música es lenguaje matemático y cualquier cerebro humano, sea cual sea su medio cultural, está capacitado para entender ese lenguaje.

este caso, es responsable de una mínima parte del estado emocional, siendo los recuerdos, el trabajo de la imaginación, quien ejecuta el todo.

3º— De la sobreexcitación de la memoria y de la imaginación, excitación suficientemente intensa como para no dejar más que un pequeño espacio para las impresiones exteriores, unida a la excitación general del intelecto, al torbellino de ideas, nace un estado mental particular del que hemos hablado ya y que no es otro que el estado de onirismo. Este estado modifica las sensaciones producidas por la armonía hasta tal punto que, aunque teniendo su origen y punto de partida en el exterior, en el mundo real, se parecen a las creaciones imaginarias que se desarrollan durante el estado de onirismo, mostrando todos los rasgos propios de las alucinaciones, como tendremos ocasión de comprobar más adelante*.

Es así como se explica esa especie de éxtasis que la música produce en las personas, cuando se hallan bajo el efecto del hachís. La sobreexcitación de la sensibilidad acústica, de la memoria y de la imaginación no permitirían explicar suficientemente lo extraordinario de las vivencias, si no se hallasen secundadas por esta modificación mental que acabamos de citar*. Dicho de otra manera: durante el estado de onirismo, las sensaciones y las emociones alcanzan tal nivel de fuerza e intensidad que ningún estímulo real, nada de cuanto pueda ocurrir en la realidad, se les puede comparar.

La extraña influencia que la música ejerce sobre las facultades mentales cuando éstas han sido previamente modificadas por la acción del hachís, inmediatamente nos trae a la mente una cuestión que ha llamado frecuentemente la atención de los médicos alienistas: en todas las épocas se ha intentado actuar sobre la moral de los locos a través de la música y, pese a los sucesivos fracasos, periódicamente se llevan a cabo nuevos intentos. Cada vez que se han realizado nuevas tentativas se han depositado enormes esperanzas en las mismas, esperando maravillas de un medio terapéutico al que parece como si existiese una necesidad y un acuerdo generalizado de que es bueno en sí mismo y al que, por tanto, no se le puede hacer desconsideración alguna¹.

La música, para el hombre sano de espíritu, es una fecunda fuente de emociones: esto es algo inapelable. Pero, ¿se puede decir lo mismo cuando las facultades mentales se hallan alteradas? Es una cuestión en la que nadie parece haber pensado hasta ahora y que, sin embargo, era totalmente necesario abordar. Existe todavía otra cuestión, no menos olvidada que la anterior e igualmente importante, que nadie se ha planteado hasta ahora: ¿qué tipo de enfermedad mental tienen las personas a las que supuestamente la música les resulta útil terapéuticamente? Porque, a nuestro modo de ver, aplicar un método terapéutico antes de conocer cuál es su modo de acción, o si

* He aquí otra vez la descripción de percepción delirante, pero denominándola alucinación.

* Lo que no menciona a aquí el autor es que ese estado mental, junto al éxtasis con que se manifiesta, puede ser desencadenado por efecto exclusivo de la música, sin necesidad de añadir a ese estímulo excitante la excitación del hachís (véase epilepsia musicógena).

¹ Nuestra opinión al respecto se deducirá de las diversas consideraciones que vamos a realizar ahora; pero si tuviésemos que expresarla ya con sinceridad y simpleza, el mejor modo de hacerlo sería con las siguientes palabras de un moderno escritor: «La música, como remedio curativo, no resulta más eficaz que pueda serlo la ópera cómica. Allí se cura la locura con una historia de amor, la fiebre con un solo de flauta, el cólera morbo con un aire variado de trombón: se trata de creaciones artísticas ingeniosas. Pero, a la hora de la verdad hemos maldecido una y otra vez el arpa de David y la hipocondría de Saúl, que han sido el origen inequívoco de todas estas pamplinas.»

posee efectividad alguna, sería una forma de proceder bastante poco razonable. Actuar así, es como hablar para sordos: el sentido y la longitud del discurso, las modalidades oratorias, pueden variar, pero unas y otras se dirigen a personas que no comprenden lo que se les está diciendo, pues la naturaleza les ha privado de la facultad de entenderlo. Por otra parte, en un pequeño número de casos, lo único que se conseguiría sería aportar un nuevo elemento estimulador que viene a excitar todavía más la sobreexcitación que pretendemos calmar. He aquí los hechos en los que fundamentamos estas dos proposiciones:

1º Son muy pocos los alienados que experimentan una influencia real de la música (buena o mala, pues eso no importa por el momento) y, en esos casos, se trata siempre de enfermos curables. Los demenciados, que son mayoría y se encuentran por todas partes, no responden en absoluto a la música. Nos quedan los enfermos afectados de delirio parcial y los maníacos: en vano buscaremos entre los primeros sujetos que respondan terapéuticamente a la música. Solamente los maníacos son accesibles y, dentro de ellos, sólo aquellos cuyo delirio no sobrepasa el grado de *excitación* simple.

Para conferirle a nuestro pensamiento toda la exactitud que merece, añadiremos que no nos referimos exclusivamente al estado de excitación propia del estado de manía, sino también a la que sobreviene en ocasiones durante el curso de una enfermedad mental parcial, e incluso, en la demencia, si bien esto último casi nunca sucede. Los casos de estados maníacos de este género que han respondido a la música son poquísimos, de hecho nosotros solamente sabemos de dos enfermos maníacos que hayan experimentado una mejoría bajo la influencia de la armonía, pero los mencionamos para no ser tildados de inexactos.

Es necesario añadir una última observación: los alienados que responden al efecto de la música son precisamente aquellos que, por su estado de espíritu, más se asemejan al individuo que se encuentra bajo el efecto del hachís [unas 700 palabras relativas a los conciertos de Bicêtre].

QUINTO FENÓMENO: Ideas fijas; convicciones delirantes.

Esta clase de alteración intelectual tan frecuente en la alienación mental, y que constituye por sí sola el grupo de alienados más numerosos, a saber, los *monomaníacos*, la encontramos también bajo el efecto del hachís, si bien únicamente en aquellos casos en los que, de modo intencionado, se provoca y se alcanza un delirio muy acusado. Yo solamente pude experimentarlo una vez y ocurrió, lo confieso, sin haberlo buscado deliberadamente. Era en la época de mis primeras experiencias, en 1841. Todavía poco preparado, me dejé asustar por los efectos que experimentaba: me surgió la idea de que me había envenado. Habíamos tomado damawesc tres personas: el señor H..., el Dr. Aubert-Roche y yo. Debo comenzar diciendo que ellos dos se mostraban mucho más tranquilos que yo. Poco a poco, a medida que mi exaltación aumentaba, me fui convenciendo de que el colega que había traído el hachís me había dado a mí uno de diferente calidad y mucho más activo: «Ha querido hacer una prueba, pero no deja de ser una grave imprudencia!... ¿quien me puede asegurar que no pretendía envenenarme?», me decía yo a mí mismo. «Aubert, eres un asesino, gritaba yo fuertemente, me has envenado». El aspecto apesadumbrado y de disgusto con que escucha mis quejas, las

palabras de consuelo que me dice, no hacen sino reforzar mi convicción. Durante un cierto tiempo me mantuve en lucha contra este pensamiento, que me parecía además excesivamente absurdo para ser verdadero. Pero como esta idea volvía una y mil veces, a través de otras tantas representaciones que lo reafirmaban, acabó por dominarme de la manera más absoluta. Enseguida, una ilusión, de la que daré cuenta después, hizo que surgiese en mí otra idea fija, la cual parecía una consecuencia lógica de la primera, aunque más extravagante todavía: estaba muerto, iban a enterrarme, mejor dicho, mi cuerpo estaba muerto y mi alma había salido de él. —Sin duda el resto de conciencia que aún me quedaba, si no de mi persona al menos de mi existencia, me permitía establecer esta importante diferenciación. Encontramos ideas parecidas en los alienados, si bien es un error pensar que se dan muy frecuentemente entre ellos: en unos pocos minutos yo había recorrido todos los grados del delirio parcial típico. — Un joven que había tomado hachís se sintió pronto sobrecogido por un gran terror, convencido de que iba a morir. Burlándose de él, alguien colgó una almohada en la pared y, mostrándosela, le dijo: —Eres tú quien está ahorcado ahí; ya no estás en este mundo. —¡Ya lo sabía, exclamó el pobre diablo, es horrible, ¿verdad?, morir tan joven... y de esta manera!

También aparecen ideas fijas en aquellos casos en los que la excitación del hachís no es muy intensa, e incluso pueden ser muy numerosas; pero son fugaces, se limitan a aparecer y desaparecer: para que profundicen en el espíritu y permanezcan en él de forma duradera, es necesario que se produzca una alteración grave del espíritu y, aun así, durante un largo tiempo son rechazadas y combatidas por la conciencia. Sin embargo, en los casos de delirio espontáneo o locura, las ideas fijas se caracterizan por dominar la inteligencia de manera absoluta desde el mismo momento en que hacen su aparición, quedando la persona entera sumida y entregada a ellas.

Analicemos ahora lo que nuestra experiencia con el hachís nos ha aportado respecto al modo en que se constituyen estas ideas. Trasladémonos a lo que ocurre en nuestro espíritu en esos momentos de ensoñación en los que dejamos que nuestras ideas fluyan libremente como les plazca, libres de cualquier constricción de la voluntad. Aparece una gran cantidad de pensamientos que, lejos de sernos indiferentes, despiertan pasiones más o menos intensas, ligándose a nuestras ambiciones más deseadas. El soldado imaginará batallas, grados, honores; será coronel, mariscal de Francia... El religioso fanático, fantaseará con el infierno, con los tormentos que les esperan a los condenados; y aunque él se encuentre entre el pequeño número de los elegidos, no podrá evitar representarse al demonio tratando de apoderarse de él. O bien su atención será cautivada por las delicias del paraíso, se pondrá en contacto con Dios, le hablará, y Él le responderá... El romántico se imaginará ser el esposo adorado... El que odia se dejará llevar por una multitud de fantasías de venganza, dirigiendo todo tipo de maldiciones a sus enemigos....

En estado normal, es decir, cuando nuestra capacidad reflexiva permanece intacta y con plena independencia, con todo su *self power*, según la contundente expresión inglesa, asistimos a la representación de estas ideas en nuestro espíritu siendo conscientes de que en alguna medida nos son extrañas: la menor impulsión de la voluntad las hace variar hasta el infinito, como las imágenes de un caleidoscopio; nos desprendemos de unas para dar paso a otras sin adherencia o pena alguna.

Pero cuando esto ocurre hallándose el sujeto bajo los efectos del hachís, o de otras causas, al estar la voluntad fuertemente debilitada, cuando no completamente anulada, por el efecto de esos agentes patógenos, estas ensoñaciones, que se limitaban antes a atravesar momentáneamente la conciencia, permanecen ahora inamovibles en ella convirtiéndose en una creencia fija, en una convicción, pues la fuerza mental que luchaba contra ellas ya no actúa. Como hemos indicado ya, lo habitual es que con el hachís estas ideas fijas sean relativamente efímeras, a no ser que se trate de una intoxicación muy severa. El sujeto se abandona, pues, y se deja convencer por ideas extravagantes y del todo increíbles, pero, de repente, como si fuesen fogonazos, durante unos instantes recupera su capacidad reflexiva, y retoma el control sobre sí mismo, reconociendo de inmediato el error por el que se estaba dejando llevar. Se queda uno con la impresión de que, de haberse dejado ir un poco más, probablemente las ideas fijas hubiesen acabado por dominar completamente la mente por un espacio de tiempo imposible de determinar.

Es éste un punto en el que no cabe posibilidad de confusión, pues nos basamos, no en teorías, sino en hechos de observación íntima; describimos fenómenos que cualquiera puede verificar igual que nosotros, y que, a nuestro parecer, merecen la misma credibilidad que las restantes operaciones de nuestro espíritu de las que nadie se ha planteado dudar jamás.

Locke, hablando de las convicciones delirantes de los alienados, ha dicho: «No creo que los locos hayan perdido la capacidad de razonar; sino que, *habiendo enlazado mal algunas ideas*, las toman por verdades.» Y en otra parte: «Tras haber convertido sus propias fantasías en realidades, *por la fuerza de su imaginación*, sacan de ellas conclusiones muy razonables.»

Locke expresa el hecho fundamental de la locura con estas palabras: *habiendo enlazado mal algunas ideas*. No dice, ni siquiera lo intenta, por qué ha tenido lugar esa asociación viciada y, sobre todo, por qué los que así actúan se dejan dominar por sus ideas falsas, adhiriéndose a ellas irresistiblemente y sin que ningún razonamiento sirva para debilitarlas. Porque, aunque es cierto que a cada momento se forman en nuestro espíritu asociaciones mal enlazadas, sin embargo las ideas que nacen de ellas carecen de la fuerza de convicción que poseen las ideas fijas. ¿De donde sacan, pues, las ideas fijas esa fuerza tremenda que las hace resistentes a cualquier tipo de argumentación? Locke la hace proceder de la imaginación, pero no aclara de dónde saca la imaginación esta nueva y extraordinaria fuerza. Ateniéndonos a nuestra explicación, esa energía provendrá lógicamente de lo que hemos denominado *estado de sobreexcitación*, o *hecho primitivo generador* de todos los fenómenos del delirio.

En efecto, si hasta aquí se me ha comprendido correctamente y no se ha olvidado en qué circunstancias y bajo qué condiciones intelectuales, nacen y se fijan las ideas o convicciones delirantes, a la mente del lector acudirá inmediatamente, y en primer lugar, ese fenómeno de *excitación* mental del que he venido hablando, y cuya noción exacta espero haber logrado transmitir cuando dije que consistiría en una especie de disolución molecular de la inteligencia*. La idea *fija* o *delirante* es el producto intelectual de esa

* Moreau nos ofrece aquí una patogenia precisa, de naturaleza fisico-química, de la enfermedad mental al atribuirle a una *sobreexcitación* cerebral con disolución molecular que, a su vez, se traduciría en la consiguiente disociación de las funciones intelectuales. Esta

descomposición mental, producción que perdura en el tiempo incluso una vez que ha cesado la disociación que la ha generado y se ha recuperado la normal integración de las facultades mentales: es como la idea principal de un sueño, la cual sobrevive al sueño que la ha engendrado.

Esta génesis de las ideas fijas que aparecen bajo la influencia del hachís que acabamos de describir, es igualmente válida para las ideas que caracterizan los restantes tipos de alienación mental que se incluyen bajo el término genérico de *delirio parcial*.

Volvamos por un momento a lo que decíamos en los prolegómenos de nuestro trabajo: este estudio se basa en una observación íntima, imposible de aprehender desde fuera. Por tanto, cuando se trata de información proveniente de los pacientes, nuestra entrevista debe esforzarse en registrar lo que ellos han sentido o experimentado, y no tanto lo que nosotros hemos observado. En una palabra: los datos que necesitamos conocer, su propia experiencia, sólo pueden suministrarlos ellos mismos, limitándonos nosotros a facilitarles la tarea mediante la confección de una entrevista y unas preguntas adecuadas.

En primer lugar, examinemos en qué circunstancias se desarrollan las convicciones delirantes en los alienados: las causas mórbidas, tanto da que sean físicas o psíquicas, dan lugar a una disgregación más o menos brusca de las facultades intelectuales, las cuales, a partir de ese momento, se manifiestan con gran intensidad y de forma exagerada. Por tanto, antes de que aparezca ninguna idea fija, existe un estado de excitación general de las facultades intelectuales, con aparición de ideas que se suceden rápidamente. Todo ocurre como si la actividad nerviosa hubiese experimentado una intensificación notable, con el consiguiente flujo incesante de la misma: este característico estado de agitación es lo que hemos denominado *hecho primordial*.

Fijémonos, por ejemplo, en las emociones de tristeza, que constituyen sin duda la causa más frecuente del delirio parcial con ideas lipemánicas*. Si examinamos de cerca esta variedad de enfermedad mental, encontraremos en ella la misma secuencia de hechos que ocurren cuando el cerebro acaba de sufrir una conmoción: oscurecimiento más o menos rápido y completo de la facultad de pensar, disociación de ideas y pérdida más o menos completa, aunque poco duradera, de la conciencia íntima. Ahora bien, será inútil buscar esta secuencia de hechos en el testimonio de otros, ya que sus investigaciones se limitan a analizar exclusivamente las circunstancias físicas y morales que han tenido lugar en los momentos que preceden de manera inmediata a la aparición del delirio [200 palabras]. Pero para poder penetrar en el meollo de la enfermedad, y no quedarse en su aspecto más visible, y llegar al fondo de la

explicación recuerda enormemente el concepto de *hiper-sincronía* neuronal que, cincuenta años después, elaborará H. Jackson, como explicación de la patogenia del encendido epiléptico. Ambos autores, por tanto, atribuyen la patología en cuestión a una hiper-activación cerebral, o como diríamos hoy, a una intensa y, acaso, excesiva, despolarización neuronal. Esta similar hipótesis patogénica que defienden ambos autores va a influir notablemente en la concepción órgano-dinamista que de la enfermedad mental ha defendido H. Ey (Ey dedica su estudio psiquiátrico nº 8 a la memoria de J. J. Moreu de Tours, titulándolo: *Le rêve, «fait primordial»*).

* *Lipemanía*: término propuesto por Esquirol para sustituir al de melancolía, por haber adquirido esta última palabra demasiadas connotaciones, algunas muy alejadas de la enfermedad mental. Dicha denominación no llegó a cuajar, sino que poco a poco fue imponiéndose otro término inglés: *depresión*, que es como se conoce hoy generalmente esta variedad de enfermedad mental. Lipemanía es, por tanto, sinónimo de depresión.

conciencia, es imprescindible analizarla en uno mismo; o bien hacer que los enfermos narren con detalle sus propias experiencias interiores, aunque este segundo método es mucho menos seguro.

En algunas ocasiones, desgraciadamente pocas, cabe conocer enfermos de muy buen nivel cultural que, ya sea tras su completa curación, ya sea durante una remisión temporal de su enfermedad, pueden aportarnos información muy útil, siempre que sepamos canalizar su discurso hacia las cuestiones que, al hilo de nuestras investigaciones, realmente interesan.

Entre los alienados con delirio parcial hay algunos, como ya sabemos, cuyo delirio viene precedido por lo que hemos denominado *modificación primitiva*, la cual lleva ligadas en sí misma todas las alteraciones intelectuales propias del estado maniaco. En estos casos, conforme a las palabras empleadas por Esquirol, «la multiplicidad, la rapidez, la incoherencia de las ideas, en una palabra, el desarreglo de todos los elementos de la inteligencia», preceden a las ideas fijas. Cuando le preguntamos a los enfermos, una vez pasado el delirio y en estado ya de comprender, cómo comenzó su enfermedad o cómo es posible que en su cabeza hayan aparecido ideas tan extravagantes, suelen responder con frases como éstas: —«me sentía completamente desquiciado... no era yo... había perdido la cabeza... mis ideas no tenían sentido... no sabía lo que decía ni lo que hacía, y fue entonces cuando me imaginé que...», surgiendo así la idea fija, la cual, tras cruzar la mente con la rapidez de un rayo durante el estado de alteración general de las facultades mentales, perdurará luego una vez desaparecido dicho estado. Pero la idea fija no siempre se instaura de esta forma súbita, sino que en ocasiones la conciencia del sujeto libra una lucha mental contra ella. En estos casos, cabe hablar de una excitación menos intensa, pero el fenómeno psicológico esencial, el hecho primordial, es siempre el mismo: unos momentos de incertidumbre, de irresolución, de movilidad extrema de los pensamientos, durante los cuales una de las ideas que se han ido sucediendo se hace fuerte e, imponiéndose en la mente, queda adherida y fijada en ella.

Una vez que el delirio parcial se ha declarado, una vez que las convicciones delirantes se han instalado en la inteligencia, es muy raro que permanezcan en ella en estado completamente estacionario, variando a menudo su intensidad y el grado de influencia que ejercen sobre la mente y los comportamientos del enfermo. En otras palabras, a partir de su nacimiento e instauración, experimentarán luego fases de remisión y de agudización [unas 60 palabras].

Una prueba más de que la modificación primitiva que venimos describiendo es la fuente originaria de las ideas fijas y delirantes, viene dada por el siguiente hecho: ocurre muy a menudo que este estado de excitación mental reaparece, tras una temporada de remisión, adaptando entonces los enfermos nuevas ideas fijas, como si olvidasen y dejasen a un lado las antiguas. Las ideas nuevas guardan casi siempre relación con los motivos de preocupación actuales.

Nos hallamos aquí ante ese estado peculiar del cerebro que Esquirol ha denominado con el pintoresco término de *estado cataléptico*, del que transcribo ahora dos ejemplos tomados de este mismo autor:

«Una señora tenía la convicción de que su marido la iba a matar de un disparo de escopeta, por lo que frecuentemente se escapaba de su castillo para arrojar a un pozo. Pues bien, desde que se le ha hecho comprender que si su marido quisiera deshacerse de ella, optaría por envenenarla ya que ese método es mucho más seguro para él, ha cambiado su antigua conducta de

escaparse de casa por la de rechazar todo tipo de alimentos por miedo a ser envenenada.»

«Un melancólico tiene la convicción de haber sido deshonrado; tras haber intentado, en vano, reasegurarle de que no es así, se le ofrecen, al menos, los consuelos que para estos casos aporta la religión. Enseguida se persuade de que está condenado.»

Una vez que se ha roto el lazo que permite la normal asociación de ideas, se instalan en la mente pensamientos bizarros y extravagantes que son suscitados por las causas más insignificantes, y que se combinan entre ellos de las más extrañas maneras: «La ciudad de *Die* está dominada por un gran acantilado que se llama *V*. A un joven paciente se le ocurre se le ocurre añadir la letra *v* a la palabra *Die*, quedando constituida así la palabra *Diev* o *Dieu* (Dios). Pues bien, a partir de ese momento todos los habitantes de la ciudad de *Die* son dioses para él. Enseguida reconocerá lo absurdo de este politeísmo, pasando a concentrar la divinidad toda en la personalidad de su padre, quien pasa a ser la persona más admirable del universo» (Esquirol). En la manía, y también en la simple excitación maniforme, estas ideas se hacen y se deshacen con enorme rapidez, siendo el enfermo juguete de las más variadas convicciones. En el delirio parcial las convicciones delirantes no son tan versátiles, ya que suele haber una pasión emotiva subyacente que domina y se sobrepone sobre el caótico cuadro de las restantes ideas, soliendo ser precisamente esa emoción la fuente de las ideas fijas en estos casos.

El señor X, hombre de negocios retirado desde hace unos años, se hallaba muy pendiente del matrimonio de su hija única, en quien había concentrado toda su afectividad. Mostraba respecto a este importante asunto toda la irresolución, la incertidumbre, la prudencia meticulosa y la temerosidad que habían constituido desde siempre la base de su carácter, rasgos que en esta ocasión, se hallaban agudizados por lo vivo e intenso de su amor paternal. Precisamente a causa de esta irresolución, había rechazado ya varios partidos muy interesantes, haciéndose luego los consiguientes reproches por temor a haber truncado la felicidad de su hija. Contando ya la chica una edad que no permitía demorar mucho más la decisión, el señor X aprobó las aspiraciones de un pretendiente que parecía reunir las condiciones de fortuna y posición social deseables. El asunto se hallaba ya muy avanzado cuando el señor X, cayendo de nuevo en estado de indecisión, consideró necesario realizar un nuevo aplazamiento. Poco después, su juicio parecía francamente alterado: se reprochaba haber faltado a las más simples exigencias de la lealtad y de la probidad y haber actuado con una prudencia excesiva e insultante para su futuro yerno, el cual probablemente acabaría denunciándole ante los tribunales. Así pues, era ya un hombre acabado, deshonrado; su deshonestidad recaería sobre toda su familia... En ese estado, el señor X fue ingresado en nuestra clínica [50].

Hasta aquí la descripción, necesariamente superficial, que nos aporta la familia. Tras unas semanas en nuestro establecimiento, el señor X recuperó la razón, hallándose ya en condiciones de informarnos con exactitud de cuanto había experimentado interiormente a lo largo de su enfermedad. Transcribiré fielmente sus propias palabras. Habiéndosele preguntado que cómo había sido posible que se le metiesen en la cabeza unas ideas tan extrañas, y si se daba cuenta ahora de la absurdidad de las mismas, responde —No es fácil, todo aquello permanece aún muy confuso en mi mente. Lo que puedo decir es que, pocos días antes, sin que todavía sepa explicarme por qué, yo estaba como

aturdido; por momentos apenas si sabía lo que hacía. Tenía unas distracciones increíbles y me sorprendía de mí mismo viendo cómo mi mente se ocupaba en pensar cosas que en absoluto yo quería pensar. Y algo que jamás antes me había ocurrido: hablaba solo o, mejor dicho, murmuraba algunas palabras sin sentido. Mi cabeza bullía, pero no podía decir que me sintiese enfermo como para pedir la ayuda de un médico, aunque sí fatigado tras un tiempo sin poder dormir, y atormentado por dolorosos presentimientos. Dichos presentimientos apenas si tenían fundamento. Pocos días después, tras haber empeorado, experimenté un vacío inmenso en mi mente, al tiempo que notaba una fuerte opresión en el estómago que me impedía respirar y, de repente, me vino la idea de que el señor M, descontento con mi modo de proceder, podría llevarme a juicio por difamación. Desde ese momento fui incapaz de librarme de ese maldito pensamiento...

— En los momentos de insomnio, ¿se sentía usted atormentado siempre por esa misma idea, el temor de haber ofendido al señor M...?

— Ay, en los momentos en que las crisis eran más intensas, en lo que yo llamo accesos de *fiebre moral*, a fuerza de pensar y pensar mil cosas al tiempo, no era capaz de pensar realmente en nada. Fue tras recuperar un cierto grado de calma, cuando empecé a creerme todas esas idioteces que le he contado.

Los primeros días de su estancia en Ivry, el señor X no parecía hallarse excesivamente afectado por sus convicciones y, aunque hablaba constantemente de ellas, resultaba relativamente fácil tranquilizarlo y convencerlo acerca de la inexactitud de las mismas. Poco después, una mañana, nada más levantarse de la cama, el señor X experimentó un estado de agitación muy viva. Su fisonomía mostraba una profunda inquietud: los ojos completamente a la expectativa, la lengua cubierta de sarro amarillento, el aliento fétido, la piel seca, entre 72 y 76 pulsaciones por minuto, moviéndose constantemente, va y viene sin saber qué hacer. En cuanto se le dirige la palabra, comienza a hablar de sus penas y temores. Se trata de una verdadera excitación maníaca injertada en su delirio parcial, puesto que todos sus agitados pensamientos poseen el mismo tono de sus ideas fijas iniciales, si bien ahora dichas convicciones han adquirido una fuerza y una intensidad tales, que requieren todo nuestro cuidado y vigilancia. Por primera vez, el señor X ha tenido una alucinación. Dice haberse levantado sobresaltado por una voz que, varias veces y de manera muy clara, le ha dicho: «¡No lo dudes, habrá juicio; estáis acabados: tú, tu mujer, tu hija...!» En pocos días la crisis adquirió toda la violencia de un acceso maníaco franco, pero sin incoherencia alguna en las ideas: precisamente es esta conjunción de, pasión maníaca por un lado, y fijeza de las ideas por otro, lo que caracteriza el delirio parcial. Como es bien sabido, las principales condiciones del delirio maníaco son: 1º el desbordamiento de los pensamientos; 2º una especie de irritación, incluso cólera o furor, a punto siempre de explotar. Y estas eran precisamente las pasiones desencadenadas en el señor X por sus ideas fijas, las cuales, oscureciendo su lucidez y atenazando su voluntad ya debilitada por el quebrantamiento general de la crisis, lo mantienen constantemente al borde de la impulsión. Por tanto, las ideas fijas en ningún momento han cambiado de naturaleza sino que permanecen invariables, pero la excitación maníaca les ha comunicado una energía y una violencia inusual en ellas. Este estado duró cuatro o cinco días, tras los cuales, bajo el efecto de una medicación muy

potente, el señor X recobró poco a poco su calma habitual, acabando por restablecerse completamente.

Igual que hemos visto las ideas fijas hacerse más intensas a causa de la agravación del estado general, del mismo modo las veremos debilitarse a medida que la fase activa se atenúa. En el caso del señor X resultó fácil comprobar cómo estos dos diferentes órdenes de síntomas iban amortiguándose gradualmente: a medida que la calma retornaba, iba mostrándose más accesible a nuestros consejos, que comprendía mejor y le movían, incluso, a reflexionar; también su contacto con la realidad se iba reanudando de forma progresiva. Replegado primero, y casi exclusivamente concentrado, sobre sí mismo, su existencia volvía a expandirse ahora hacia el exterior, concediendo más oportunidades a reflexiones que le ayudaban a luchar contra sus ideas fijas.

Así pues, conviene dejar claramente explicitada esta importante precisión: con el cese gradual de la excitación desaparecen, no las ideas fijas, sino la fuerza de convicción de que se acompañan, o sea, la tenacidad inquebrantable con que se sustentan*. De ideas absolutas, irresistibles y fatales que eran mientras la excitación psico-cerebral se mantenía, se han ido transformando poco a poco en ideas que no pasan de ser simples errores que el sujeto no acierta a explicar muy bien cómo pudieron llegar a adueñarse totalmente de su mente.

El señor X, que hasta entonces no había sido capaz de hacer la más mínima concesión alguna respecto a sus convicciones delirantes, llegados a este punto y desprovistas ya esas ideas fijas de su fuerza primera, aunque seguía sosteniendo la existencia de las mismas, declaró que su hermano acababa de convencerlo de lo erróneo de las mismas. Se autorizó entonces que lo visitase el hermano y, tras unas horas de conversación con él, el señor X nos hizo saber que no creía ya en absoluto en aquellas ideas que ahora consideraba puras quimeras: estaba curado.

Quien no haya seguido, como lo he hecho yo, el delirio en todas sus transformaciones, día a día, hora a hora, fácilmente puede confundirse pensando que la curación se debe a la influencia moral que sobre el paciente ejerció la conversación de su hermano. Pero eso es sólo una apariencia y la realidad es que cuando el paciente pudo hablar con su hermano, ya estaban abiertas y preparadas las vías de la curación: la causa orgánica, el exceso de excitación cerebral, había ya prácticamente remitido del todo y el paciente había dejado de ser el juguete de una idea fija, para pasar a encontrarse simplemente bajo un error, error que nada tiene de extraño que fuese capaz de disipar una persona de confianza como era su hermano [340].

* En perfecta consonancia con la concepción cuantitativa (exceso de excitación psíquica) que de la enfermedad mental viene desarrollando a lo largo de toda la obra, y que tanto nos recuerda a nosotros la hipótesis, igualmente cuantitativa, de la hiper-sincronía epiléptica propuesta H, Jackson, así como la que hemos esbozado nosotros acerca de la hiperia, Moreau describe aquí, con claridad meridiana, cómo la fuerza enorme de que se acompañan las ideas delirantes, y que es la que les confiere ese carácter de certeza inamovible e inquebrantable, la toman de la hiper-excitación general en que se genera en el sistema nervioso durante la fase aguda de enfermedad psíquica. A medida que se recobra el funcionamiento neuronal normal y aquel exceso de energía se va debilitando, las ideas delirantes pierden la fuerza que las caracterizaba, si bien pueden perdurar durante mucho tiempo a modo de escoria ya sin fuego interior: se ha producido, así, el encapsulamiento de las ideas delirantes.

Hemos de reseñar todavía un par de ejemplos que, aunque no tan completos, pueden contribuir a completar ciertos aspectos de las observaciones precedentes.

La señora... lleva varios años atormentada por ideas fijas y alucinaciones de la vista, el oído, el gusto y el olfato. Por el momento nada diré de las alucinaciones, pues serán objeto de un capítulo específico. Está convencida de que algunos miembros de su familia han querido envenenarla para adueñarse de su fortuna; está convencida de que igualmente han usado otros numerosos métodos para intentar deshacerse de ella. Estas ideas no la abandonan nunca, aunque la intensidad de las mismas varía mucho de unas temporadas a otras y, con ella, el grado de influencia que ejercen sobre sus comportamientos. A intervalos, bastante distanciados entre sí, sobreviene una excitación: la fisonomía se reaviva, las mejillas se tornan sonrosadas, la mujer... se vuelve irritable, locuaz, busca discusión con los que le reprochan su aislamiento y sus discursos, siempre en relación con sus ideas fijas, se hacen interminables. Quiere informar a todo el mundo de las persecuciones que sufre, recibiendo con desdén, cuando no con cólera, los consejos que le damos. No cesa de exigir su libertad e inventa mil excusas para recuperarla, en contra de la voluntad de los directores del centro.

En ocasiones esta excitación alcanza la violencia propia de un estado de manía, sin que por ello sus ideas se hagan incoherentes o salgan fuera del círculo de sus ideas fijas.

El señor N, de 48 años, carece de antecedentes familiares de enfermedad mental. En 1831 sufrió un violento acceso de reumatismo articular que duró seis semanas, para el que se pautaron sangrías locales y, probablemente, empleo de opiáceos. En 1832, poco después de haber padecido el cólera, el señor N, muy debilitado por la enfermedad, sufrió una gastritis resistente a todo tipo de tratamientos. «Aproximadamente quince días después, relata el paciente, comenzaron a afectarse todos mis nervios a excepción de los de la cabeza, de tal modo que experimentaba penosos hormigueos en brazos y piernas. Mi malestar de estómago disminuyó notablemente, siendo más soportables durante los tres siguientes años. A partir de esa época y hasta 1841, no los he vuelto a padecer más que de tarde en tarde.

»Tras muchos años, he comenzado a padecer dolores de cabeza, que se han hecho tremendamente intensos hacia finales de 1841, al tiempo que mis dolores de estómago desaparecían por completo. Es entonces cuando aparece mi enfermedad mental...»

Antes de proseguir, le pido al señor N que precise lo mejor posible lo que experimentó durante esa época: —¿Qué sentía usted en la cabeza? ¿En qué consistía el dolor? —Llevando sus manos a la cabeza, exclamó: «Me parecía que algo comprimía mis sienes y sentía sofocos como los que he oído relatar a mi mujer, y creía que mi cráneo iba a estallar. —¿Fue en ese momento cuando sus ideas comenzaron a desordenarse? —Estaba aturdido, tenía desvanecimientos, era incapaz de pensar, incapaz de comprender la pregunta más simple. Me veía obligado a dejar cualquier tarea que iniciaba, no era suficientemente dueño de mi cabeza como para poder hacer nada con un mínimo de continuidad. Fue así como llegué al estado en el que usted me ve ahora.» He aquí cuál es dicho estado: el pensamiento se encuentra en un verdadero estado *cataléptico*; cualquier idea, por indiferente que sea, puede acabar convirtiéndose en una idea fija. En vano se esfuerza el señor N en rechazarlas, en olvidarlas, poniendo bajo su atención otros temas por los que

siente verdadero interés; esas ideas inoportunas vuelven y vuelven a su mente sin cesar, constituyendo una pesadilla sin fin. «Algunas de esas ideas, me decía, son como esos pasajes musicales que repetimos mentalmente de forma involuntaria y que, a veces, incluso tarareamos en contra de nuestra voluntad, pero ahora durante horas y horas, e incluso días, sin lograr rechazarlo de la mente por más que lo pretendamos.»

Es digno de resaltar que en este caso la fijeza de las ideas no guarda relación alguna con el carácter de las emociones, sino que son completamente indiferentes a ellas. Así, por ejemplo, el señor N da un día un largo paseo fuera de la clínica, con su empleado de servicio. Le invita a refrescarse tomando un poco de agua y vino, al igual que hace él mismo. Y se dice: ¡Este hombre ha aceptado mi invitación, le gusta el vino! Y esta idea seguirá dentro de él, atormentándole sin cesar, durante días. El señor N se repite una y mil veces: ¡A mí que me importa que a este hombre le guste el vino, si es que le gusta! ¡Qué más me da! ¿Por qué esta preocupación? ¿Por qué esta peregrina idea se apodera de mí, haciéndome sufrir tan intensamente, como si fuese el más triste de los pensamientos del mundo? El señor N me comenta esta nueva extravagancia mental y me dice que está convencido de que la única forma de librarse de ella es comentándosela a su criado; pero al mismo tiempo tiene miedo a que una idea todavía más extraña sustituya de inmediato a la primera. Yo le aconsejo que no hable de ello y, durante treinta y seis horas, estuvo más o menos tranquilo. Finalmente, su idea parece haber dado paso a otra de muy distinto género: una noche, sentándose a la mesa, se da cuenta de que una señora con la que suele cenar de ordinario se ha puesto ese día, en contra de lo que es habitual, una camisa con botones dorados: «Por qué se habrá puesto hoy una camisa así?», se pregunta el señor N... Desde entonces no ha podido alejar este pensamiento de su mente ni un solo instante: la imagen de la señora con su camisa de botones no abandona su recuerdo, despertando ideas eróticas que le hacen sufrir mucho.

El señor N... se siente especialmente atormentado por ideas fijas durante la noche, cuando no es capaz de dormir. Es entonces cuando experimenta unos sentimientos de naturaleza muy peculiar, que son anuncio infalible de que va a ser acometido con fuerza por sus extravagantes ideas. Lo describe así: «es como una capa de flujo eléctrico que, de golpe, me envuelve desde los pies a la cabeza, una especie de escalofrío general por todo el cuerpo; siento que me mareo, estoy aturdido, la cabeza me da vueltas...» Todos estos síntomas nos resultan muy característicos, así que no hay razón para seguir insistiendo ellos.

La enfermedad prosigue una evolución de tipo intermitente, al menos mientras nosotros pudimos observarla. Las recaídas vienen, indefectiblemente, anunciadas por un agudización más o menos viva de la excitación.

Podemos resumir cuanto venimos diciendo acerca de las convicciones delirantes, del siguiente modo:

1º Nuestra propia observación íntima nos ha permitido constatar que la sobreexcitación mental y el estado de onirismo, que es su consecuencia natural, constituyen la fuente primitiva y el hecho psíquico primordial de las *ideas fijas*.

2º Hemos constatado que en los enfermos mentales la fuente de estas ideas es exactamente la misma.

Nos queda por abordar todavía un hecho de la patología mental de gran importancia, el cual viene a apoyar la tesis que acabamos de desarrollar: se sabe que la inmensa mayoría de los casos de delirio parcial, a poco que éste se

prolongue, suelen terminar en la demencia. Ahora bien, desde el punto de vista psíquico, apenas si hay diferencia entre el delirio de los dementes y el de los maníacos. No ignoro que la lesión es de diferente naturaleza en la demencia y en la manía. Imposible confundir el exceso de ideas, la excesiva actividad, la tremenda energía de los recuerdos y de las imaginaciones que son propios de la manía, con el debilitamiento de la inteligencia, de la memoria y de la fantasía que caracterizan a la demencia; pero en ambos casos el resultado psíquico es esencialmente el mismo: incoherencia, disgregación de las ideas, imposibilidad de establecer juicios, etc.

De las consideraciones llevadas a cabo hasta aquí se desprende que las llamadas ideas fijas o convicciones delirantes que constituyen lo que se ha convenido en denominar delirio parcial o monomanía no tienen existencia absoluta por sí mismas, sino que, como el resto de los fenómenos fundamentales de la enfermedad mental, dependen de una lesión general de las facultades intelectuales.

Para terminar estas consideraciones sobre el delirio parcial, diremos ahora unas palabras acerca de la naturaleza psíquica de las ideas fijas. Hasta este momento nos hemos limitado a analizar el aspecto superficial y dinámico de las mismas, es decir cómo se generan, pero sin entrar en su esencia íntima. En efecto, decir que hay enfermos que afirman tal o cual cosa no explica suficientemente el fenómeno en cuestión, a no ser que procuremos analizar al mismo tiempo el conjunto de las circunstancias mentales en las que esa idea ha tenido lugar. En este sentido, y a nuestro juicio, la idea fija es siempre el resultado de una modificación profunda, radical, de la inteligencia. Es indicio, pues, de que se ha producido una transformación total del ser pensante. Por tanto, confundir la idea delirante con el simple error va contra toda noción psicológica: la idea fija delirante nace en un estado mental alterado, mientras que el simple error nace en un estado psicológico normal. No es que el loco se equivoque, sino que actúa en una esfera intelectual completamente diferente de aquella «*in qua movemur et sumus*». Como alienado, posee una convicción contra la que ni la razón de otro ni la suya propia podrían en modo alguno prevalecer; al igual que ningún razonamiento habido en estado de vigilia, serviría para reconducir los razonamientos del estado de onirismo. Dicho de otro modo: existe la misma diferencia entre el hombre alienado y el razonable, que entre el hombre que sueña y el que está despierto. El lenguaje popular ha consagrado esta verdad al llamar a los alienados dominados por ideas fijas *soñadores*. Y, todavía más: los propios enfermos no encuentran mejor modo de denominar sus ideas extravagantes que llamándolas *sueños*. [110]

VII.— SEXTO FENÓMENO: Alteración de los afectos

Con el hachís, las facultades afectivas experimentan el mismo grado de excitación, intensificación y movilidad que hemos descrito en las intelectivas. Del mismo modo y en la misma medida que no es capaz de dirigir sus pensamientos, el paciente se siente impotente para resistir a sus emociones que le zarandean como si fuese un juguete, llevándole a situaciones sin límite.

Para un mejor estudio de las mismas, analizaremos dos grupos de emociones por separado: 1º las que se hallan en relación con el pasado; 2º las referidas al presente, es decir, aquellas que son desencadenadas por hechos que llegan a la mente en ese momento.

En esta segunda categoría colocaremos esa viva irascibilidad que nos mueve a fijarnos enseguida en cualquier pequeño motivo que pueda excitar nuestra cólera o cualquiera de nuestros malos instintos; esa sensibilidad extrema que nos hace exagerar los sentimientos de amistad, de agradecimiento; nuestra alegría, nuestra tristeza, nuestras esperanzas, nuestros temores, nuestros pánicos, etc. En una tal disposición, cualquier causa que en estado normal simplemente hubiese suscitado un ligero grado de descontento, nos pone ahora completamente furiosos. Con cualquier pequeño susto, nos sentimos de inmediato asaltados por mil temores y angustias inexpresables, que arrojan un velo de pesadumbre sobre cuanto nos rodea. Un día, en medio de un acceso de hachís bastante fuerte y del que he hablado ya anteriormente, a mis oídos llegó, de repente, el repicar de unas campanas. No era una alucinación, pero hallándome yo indispuerto bajo la acción del hachís, asocié ese sonido, al que en una situación normal no hubiera relacionado con nada, con la idea de un funeral y el correspondiente tañido fúnebre. «Inmediatamente caigo en un estado de pantofobia, sintiéndome asaltado de golpe por un terror tal que no acierto a explicar, y frente al que en vano intento tranquilizarme. Mando que cierren enseguida la ventana de la habitación en la que me encontraba, por temor a no ser capaz de dominar la fantasía de precipitarme por ella y acabar cediendo a la misma. La presencia de mis amigos no me tranquiliza en absoluto, sino que me inspiran una clara desconfianza: sin saber a qué achacarlo, los detestaba. En una palabra, en mi alma bullía todo tipo de malas pasiones» (*Memoria sobre el tratado de las alucinaciones, etc.*)

Al igual que las ideas a las que van ligadas, las emociones ejercen sobre la inteligencia una influencia absoluta, al faltarles el contrapeso que en estado normal supone la reflexión. Se trata de impulsiones instintivas, ciegas, en las que la conciencia no toma parte alguna.

Deseo que este punto quede muy claro: no creo en la existencia de una lesión primaria o esencial de las facultades afectivas. Dicha lesión es sólo aparente y consecutiva siempre a una lesión del intelecto; deriva del estado patológico que hemos señalado, es decir, de *la sobreexcitación*. Mientras la velocidad asociativa de las ideas permanece inalterada, sean cuales sean las afecciones, tristes o alegres, de odio o amorosas, no experimentan efervescencia alguna, por decirlo de algún modo, sino que permanecen bajo el mando de la voluntad, produciéndose esa ebullición solamente en el estado de irreflexión intelectual que sigue a la sobreexcitación.

He aquí lo que nos enseña la observación íntima y lo que confirma la observación exacta de las enfermedades mentales. Como es bien sabido, nada iguala la violenta sucesión de las pasiones del maníaco, a no ser la extremada incoherencia de sus ideas. Y si observamos atentamente a los monomaníacos, verificaremos que cada vez que exteriorizan una de sus pasiones mediante comportamientos que entrañan una gran fuerza, es porque se hallan en ese estado de excitación intelectual del que venimos hablando [150].

Casi todos los autores han admitido la existencia de una lesión primaria de las facultades afectivas en determinados tipos de locura. En primer lugar, Pinel reconoce la existencia de un deliro especial que recae únicamente sobre los afectos, cuando afirma: «Es justo, afirma, admirar los escritos de Locke y reconocer al mismo tiempo que su concepción de la manía es muy incompleta, al contemplarla como inseparable del delirio intelectual. Yo opinaba igual que él hasta que reanudé mis investigaciones sobre esta enfermedad, pudiendo

entonces observar algunos maníacos que en ningún momento de su enfermedad presentaban lesión intelectual alguna y, sin embargo, se encontraban dominados por una especie de instinto furioso, como si la alteración recayese exclusivamente sobre las facultades afectivas.»

Esquirol comparte hasta cierto punto la opinión de Pinel, si bien no excluye la lesión intelectual de manera absoluta: «Los signos de monomanía razonante, dice este autor, son la perversión de las costumbres, del carácter, de los afectos. En la monomanía (ordinaria) es evidente que la inteligencia se halla afectada, y que de esa lesión intelectual depende el desorden de las afecciones y de los actos. En la monomanía razonante, en cambio, la inteligencia no se encuentra *esencialmente lesionada*, sino que sustenta los comportamientos del alienado, hallándose siempre pronta a justificar sus sentimientos y sus comportamientos.»

El señor Calmeil, en la misma línea de Pinel, afirma: «en la monomanía moral es muy difícil constatar la alienación del intelecto, siendo en cambio evidente la afectación de los sentimientos y de los instintos.»

Finalmente, un autor inglés recomendable por sus excelentes trabajos sobre la alienación mental, admite una locura moral que define del siguiente modo: «Morbid perversion of the feelings, affections and active powers, without any illusion or erroneous convictions impressed upon the understanding*.»

Lamento estar en desacuerdo con los autores que acabamos de citar, pero creo que, al no haber podido ninguno de ellos apoyarse en la observación íntima, han concedido demasiado valor a las apariencias: es únicamente el intelecto el que se halla lesionado en la locura moral, siendo el desorden afectivo necesariamente la consecuencia de esa previa alteración de los pensamientos. La alteración del entendimiento, en forma de disociación de las ideas, es la fuente originaria de cualquier lesión afectiva, como demuestra la presencia de determinados signos que son evidentes siempre al comienzo de la llamada locura afectiva o moral. Estos elementos intelectivos pueden pasar luego a un segundo plano en el curso posterior de la enfermedad, si bien no es raro que se reactiven de cuando en cuando, reactivando a su vez la lesión afectiva.

La acción sobre-excitante del hachís actúa de la misma manera al reavivar afectos, cuyas causas han desaparecido hace tiempo y que persistían tan sólo como meras reminiscencias de las que el alma tan sólo guarda leves vestigios. Ocurre entonces que esos sentimientos, que parecían completamente apagados, se reavivan de golpe y con tal fuerza, que el sujeto tiene la impresión de encontrarse bajo el efecto de algún hechizo. Esto es cierto sobre todo para los sentimientos amorosos, probablemente a causa de esa inclinación hacia los sentimientos gozosos que, de manera general, suscita el hachís.

El hachís actúa en estos casos como verdadero *filtro*, en el sentido literal de la palabra, es decir, como bebida con la que se alcanza el amor de otra persona: en efecto, si no hace nacer el amor, al menos le imprime una fuerza y una actividad de todo punto inesperadas, que se extinguen una vez que los efectos del filtro han desaparecido.

* En inglés en el original.

VIII.— SÉPTIMO FENÓMENO: Impulsiones irresistibles.

Las impulsiones, esa especie de movimientos instintivos que surgen en al abrigo y casi con absoluta independencia de la conciencia, adquieren bajo la influencia del hachís un poder de arrastre extraordinario, incluso irresistible cuando la acción del tóxico es muy intensa.

Las impulsiones, al igual que decíamos hace un momento de las pasiones afectivas, toman su fuerza del estado de sobre-excitación de la mente, es decir, de ese quebrantamiento intelectual primordial que impide la normal asociación de las ideas.

Como siempre, estas impulsiones dominarán la inteligencia, tanto más cuanto más pronunciado sea el grado de incoherencia. Me permitiré recordar, a este respecto, un hecho del que he hablado ya con anterioridad: viendo una ventana abierta en la habitación en la que me encontraba, me vino de repente la idea de que, si yo quería, podría lanzarme por ella. Pedí inmediatamente que la cerrasen, pues en el fondo de esta idea sentía ya como una impulsión naciente, con la convicción íntima de que podría haber cedido a la fuerza de la misma de haber sido un poco más intensa la excitación.

Como ya sabemos, la intensidad con que actúa del hachís varía a lo largo del tiempo que dura su efecto, de tal modo que los cortos momentos en que su efecto se debilitaba este pensamiento seguía todavía presente en mí, pero ya sin aquél absurdo temor a perder el control que experimenté al principio. Incluso me resultaba difícil explicarme ahora cómo fue posible que aquel miedo minase. Y sin embargo este mismo terror reapareció pocos minutos después.

Pues bien, si estudiamos ahora las impulsiones mórbidas en los alienados, tomando como guía estos hechos que acabamos de exponer, podremos comprobar que las cosas ocurren en ellos exactamente de la misma manera: hay descrita una variedad de delirio, de gran interés médico-legal, en la que los enfermos parecen dominados por impulsiones irresistibles, sin que su entendimiento se halle en modo alguno alterado.

Todos los autores, a partir de Pinel y Esquirol, vienen defendiendo la existencia de casos de locura de la voluntad, en los que tan sólo se hallan afectados los instintos, pudiendo un individuo en ese estado llevar a cabo los actos más extravagantes y monstruosos, los más opuestos a nuestra concepción moral, sin que su entendimiento presente alteración alguna en ningún momento. Como otras muchas veces, también aquí nos encontramos ante una observación superficial y, por tanto, incompleta: se ha deducido la inexistencia de la alteración intelectual de signos exteriores que solamente aportan una información muy parcial, pero sin tener en cuenta lo que los enfermos han experimentado realmente en su interior. Incluso, en los pocos casos en los que los pacientes han podido expresar esas vivencias, sus manifestaciones apenas han sido tenidas en cuenta por parte de los observadores, pendientes únicamente de los síntomas más llamativos del delirio.

La lesión de la voluntad, la imposibilidad de resistir a las pulsiones instintivas sin una lesión del intelecto es una mera quimera. Esta verdad, admitida a priori por todos los filósofos, nosotros la hemos podido comprobar mediante la propia observación íntima a la que tantas veces nos hemos referido ya: las impulsiones se tornan irresistibles sólo cuando la voluntad se encuentra anulada por una sobreexcitación del intelecto, o dicho de otra manera, cuando la unidad del yo, y por tanto la naturaleza moral, ha sido

anegada. Pero, mientras esta unidad se mantiene y la conciencia íntima se halla preservada, el sujeto es dueño de sus movimientos instintivos, sean cuales sean. Y si el yo, en un determinado momento, resulta arrastrado, hay que atribuirlo a que la conciencia ha sido pervertida, cuando no anulada, por una sobreexcitación mental que puede haber pasado desapercibida para el observador.

Escuchemos a los enfermos que Esquirol exploraba a este respecto: «Estos pacientes deploraban las determinaciones hacia las que habían sido arrastrados, pero todos confesaban que habían sentido en su mente algo muy difícil de explicar, *una especie de traba cerebral que dificultaba su habitual capacidad de raciocinio...*»

Las determinaciones llevadas a cabo por un alienado no son siempre irresistibles, aunque en algunos casos no se les pueda considerar responsables. Muchas veces son la consecuencia perfectamente lógica de falsas convicciones. Otras veces, como es el caso de las que estamos tratando en este apartado, tienen su origen en una disposición especial de la inteligencia que permite al paciente actuar sin saber lo que hace, sin que pueda darse cuenta de ello, maquinalmente. En fin, como si estuviese obedeciendo a un *sueño*, como suelen decir los propios enfermos. Esto tiene una gran importancia desde el punto de vista de la responsabilidad moral que la sociedad hace recaer sobre cada uno de sus miembros, limitándonos a constatar este hecho, aunque sin abordar en absoluto la cuestión médico-legal, para cuyo desarrollo en profundidad se requeriría un espacio mucho más amplio que el que podríamos dedicarle aquí.

Repitamos una vez más que ni la voluntad, ni las correspondientes determinaciones instintivas, se vuelven incontrolables a causa de una lesión primitiva propia, sino por una lesión originaria del entendimiento, lesión profunda pero, en algunos casos, de tal modo pasajera que los propios enfermos apenas si son capaces de dar cuenta de ella. Esta lesión es esencialmente la misma la misma de la que derivan todos los fenómenos de la alienación mental: el hecho primordial, es decir, la sobreexcitación. Los individuos pueden encontrarse con que después de haber luchado largo tiempo y con éxito contra ciertas impulsiones, de repente ceden a ellas y sin posibilidad de resistencia alguna. ¡Y, sin embargo, no parece haberse producido alteración alguna, al menos observable, de las facultades mentales! Lo que ha ocurrido es que una excitación, muy pasajera, ha atravesado la mente con la velocidad del rayo, desarticulando por un instante su capacidad intelectual y anegando momentáneamente todo libre arbitrio. Este hecho patológico, en muchos aspectos, es comparable a las *fijezas* de los epilépticos: si acaso son menos llamativas las impulsiones de la excitación que las impulsiones epilépticas, puesto que estas últimas, aunque muy breves, suelen dar lugar a una profunda y llamativa desorganización de las facultades mentales.

Hemos de reseñar un hecho, en gran medida análogo al que ahora estamos analizando y que todo hemos tenido ocasión de presenciar a menudo, hecho del que, en principio, nunca habiéramos creído poder extraer conclusión alguna sobre las impulsiones enfermizas: nos referimos a ese efecto tan común de la borrachera de hacernos ceder a impulsiones, hasta ese momento bien controladas, con una extrema facilidad y una enorme fuerza de arrastre. ¿Acaso no es frecuente que algunas personas busquen en las bebidas alcohólicas la energía que les falta para perpetrar el crimen al que les empuja

su concupiscencia y que no son capaces de realizar a sangre fría? En Oriente se emplean con semejante fin el extracto de cáñamo, el opio, el estramonio y otras sustancias diversas sustancias, capaces todas ellas de producir excitación intelectual.

Esta excitación, producida a voluntad con la ayuda de agentes exteriores, es exactamente la misma que pueden producir causas mórbidas que se desarrollan en el interior del organismo. Por tanto, las impulsiones tienen el mismo punto de partida, el mismo origen, que los restantes rasgos fundamentales de la alienación: la sobreexcitación.

Citemos algunos hechos que apoyan cuanto acabamos de decir:

Un honesto zapatero se presenta un día, *motu proprio*, en Bicêtre, donde reclama ayuda médica para una enfermedad que según relata comenzó hace más de veinte años. No sabría atribuirle a ninguna causa en concreto. No hay antecedentes de alienación mental en la familia. Tiene dos hijos, ambos con buena salud. Tampoco él ha estado nunca gravemente enfermo. Es delgado y bajo, pero bien parecido. Su rostro despierto y animado y su fisonomía franca y abierta están lejos de revelar el carácter de las terribles ideas que desde hace tanto tiempo le dominan.

—Puesto que ha venido por propia decisión, es de suponer que conoce usted su enfermedad: ¿qué le pasa?

—Tengo malas ideas y he oído decir que aquí me las podrían quitar. Por eso he venido.

—¿Qué ideas?

—Ah, muy simple: soy zapatero y tengo que trabajar duro para atender a toda mi gente. En esos momentos, cuando tengo la cabeza inclinada sobre mi tarea, me viene a la mente la idea de matar a mi mujer y a mis hijos. En ocasiones este pensamiento me acomete con tal fuerza, que tengo miedo a sucumbir a él. Entonces arrojo lejos de mí la cuchilla y el martillo y salgo de la habitación.

—¿Y no nota usted nada que le advierta de que esas ideas están a punto de llegar a su mente?

—¡Qué va! Vienen de repente, sin que yo me de cuenta.

—¿En esos momentos experimenta usted alguna sensación especial dentro de la cabeza?

—Sí, noto una sensación extraña en la boca del estómago; después tengo la impresión de que me ahogo, de que no puedo respirar, con mucho calor en la cabeza; se me pone la carne de gallina, me siento aturdido, mis ideas se embrollan, y ya no veo más; pero todo esto dura muy poco. Algunas veces noto también hormigueos en las manos, en los brazos... Siempre he pensado que es algo de la sangre.

—¿Y cuánto suelen durar esas ideas?

—Depende: algunas veces desaparecen nada más tomar un poco de agua fresca; pero otras veces no desaparecen tan rápidamente.

—¿Y sus ideas aparecen siempre de esa misma manera?

—Sí, pero no siempre con tanta fuerza.

—¿Alguna vez ha oído algo que le llame la atención, algo fuera de lo normal?

—No, hasta ahora no. Bueno, hace unos diez años, recuerdo que sentí como una especie de viento, un frío en este lado de la cara (el derecho)... así fue como comenzó todo. Era la época de la siega, la cabeza descubierta bajo

un fuerte sol y, de pronto, sentí como un golpe de viento en este lado de la cara.

—¿Un golpe de viento... qué quiere decir?

—De repente me sentí no sé cómo, tuve que dejar lo que estaba haciendo.

—¿Fue entonces cuando le vino la idea de matar a sus hijos?

—No, eso fue después, al llegar a casa. Pero, por aquella época esa idea sólo se me ocurría muy de cuando en cuando y apenas si me preocupaba.

—¿Y por qué esa idea habrá ido haciéndose luego progresivamente más frecuente e intensa, a qué cree que pueda ser debido eso?

—No sé.

A continuación otro ejemplo, no menos concluyente que el que acabamos de dar, que fue comunicado por el señor Séglas en la Sociedad de Medicina del Templo, en su sesión de 2 de abril de 1844:

El señor N había experimentado ya varias veces el deseo de matarse. Su oficio de sastre resultaba para él un sufrimiento diario y se sentía constantemente desgraciado por la vida que le había tocado vivir. Su existencia se fue haciendo más y más desdichada, y si todavía no se había matado era por miedo a los sufrimientos, al no haber descubierto todavía un método indoloro con el quitarse la vida. En una ocasión se tiró al agua para ahogarse pero tuvo la mala fortuna de ser salvado en contra de su voluntad. Por lo demás, la conducta de este hombre es irreprochable, y jamás se le ha observado extravagancia alguna. He aquí como transcribe él mismo su última tentativa de suicidio: «Habiendo decidido asfixiarme, cerré las puertas de la habitación en la que me hallaba, y me sentí en la necesidad de sellar todas las rendijas con papel. Mientras iba pegando el papel, lo que constituía el primer acto de mi suicidio, me sorprendí a mí mismo tarareando. Esto en modo alguno era bravuconería o despreocupación, pero aquella tarea requería tiempo, y desde siempre me ha sido imposible dedicarme mucho tiempo una misma tarea sin caer enseguida en un *estado de distracción*. Había instantes en los que olvidaba lo que hacía y por qué lo estaba haciendo... tendencia muy habitual en mí...»

Así pues, en el momento mismo en que esas funestas tendencias lo dominan y lo arrastran, mientras ejecuta fríamente los preparativos de su suicidio, precisamente en ese mismo momento, se sorprende a sí mismo distraído canturreando. Aunque habitual en él, el que se distraiga precisamente en este momento es algo que no puede dejar de sorprendernos: ¿acaso no descubrimos aquí la sobreexcitación, la disgregación intelectual, efímera o duradera, que priva a la mente de su dominio sobre sí misma, librándola a cualquier tipo de impulsiones?

IX OCTAVO FENÓMENO: Ilusiones y alucinaciones.

Al la hora de exponer este importante apartado, relativo a las ilusiones y a las alucinaciones, no tendremos más remedio que abordar de nuevo muchas de las ideas ya explicadas anteriormente. Como de costumbre, comienzo por decir cuanto voy a exponer acerca de estos importantes fenómenos de la enfermedad mental es fruto, no de una observación exterior y superficial, sino de la propia experiencia íntima; por tanto, mantengo estos planteamientos con la misma seguridad de no equivocarme que tiene una persona cualquiera al afirmar que piensa o razona o imagina o recuerda. Para aquellos que, tras

haberme leído, sigan conservando dudas, solo puedo repetir: comprendo sus dudas porque tratándose de hechos psicológicos, es imposible llegar a comprenderlos completamente si no se han experimentado. Para las ilusiones y las alucinaciones, al igual que para los fenómenos analizados hasta aquí, sólo puedo dar un consejo: hagan como yo, prueben a tomar hachís, experimenten en ustedes mismos.

En efecto, este último fenómeno que nos queda por estudiar en modo alguno escapa a la ley común ya tantas veces citada que liga todos los fenómenos principales del delirio a la excitación, esa modificación mental primera, hecho primigenio y generador que encierra en sí mismo todo tipo de alienación, al igual que la semilla del árbol encierra en ella todo el conjunto tronco, ramas, hojas y frutos.

LAS ILUSIONES

A medida que la excitación crece y nuestro espíritu se va cerrando a las informaciones provenientes del exterior para concentrarse más y más sobre sus propias impresiones interiores, se opera esa especie de metamorfosis que nos arranca de la vida real para arrojarnos en un mundo en el que no hay más existencia que la de los seres creados por nuestra imaginación y por nuestros recuerdos. Y en ese mismo grado y medida, el sujeto se va convirtiendo en juguete, primero de simples ilusiones, y enseguida de verdaderas alucinaciones.

Un objeto cualquiera, vivo o inanimado, alcanza nuestra vista; un ruido, un sonido, sea cual sea, desde el canto de un pájaro hasta el estruendo de un arma de fuego o el tintineo de campanillas, estimula nuestros oídos cuando la excitación del hachís no es todavía muy intensa. Se experimentan entonces dos fenómenos bien diferenciados en nuestro entendimiento:

1º Se ve, o se oye, como en el estado normal, pero con una enorme nitidez.

2º Inmediatamente después, ya sea por razones de analogía ya por motivos que se nos escapan, se despierta en nuestro interior la imagen de otro objeto, o la sensación acústica de otro ruido, deteniéndose y quedándose fijado nuestro espíritu siendo precisamente en estas impresiones intracerebrales provenientes de la memoria o de la imaginación, de tal modo que enseguida quedan confundidas ambas sensaciones en una sola: como si la sensación imaginaria proyectase su contenido y cubriese la sensación exterior.

Por tanto, 1º impresión sensorial, 2º inmediatamente después, y con motivo de ella, sensación cerebral debida exclusivamente a la imaginación: estos dos elementos constituyen la esencia o naturaleza psíquica de la ilusión.

En cuanto a sus caracteres exteriores, es decir, a las formas extremadamente variadas que puede adoptar, provendrán de la naturaleza particular de las preocupaciones y de los pensamientos que ocupan habitualmente la mente del individuo. Se comprende fácilmente que sean las imágenes o las ideas que han dejado más profunda huella en el espíritu las primeras en despertarse, o, como habría dicho Bonnet, que las fibras cerebrales* que más habitualmente funcionan, resulten estimuladas más fácilmente y, por tanto, antes que las otras.

Veamos algunos ejemplos, comenzando por las ILUSIONES DE LA VISTA.

* Hoy diríamos circuitos cerebrales.

El rostro de una persona completamente desconocida atrae nuestra mirada: a poco parecido que este rostro guarde con el de una persona conocida, lo cual sucede prácticamente siempre, es suficiente para evocar en nosotros la imagen de esa persona, adquiriendo ese recuerdo una inusitada vivacidad sensorial ya que la mente, en esos momentos, está ensoñando y lo hace con la intensidad propia del *estado de onirismo*. A partir de ese momento, lo que hemos visto con los ojos del espíritu es puesto en el lugar de lo que habíamos visto con los ojos del cuerpo, es decir, la creación de nuestro espíritu ocupa el lugar de la realidad y, siendo imposible el ejercicio de la reflexión que se halla impedida por el efecto de la excitación, enseguida las dos sensaciones se funden en una sola, sobreviniendo inevitablemente el error.

Así fue como, paseando yo una noche por el Paseo de la Ópera, creí reconocer entre los peatones cinco o seis conocidos míos, entre otros uno que vive muy lejos desde hace años pero en quien he pensado bastante últimamente. La ilusión era tan completa, que me volví resueltamente para dirigirme a él, sin pensar por un momento que pudiese hallarme en un error, cuando al fijarme con más atención la imagen interior se desvaneció inmediatamente y dejé de ver a la persona que yo creía reconocer un instante antes.

Igualmente he experimentado otras muchas ilusiones, que en algunos aspectos difieren de la que acabamos de describir. En alguna ocasión me ha ocurrido que, encontrándome en un estado de excitación bastante pronunciado y observando con detenimiento el retrato de alguna persona, de pronto el retrato cobra vida: la cabeza comienza a moverse suavemente como queriendo despegarse de la tela y la fisonomía adquiere una expresividad que solamente la vida puede aportar: los ojos, muy vivos, siguen todos y cada uno de mis movimientos. Cuando me ocurrió esto la primera vez, no pude evitar asustarme y, retrocediendo unos pasos, exclamé: ¡No es posible, este retrato se mueve, está vivo! ¡Qué está pasando aquí!

Posteriormente probé varias veces más y, siendo ya capaz de mantener la sangre fría, puede analizar y aprehender todos los detalles de este extraño fenómeno. Todas las veces ocurrió de la misma manera: primero la imagen iba perdiendo poco a poco su nitidez inicial e, insensiblemente, parecía ponerse en movimiento, como flotando en el aire. Y enseguida, dejaba de ver la imagen real del cuadro que era sustituida por la de la persona que yo estaba imaginando en mi interior, a la que veía ahora como si se tratase de un sueño; y, además, con esa tremenda intensidad sensorial característica de las imágenes oníricas.

Paso a relatar ahora la extraña ilusión que experimenté en una ocasión durante una fantasía, de la que ya he referido algunos detalles anteriormente. Antes de que comenzase la acción del hachís, estuve durante un buen rato mirando un grabado que representaba, un combate de caballería. Nos sentamos entonces a la mesa, para cenar, de modo que tuve que colocarme de espaldas al cuadro. Tras haber aguantado un rato la excitación que se iba apoderando de mí, me levanté de repente y llevando la mano a mi nuca, grité: «No me gustan los caballos que galopan, aunque sea dentro de un cuadro; acabo de tener la impresión de que uno de estos (señalando con mi dedo a uno de los caballos del cuadro) me ha dado una coza». Estas palabras, como era de suponer, fueron acogidas con una carcajada general. Yo, como el resto de los comensales, me reí también. A continuación, y ya concentrado de nuevo sobre el contenido de mi mente, pude ver la imagen de un fogoso caballo, imagen

pálida y difuminada similar a éstas que solemos ver en sueños. Mi ilusión no era, por tanto, más que un sueño: un sueño que, por un lado, había sido tan rápido como un pensamiento y, por otro, había sido provocado por una causa exterior, circunstancia ésta que lo constituye en un verdadero fenómeno de alienación mental.

Podríamos multiplicar indefinidamente estos ejemplos de ilusiones visuales, que se repiten siempre de la misma manera: una excitación intelectual como hecho primitivo generador de la ilusión, cuya naturaleza resultará de inmediato modificada por el tono concreto de las ideas que predominan en ese momento en la mente. Insisto en este punto para que se comprenda bien: sea cual sea el estado de nuestro espíritu y de las emociones que nos agiten, no seremos capaces de elaborar ilusiones, hasta que sobrevenga un estado de excitación. Ahora bien, una vez que dicho estado ha tenido lugar y ha posibilitado el nacimiento de las ilusiones, éstas enseguida van a adquirir el contenido de aquellas pasiones que agitaban el espíritu [800 con otros muchos ejemplos de ilusiones].

Las ILUSIONES DEL OÍDO son poco frecuentes con el hachís, siendo en cambio muy frecuentes las alucinaciones auditivas, especialmente en los casos de intoxicación intensa. Ya hemos señalado cómo el sentido del oído adquiere una gran sensibilidad bajo el efecto de este tóxico, hasta el punto que cualquier pequeño ruido resulta ensordecedor [100]. Algunas veces los sonidos, no sólo parecen exagerados, sino que se multiplican como si los repitiese un eco [250]. Encontramos, pues, aquí los mismos elementos constitutivos que veíamos en las ilusiones ópticas: 1º Impresión sensorial o sensación propiamente dicha; 2º una segunda sensación, que sigue inmediatamente a la primera, proveniente ahora ya del interior de la cabeza; 3º error pasajero del espíritu que confunde y superpone las dos sensaciones, o mejor, olvida la primera para no ocuparse más que de la segunda, de donde resulta la percepción delirante.

Estas tres fases de la ilusión, sea cual sea la rapidez con que se suceden las mismas, son percibidas distintamente y sin confusión, si no en el momento mismo en que ocurren, sí inmediatamente después, quedando entonces la impresión de haber tenido un sueño, de tal modo que la mejor manera de dar a comprender lo que ha ocurrido sería diciendo: *he soñado que oía...* locución que el alienado convertirá en *oí que...*

ILUSIONES DE LA SENSIBILIDAD GENERAL.— He dado algunos ejemplos de este tipo de ilusiones en mi memoria sobre el tratamiento de las alucinaciones. Hablaba allí de un individuo que se sentía transformado en un pistón de máquina de vapor; una joven artista que sentía su cuerpo con una elasticidad tal, que creía poder meterse en una botella y encontrarse a gusto allí dentro. Yo mismo en una ocasión, tras haber tomado una ligera cantidad de damawesc, me sentía tan ligero que apenas sí rozaba el suelo al caminar. Otra vez, bajo la influencia de una dosis mayor, me pareció que mi cuerpo entero se inflaba como un balón que se expandía por el aire. Ya he comentado el caso de un alumno mío del servicio de Bicêtre, hoy ya médico, que tenía la impresión de ver el fluido nervioso circulando por las ramificaciones de su plexo solar.

Las ilusiones de la sensibilidad general no parecen amoldarse al mecanismo general que hemos descrito para las ilusiones de la vista y del oído, relativo a la aparición simultánea de dos sensaciones, una exterior proveniente del mundo real y otra interior que procede de un verdadero estado de ensoñación. No dispongo por el momento de datos suficientes como para poder aplicar este

esquema a las ilusiones de la sensibilidad general. Así, cuando yo sentí mi cuerpo inflarse y crecer más y más, no logré encontrar en esa ilusión elemento alguno que me permitiese distinguirla de las sensaciones ordinarias: imposible descomponerla, como en los otros casos, en una porción sensible y una porción imaginaria. Hay que pensar, pues que las ilusiones de la sensibilidad general constituirían el resultado de modificaciones especiales de la sensibilidad [800].

Hecha esta salvedad, podríamos resumir este apartado diciendo que las ilusiones pueden ser consideradas como verdaderas alucinaciones pero a las que se suma un componente real externo, o sea, alucinaciones que para desarrollarse necesitan el concurso de una impresión sensorial real. En la ilusión, el espíritu, se encuentra todavía en los límites del estado de onirismo, de modo que la imaginación se encuentra todavía hasta cierto punto bajo la influencia de los objetos exteriores. En cambio en la alucinación el espíritu se halla completamente entregado a la vida interior, surgiendo el fenómeno alucinatorio como un accidente de esa vida nueva, al igual que las ideas fijas o los restantes fenómenos analizados en este trabajo y que constituyen el delirio.

La ilusión queda ligada siempre, y necesariamente, a un sentido determinado y concreto: se ve algo, se oye algo, se huele algo. La alucinación, en cambio, y conforme a la idea que venimos ofreciendo del funcionamiento mental en el estado de onirismo, no puede ser concebida como una producción mental concreta, sino que atañe a todas las funciones mentales: todas las potencias intelectuales resultan al mismo tiempo alucinadas, y no específicamente la vista o el oído o el olfato, como ocurría en el caso de las ilusiones. Por tanto, sería más propio hablar de *estado alucinatorio*, y no de alucinaciones sueltas, pues cuando un sujeto alucina es toda su mente la que está en esos momentos sumida en estado de onirismo.

Este estado alucinatorio tiene su origen en el *hecho primordial*, que es la fuente común de todas las anomalías mentales, y que no es otra cosa que un estado de vida interior o intracerebral en todo equiparable al estado de ensoñación que acontece cuando dormimos, pero que aquí aparece estando el sujeto despierto.

El alucinado oye sus propios pensamientos, al igual que ve y oye las creaciones de su imaginación, y al igual que se emociona con los recuerdos que aporta su memoria. No pretendemos decir que los pensamientos y los recuerdos hayan sido transformados en meras sensaciones, sino que los pensamientos y los recuerdos *resuenan* dentro de nuestro cerebro como si nuestros oídos realmente estuviesen siendo impresionados por esos sonidos.

Para nosotros, no hay más transformación que ésta: la de la vida exterior en vida interior, la de la vida real en vida imaginaria, pasando del estado de vigilia al estado de ensoñación. Se trata de una modificación general del estado mental que afecta a todas las facultades mentales, siendo precisamente esta alteración global de la mente la que permite explicar todos los fenómenos alucinatorios.

Hoy por hoy todavía no somos capaces de explicar con precisión cómo tal o cual acto del entendimiento, o de la memoria, o incluso una combinación de varias producciones mentales pertenecientes a diferentes funciones intelectuales, pueden transformarse en impresiones *sensoriales*, es decir, adquieren la capacidad de aparecer en nuestra psique y actuar sobre ella como si fuesen objetos exteriores reales. Respecto a cuál pueda ser la base en la que

se fundamente una tal modificación cerebral, hasta el presente todo lo que podemos señalar es cómo se expresan nuestros pacientes al tratar de explicar sus alucinaciones: *vi, oí, sentí*, etc. En realidad este modo de expresarse es erróneo pues aunque ellos creen haber visto una realidad exterior, lo cierto es que sólo la han visto con los ojos de su imaginación, si bien eso ha ocurrido con la fuerza tremenda que es característica de todas las producciones del sueño, es decir, con tanto realismo como en el estado de vigilia. Desconociendo cuál es su verdadero estado en esos momentos y, por tanto, incapaces de comprender y analizar adecuadamente su situación mental, trasladan a la vida real lo que pertenece a la vida imaginaria y creen haber experimentado en perfecto estado de vigilia lo que en realidad han vivenciado en un estado de onirismo transitorio.

LAS ALUCINACIONES

Esquirol ha sido el primer autor en llevar a cabo un estudio sistemático sobre la alucinación, aclarando una serie de puntos acerca de este fenómeno mental, los cuales hasta el presente permanecían bastante confusos. Siguiendo al maestro, la mayoría de sus alumnos han continuado investigando sobre este tema: entre otros muchos, yo publiqué en 1840 una memoria acerca de esta patología mental.

Ahora nos proponemos estudiar el fenómeno alucinatorio desde una perspectiva nueva, la cual no ha podido ser adoptada por ningún autor hasta el presente. Esta afirmación no prejuzga en absoluto el talento científico de los autores que nos han precedido, sino que se refiere exclusivamente al hecho de que dichos autores no han dispuesto de un medio de observación que yo sí he tenido. Esta observación íntima, en la que hemos venido basando el presente estudio de los fenómenos mentales del delirio, nos permitirá explicar y comprender también la patogenia de las alucinaciones, es decir, los mecanismos psico-cerebrales en virtud de los cuales se produce este fenómeno [115].

La causa esencial de las alucinaciones no es otra que ese estado particular del órgano intelectual o cerebro, al que hemos convenido en llamar estado primordial, el cual constituye la causa primordial de todas las manifestaciones mentales del delirio. Existen numerosos agentes, tanto internos y como externos, físicos y psíquicos, que, pueden dar lugar a ese especial estado mental al que aludimos. Ahora bien, sin dicho estado de sobreexcitación las alucinaciones no son posibles, siendo los agentes provocadores insuficientes por sí mismos para generarlas.

Examinemos ahora este proceso patogénico con detalle: a medida que la acción del hachís se va intensificando, se pasa insensiblemente del mundo real al mundo imaginario, sin perder, no obstante, la conciencia de uno mismo; de tal modo que puede decirse que se opera una especie de fusión entre el estado de vigilia y el estado de onirismo: *se sueña despierto*. ¡Y le damos a estas palabras su acepción más rigurosa, porque expresan literalmente lo que queremos decir!

Ya nos hemos referido con anterioridad a esta fusión de dos estados que, en principio, pudiera parecer que son excluyentes el uno del otro. Además, hemos explicado al lector que lo que realmente ocurre es una confusión de lo imaginario con lo real, confusión que sólo es posible evitar cuando el sujeto, generalmente tras arduo entrenamiento, es capaz de mantener una

observación muy cuidadosa gracias a la cual esa fusión de ambos mundos no llega a ser completa, sino que el sujeto consigue quedarse en ese punto desde donde es capaz todavía de observar cómo su mundo imaginario interior trata de suplantar al mundo real de fuera.

No nos preocupa insistir una y otra vez sobre este fenómeno psicológico, pues constituye el hecho dominante y primordial de toda la patología mental, quedando subsumidas en él todas las variedades del delirio, así como sus diferentes manifestaciones sintomatológicas, entre ellas las alucinaciones.

Por otro lado, existen abundantes indicios que apuntan a que este fenómeno puede ocurrir de manera completamente fisiológica: ¿acaso no lo descubrimos en ese estado de sueño incompleto, o duermevela, en el que todavía conservamos un nivel de conciencia suficiente como para darnos cuenta de que estamos bajo la influencia de las producciones del sueño, pero sin desconfiar en absoluto de la naturaleza real de esas producciones oníricas?

Hace no muchos días he tenido ocasión de experimentar en mí mismo uno de estos estados: había estado trabajando hasta muy tarde por la noche y, tras unas pocas horas de profundo sueño, me desperté sintiendo un poco de fatiga. Viendo que era todavía muy temprano, me dispuse a dormir de nuevo. Mis pensamientos, entonces, comenzaron a fluir por sí mismos, es decir, a encadenarse entre ellos conforme a lazos asociativos de las que yo no tenía conciencia ni control. Giraban en torno a un amigo que vino a visitarme hace unos días, no pudiendo librarme de una serie de prevenciones absurdas que dicho personaje despertaba en mí, suposiciones que carecían de todo fundamento lógico.

Trataba de combatirlos, pero era inútil: me hundía más y más en mi desconfianza hacia él. Me decía a mí mismo que estaba despierto, que no era un sueño. Para asegurarme de que me hallaba realmente despierto, me senté en la cama, me froté los ojos y pronuncié algunas palabras en voz alta. Todo fue inútil: no pude desembarazarme de esas ideas extravagantes que dominaban mi mente, durando ese estado casi una hora. Cuando se hizo de día, y tras haber dormido un par de horas más, no podía concebir cómo fui capaz de tomar tan en serio y de dar tanta importancia a unos pensamientos que ahora veía que eran claramente imaginarios.

Una señora amiga mía me ha contado que con frecuencia experimenta un estado particular en el que se halla a la vez dormida y despierta. Una mañana, en medio de un sueño, le sorprendió la entrada de dos doncellas de servicio en su habitación. Su sueño era muy agradable y no quería que ellas se lo interrumpiesen. Le pasó por la mente la idea de mandar a las chicas que abandonasen la habitación, pero no lo hizo por miedo a despertarse al hablar y, de ese modo, poner fin al sueño. Así pues, aguardó a que terminase el mismo, pese a que estaba oyendo perfectamente lo que sus empleadas decían y los ruidos que hacían al abrir las ventanas y mover los muebles.

Fácilmente se comprenderá que estos estados de duermevela son, por naturaleza, muy inestables, de tal modo que cualquier mínima impresión proveniente del exterior puede interrumpirlos, poniendo inmediatamente en fuga todos los fantasmas oníricos. Pero, supongamos ahora que los tóxicos que provocan esos estados actúan confiriéndoles estabilidad a los mismos, es decir, dan lugar a una duermevela poco influenciada por las impresiones exteriores: en ese caso se dará una coexistencia simultánea del estado de sueño y el de vigilia, pero ahora ya de forma duradera.

Pues esto es lo que ocurre bajo el efecto del hachís e igualmente, cómo no, bajo el efecto de las distintas causas que dan lugar a la locura.

Una noche me encontraba yo en el salón reunido con mis amigos más íntimos. Alguien había tocado el piano, lo que había contribuido poderosamente a exaltar todas mis facultades. En un determinado momento, sin saber por qué, todas mis ideas y mis recuerdos me transportaron a Oriente. Hablaba con entusiasmo de las diferentes regiones que había recorrido; contaba algunos episodios de mis viajes por aquella zona empleando una increíble matización de palabras. En el momento de describir mi salida del Cairo camino del Alto Egipto, me detuve de repente gritando: —«¡Escuchad, escuchad, se oye la canción de los marineros remando en el Nilo: *Al bedaoui, al bedaoui!*»

Se trataba de una alucinación en toda la acepción de la palabra, porque yo oía de manera real y distinta los cantos que, antaño, tan frecuentemente había escuchado.

Era la primera vez que yo experimentaba este fenómeno de una manera tan clara, tan tajante, y, pese al torbellino de ideas que se agolpaban en mi cabeza, me apliqué a estudiarlo lo más concienzudamente que pude.

En primer lugar, intenté provocar nuevas alucinaciones centrando mi atención en determinados recuerdos, pero sin éxito: la alucinación había cesado, por más que continuasen todavía los recuerdos en los que la misma había encontrado su origen. En mi espíritu no quedaba de ella más que esa reminiscencia borrosa que nos queda de un sueño y, por más que trataba yo de encontrar la explicación de lo ocurrido, tan sólo acertaba a repetirme una y otra vez a mí mismo: —He creído oír, he soñado que oía, pero con esa convicción plena y absoluta que se da en los sueños...

Por tanto, *soñé*: he ahí el testimonio más claro y más preciso que mi conciencia puede dar de este fenómeno. Pero al mismo tiempo, y puedo asegurar este segundo hecho con igual autoridad, fui capaz de conservar mis relaciones naturales con el entorno que me rodeaba; la mejor prueba de ello es que pude responder adecuadamente a cuantas preguntas me hicieron mis contertulios acerca de la canción que yo decía oír.

Posteriormente pude comprobar en numerosas ocasiones que las impresiones que experimentaban otros alucinados eran de exactamente de esta misma naturaleza, y de hecho esta hipótesis patogénica de las alucinaciones que acabo de exponer no quedó configurada en mi mente desde el momento mismo de mi primera experiencia alucinatoria, sino que fueron necesarias otras muchas experiencias posteriores, unas más y otras extraídas de mis pacientes, las cuales me permitieron ir eliminando poco a poco las incertidumbres y los errores en los que caen los alienados, que son incapaces de darse cuenta de cuál es su verdadero estado mental en el momento de experimentar esas fortísimas vivencias.

A menudo, especialmente en aquellos casos en los que la excitación no era muy intensa, tenía la impresión de que las voces que oía se producían dentro de mi cabeza. Otras veces me sentía inclinado a creer que era a mí mismo a quien yo oía hablar, error que se disipaba en cuanto me ponía realmente a hablar. La explicación de estas apreciaciones es la siguiente: en los diálogos del sueño expresamos siempre nuestros propios pensamientos, tanto si nos toca hablar a nosotros, como si lo hacen quienes supuestamente dialogan con nosotros. Se trata de impresiones recibidas anteriormente y que, una vez

almacenadas en nuestra memoria, se reproducen ahora combinadas de diferente manera [270].

CAPÍTULO SEGUNDO

Condiciones fisiológicas y patológicas favorables al desarrollo de las alucinaciones.

De cuanto antecede, cabe concluir que las alucinaciones, como las restantes manifestaciones de la enfermedad mental, tienen su origen en un estado de sobre-excitación, que da lugar a un estado cerebral equiparable en todo al estado de onirismo ordinario. Estos hallazgos, suministrados por la observación íntima de nuestras propias experiencias, nos permiten contemplar e investigar el desarrollo del fenómeno alucinatorio desde una perspectiva completamente nueva.

A continuación expondremos de forma detallada las diversas situaciones, tanto fisiológicas como patológicas, en las que aparecen las alucinaciones. Antes de iniciar dicha exposición, subrayemos el hecho de que todas estas pesquisas han servido para reafirmarnos más y más en la opinión recién emitida relativa a la naturaleza psíquica de las alucinaciones. Consignaremos ahora este resultado en las páginas que siguen, comenzando con el análisis de ciertas causas que parecen actuar sobre nuestras facultades mentales de un modo muy análogo a como lo hace el extracto de cáñamo indio.

I. — Acción de diversas sustancias tóxicas

Se sabe que numerosas sustancias actúan de manera más o menos marcada sobre el cerebro y, por tanto, sobre las facultades intelectuales, dando lugar a una alienación mental, generalmente transitoria, siendo las ilusiones y las alucinaciones uno de los síntomas más frecuentes de estas alienaciones tóxicas.

Muchos autores han reseñado estos efectos, pero sus descripciones resultan necesariamente incompletas, pues se limitan a destacar los hechos más externos y sobresalientes pero sin acertar a describir los elementos de fondo. Estos matices subyacentes son, sin embargo, de extremada importancia, pues constituyen los eslabones que enlazan entre sí estos diversos fenómenos a modo de un todo encadenado, permitiéndonos de ese modo comprobar que todos ellos tienen un mismo y único origen, por más que de entrada nos hayan podido parecer muy diferentes entre sí.

A. Protóxido de nitrógeno.— El célebre químico Sir Humphry Davy describe los efectos que le produjo esta sustancia, la primera vez que la tomó, del siguiente modo: «Sentí cómo se relajaban y se disolvían, hasta romperse, todos los lazos que me ligaban al exterior. Oleadas de imágenes sensibles, todas ellas muy vivas, atravesaron rápidamente mi espíritu... En otra ocasión, sentí cómo se agudizaba

extraordinariamente el sentido del tacto en mis manos, hecho que se acompañaba de un placer muy intenso. También era capaz de oír los sonidos más imperceptibles, al tiempo que deslumbrantes perspectivas fascinaban mi vista. Poco a poco, la crisis se hizo más intensa y me sentía maravillado con los sentimientos que despertaban en mí las percepciones habituales. Experimentaba una especie de levitación física que me hacía flotar por encima de los lazos terrestres, llevándome por caminos repletos de sensaciones que hasta entonces nunca había experimentado... Era como si todo ocurriese en mi privilegiada inteligencia de forma natural y espontánea. El tiempo dejó de existir y los recuerdos más lejanos se materializaban en un instante con la rapidez y el esplendor de un relámpago.»

El autor describe con claridad las sucesivas fases que va experimentando la modificación de su inteligencia: desde el inicio, con la ruptura de los lazos que hasta ese momento le unían con el exterior, pasando luego por la pérdida gradual del sentimiento ordinario de las percepciones, el distanciamiento del mundo físico y real, la rapidez e instantaneidad de las concepciones, en fin, las inusitadas imágenes que rebosan en su espíritu... ¡imposible no ver en todo ello el ya tantas veces mencionado hecho primordial! Difícilmente conseguirá nadie caracterizarlo mejor.

Sir Davy, pese a que en ningún momento perdió la conciencia de su estado, sin embargo cuando trató de dar cuenta de lo que había experimentado, una vez que «su imaginación recuperó su estado habitual, como el mar se apacigua después de la tormenta (sus expresiones son de un realismo increíble), experimentó esa misma ansiedad melancólica que siente el hombre que se despierta de un sueño maravilloso, y que intenta reconstruir los elementos ya borrados de su ilusión fugitiva.» Es decir, no acierta a describir con precisión qué es lo que ha ocurrido en su mente.

B. *Opio*. — Esta sustancia parece poseer una intensa acción excitante sobre el cerebro, desarrollando ese estado mixto en el que imaginación y razón participan en igual proporción. La observación que a continuación vamos a transcribir nos ha parecido, a este respecto, muy interesante. Me voy a permitir interrumpir el relato que ha hecho el autor para ir intercalando las oportunas reflexiones: puede que la narración pierda parte de su belleza, pero ganará en claridad científica.

Un inglés residente en la India, que durante muchos años se había embriagado a diario con opio, ha descrito detalladamente las sensaciones que le hacía experimentar su funesta adicción.

«La alteración que más a menudo pude observar, se manifestaba en forma de visiones. Fue a mediados de 1817 cuando experimenté por primera vez la facultad de representarme toda clase de fantasmas en la oscuridad. Era como si se hubiese establecido una especie de simpatía entre el estado de sueño y el de vigilia, de tal modo que cualquier objeto que yo recordase o imaginase en la oscuridad, se transformaba enseguida en una aparición. Y ello con tal fuerza y nitidez que me daba miedo poner en práctica esta facultad, pues no conseguía pensar en algo a oscuras, sin que de inmediato se me apareciese ese contenido como un fantasma».

¡Tales eran, pues, los resultados de esa «simpatía» establecida entre el estado de onirismo y el de vigilia en nuestro consumidor de opio! Las imágenes que evocaba adquirían toda la nitidez y, si puedo decirlo así, toda la *exterioridad* de las que son percibidas por los sentidos. La fusión o, si se prefiere, la simpatía establecida entre el estado de sueño y el de vigilia es tan completa, que quien lo experimenta apenas sí tiene conciencia de lo que está ocurriendo y su tendencia espontánea es a tomar esas sensaciones como si fuesen reales, es decir, como si se hubiesen producido en un estado de vigilia normal: así, nuestro cronista estaba convencido de que veía esos fantasmas como los ojos del cuerpo, hasta el punto de pensar que los mismos podían hacerle daño.

¿Qué diferencia, no digo ya esencial sino mínima, podría establecerse entre lo que le ocurre a este hombre y al loco ordinario? Su lenguaje, las expresiones que escoge, ¿no son exactamente las mismas que emplean los locos alucinados? ¿Hasta qué punto

se está dando cuenta, aunque sea de modo más o menos vago, de la modificación psicológica de la que provienen todas sus aberraciones, cuando habla de una simpatía entre el estado de onirismo y el de vigilia? ¿No encontramos estas mismas expresiones en los enfermos mentales, cuando tratan de hacernos comprender lo que experimentan durante el curso de su enfermedad, muy especialmente cuando, ya curados, quieren explicarnos la naturaleza del estado en el que se hallaban mientras estaban enfermos?

Entre las muchas visiones que nos facilita el señor X, quiero fijarme ahora en la siguiente:

«Siempre me había gustado mucho la historia de Roma; por otra parte, conocía también con detalle ese período de la historia de Inglaterra relativo a la guerra del parlamento. Estos dos temas fundamentales de mis conocimientos que, en estado de normalidad, constituían el motivo ordinario de mis reflexiones, se convirtieron en objeto principal de mis sueños.» (La palabra sueños* es la misma que emplea el señor X para designar el estado alucinatorio que le procuraba el opio). «Con frecuencia se me representaba en las tinieblas una especie de asamblea de señoras y oía decir, o me decía yo a mí mismo: éstas son las damas inglesas de los desdichados tiempos de Carlos I. He aquí las esposas y las hijas de los que se han reconciliado en la paz y se han sentado a la misma mesa, unidos por sangre o por matrimonio. Las damas danzaban y sonreían, recordándome la corte de Jorge IV. Sin embargo yo sabía perfectamente que llevaban doscientos años muertas. De repente se oían aplausos mientras resonaban con fuerza las palabras *Consul romanus*, apareciendo inmediatamente Paulo o Mario, rodeados por una corte de centuriones con sus túnicas escarlatas, y seguidos de los estandartes alados de las legiones romanas.»

Como es lógico, son los temas que han sido objeto de mayor atención a lo largo de la vida, los que más a menudo aparecen en forma de imágenes alucinatorias.

«Oía decir, o yo mismo me decía...» Estas palabras que nuestro alucinado escribe como de pasada, merecen nuestra atención: puede ocurrir, en efecto, que la alucinación sea tan poco tajante, como para que le falte el carácter de *exterioridad*. Se presenta, entonces, con iguales características, pero queda localizada dentro del propio cerebro en el que ha nacido. Sólo en aquellos casos en los que el estado de sueño es más completo la alucinación logrará externalizarse. A causa de esta inseguridad respecto de dónde ocurre, en el exterior o dentro de la propia cabeza, es por lo que nuestro cronista duda si oye que le dicen u oye algo que se dice él a sí mismo*.

C. *Bebidas alcohólicas*. — El abuso de bebidas alcohólicas es, como todo el mundo sabe, una causa frecuente de locura. El delirio que ocasiona la intoxicación alcohólica puede adoptar formas muy diferentes, siendo las alucinaciones y las ilusiones dos de los síntomas más habituales en estos casos.

En general, en la locura que sigue a la borrachera, al igual que en los demás delirios provocados artificialmente, las alteraciones no se instauran de forma tan brusca como para que la razón no pueda luchar contra ellas durante un tiempo más o menos prolongado. Mientras esta lucha persiste, el individuo se muestra alternativamente loco y cuerdo, hasta que finalmente locura o razón se adueñan por completo de la situación, en buena medida dependiendo de que la ingesta alcohólica siga renovándose o no.

Se han descrito numerosos casos de individuos que, en estas circunstancias, son juguete de las más extrañas alucinaciones. Cito ahora un ejemplo notable, que he escogido frente a otros muchos por haber servido, todavía en nuestros tiempos, para alimentar fantasías relativas a la existencia de apariciones.

* *Rêves*, en el texto original en francés.

* Moreau establece aquí la diferenciación nítida entre alucinación y pseudoalucinación.

«El señor Cassio Burroughs era uno de los hombres más elegantes de Londres, de extraordinario valor, pero un poco estirado y hasta altanero. Fue amante de una encantadora dama italiana que vivió muchos años en Inglaterra, donde finalmente murió. Una noche, tiempo después de la muerte de su amante, el señor Borrroughs, encontrándose en una taberna, comenzó alardear públicamente de su antigua relación, comportamiento que suponía violar la promesa que le había hecho a ella en el mismo lecho de muerte, donde le había jurado que jamás revelaría a nadie la relación mantenida en vida. A raíz de haber cometido esta indiscreción, cada vez que él se encontraba en una de sus noches de orgía de cabaret, comenzó a aparecerse la sombra de la bella italiana. El señor Borrrough confesó que esta visión venía siempre precedida de un terrible escalofrío que le sorprendía de repente cuando más embriagado se hallaba, haciendo vibrar todos los huesos y las partes blandas de de su cabeza como si fuesen cuerdas. Pasado un tiempo murió en un duelo: la italiana se le había aparecido esa misma mañana, poco antes de su muerte»¹ [850, con un extensísimo ejemplo tomado de Walter Scott].

Los efectos de la borrachera son de sobra conocidos y no es necesario describirlos aquí de nuevo. Si prestamos un poco de atención, enseguida constataremos que el efecto fundamental que ejerce el alcohol sobre la mente no es otro que ese *cambio intelectual primordial*, que ya conocemos bien y del que derivan tan diversas manifestaciones mentales. La locura por exceso de alcohol viene a confirmar, tanto, la ley de la patogenia mental que venimos sosteniendo desde el comienzo de este trabajo: sea cual sea su causa, todas las formas de alienación mental tienen su comienzo en un mismo punto, que no es otro que un estado primigenio de sobre-excitación cerebral.

Ya prestemos atención al sentimiento de bienestar que caracteriza los primeros momentos de la intoxicación, ya a los pensamientos y a las asociaciones que a partir de ese momento surgen con viveza y celeridad, o a esa ebullición casi automática de mil diferentes emociones, en cualquiera de estas manifestaciones no podemos por menos de ver el estado de excitación inicial al que tantas veces hemos aludido. A partir de ese momento, y cuando la intoxicación ha adquirido ya un determinado grado de intensidad, la inteligencia es dominada por un torbellino de ideas, de recuerdos, de imaginaciones y de ensueños, que, imponiéndose a la razón, promueven y generan ilusiones, alucinaciones, ideas fijas, impulsiones, en una palabra: todo el fantástico cortejo sintomático del más complejo de los delirios.

La posibilidad de observación cesa a partir de este grado de alteración de las facultades morales, dado que el borracho cae inmediatamente en un estado de somnolencia y torpor que le convierte en un ser casi completamente ausente de cuanto acontece en el mundo exterior. Si todavía es capaz de responder a alguna de las impresiones provenientes de fuera, las ideas que las mismas despiertan están profundamente marcadas por el sello de las preocupaciones interiores y de las falsas convicciones.

En esa fase, el borracho pertenece ya por entero al mundo de su imaginación, sin que la realidad exterior pueda impresionarlo ya suficientemente como para llegar a intervenir en su conciencia. Se encuentra, pues, en el mismo estado que el soñador que sueña teniendo conciencia de que sueña y que, por tanto, trata de rectificar los productos más o menos extravagantes de su imaginación en la medida en que todavía es capaz de caer en la cuenta de que se trata de verdaderas producciones oníricas.

«En el primer grado de la borrachera, dice Hoffbauer, los pensamientos se suceden con tal velocidad que el sujeto no puede ordenarlos del modo que exige el relato de los hechos. Esta rapidez se acrecienta más y más, resultando enseguida anegados los sentidos y pasando a controlar la imaginación el terreno que ellos van perdiendo». Traducidas al lenguaje más preciso de la observación íntima, estas palabras del médico alemán significan: bajo la influencia creciente de la excitación

¹ Aubey

alcohólica, el borracho pasa del mundo real a un mundo imaginario, del estado de vigilia a un estado de onirismo. Se produce entonces una especie de fusión entre ambos estados de tal modo que el individuo ya no es capaz de distinguir correctamente qué fenómenos pertenecen a un mundo y cuáles al otro: en ese estado, el borracho no se diferencia en nada de un loco.

D. *Sustancias narcóticas.* — Los narcóticos son fuertemente alucinógenos, especialmente el opio. También se ha destacado el papel alucinógeno de otras sustancias, como el estramonio, la belladona, el acónito, etc.

La acción de estas sustancias sobre las facultades mentales ha sido estudiada cuidadosamente, pero limitándose las descripciones, como de costumbre, a los síntomas externos más sobresalientes, es decir, a los signos sensibles mediante los cuales esta acción se revela al exterior. Se han descrito con detalle los cambios que sobrevienen en el estado moral, ya sea en el terreno intelectual, ya en el de las emociones, pero sin ir más allá. Y así tenía que ser, pues los fenómenos íntimos no podían ser descritos más que a partir de una experimentación-observación personal, la cual nadie se atrevía a practicar.

Yo he ensayado sobre mí mismo con la mayor parte de las sustancias que acabo de enumerar. Además, y sirviéndome para ello de mis propias experiencias, he interrogado a un gran número de personas, principalmente alucinados, a quienes se había intentado tratar su enfermedad mediante el empleo de estas sustancias. Sus efectos son, invariablemente, iguales a los del hachís, al menos en su inicio: disociación de las ideas, ensoñaciones, que parecen ser el prelude de un estado de onirismo más completo durante el que se formarán nuevas asociaciones e ideas todavía más extravagantes, percepciones sin estímulo exterior, etc; asociaciones y percepciones que, transportadas de la vida real, servirán para conformar ideas fijas, convicciones delirantes, alucinaciones, etc.

Antes de llegar al amodorramiento del estado de estupor, término final al que suelen llevar siempre los narcóticos, se experimenta ese paso del mundo exterior al interior, cesando todo tipo de contacto con las cosas externas para quedar exclusivamente en relación con los recuerdos o las creaciones de la imaginación. Los narcóticos, en este sentido, no son una excepción, sino que actúan como los restantes sustancias modificadoras del órgano intelectual: la variedad de locura a la que dan lugar, más o menos rápida en cuanto a su aparición, y más o menos duradera, es debida siempre al *estado de sobreexcitación* que originan, que da lugar a una disolución de la estructura intelectual que se traduce en la aparición de un estado de onirismo [1250].

II. — Alucinaciones que aparecen en estado aparentemente normal

Se viene manteniendo que determinadas alucinaciones pueden aparecer en estado de completa normalidad de las facultades intelectuales, apareciendo consignado este dato un gran número de libros de texto. Sin embargo, las alucinaciones constituyen un fenómeno mórbido que parece, al menos en principio, muy alejado de la normalidad: oír, ver o sentir sin que haya ninguna estimulación exterior es un hecho psicológico, como mínimo, extraordinario, como para que pueda ser considerado normal.

Esta concepción de las alucinaciones como fenómenos normales es muy del agrado de los autores que defienden que en la alienación mental tan sólo hay una alteración funcional, una modificación exclusivamente psíquica, la cual no tiene por qué estar relacionada, en absoluto, con lesión cerebral alguna. Estos autores se sirven precisamente de estas alucinaciones, aparecidas en estado de aparente normalidad, como razonamiento que avala su postura de la no existencia de lesiones cerebrales, realizando argumentaciones tales como: ¿para qué hacer intervenir lesiones

cerebrales en la locura cuando se puede apreciar que uno de sus principales y más graves síntomas, como son las alucinaciones, pueden aparecer en estado de completa normalidad? ¿Por qué no concebir el alienado como un individuo cuyos pensamientos difieren, *por la forma*, de los pensamientos que encontramos en los otros hombres, pero que, *en esencia*, no difieren en absoluto de los que se producen en el estado normal? ¿Qué necesidad hay de recurrir a desconocidas lesiones orgánicas para explicar la génesis de estos pensamientos? ¿Acaso habría que relacionar inevitablemente los muchos errores cometidos por personas geniales con las consiguientes lesiones de su sustancia nerviosa? ¡Más de un genio ha puesto en circulación ideas estrechamente relacionadas con las ideas delirantes sin que nadie se haya sentido obligado a buscar en la materia gris o blanca de su cerebro el origen de esos errores!

No creo que los partidarios de la *alteración dinámica o funcional* sean capaces de apoyar y defender su hipótesis con razones muy diferentes a las que acabamos de exponer, a no ser que además repitan hasta la saciedad: No creeré en las lesiones orgánicas de las que usted me habla, en tanto no me demuestre la existencia de las mismas. Ahora bien, la endeblez de tales argumentaciones salta a la vista en cuanto se demuestra que las alucinaciones, aun en el caso en que las facultades intelectuales parezcan conservadas, son siempre el resultado de una conmoción, si se quiere rápida o incluso instantánea, pero general y que afecta al conjunto de las facultades mentales.

Como de costumbre, fundamentaremos esta proposición con pruebas extraídas de la observación íntima, si bien previamente nos serviremos además de algunos argumentos de tipo inductivo.

Las alucinaciones, sea cual sea la situación mental del individuo en el que las estamos observando, constituyen siempre un trastorno mental, acaso poco comprendido, pero siempre real. Se puede comparar al alucinado que tiene conciencia de sus alucinaciones con el epiléptico que solamente ha experimentado crisis de vértigo, pero jamás un acceso generalizado de gran mal. El vértigo cede enseguida sin que haya habido aparente alteración de la salud ni a nivel físico ni psíquico. Pues bien, de igual modo que se ha llegado a la conclusión de que no hay diferencia esencial entre una crisis de pequeño mal con manifestaciones exclusivamente de vértigo y un llamativo ataque de gran mal, del mismo modo hemos de admitir un origen común para las alucinaciones que aparecen en un estado de aparente normalidad y aquellas otras que aparecen en medio de un abigarrado cuadro de locura sensorial.

Efectivamente, la modificación primordial es exactamente la misma en ambos casos, aunque pasa desapercibida cuando las alucinaciones aparecen de una forma aislada, bien porque su duración es muy breve, bien porque la disgregación mental a que dado lugar ha sido de poca intensidad, o incluso porque, no pareciendo tener importancia, se ha descuidado determinar cuidadosamente cuál era el verdadero estado mental del sujeto en el momento en que experimentó ese fenómeno alucinatorio.

Pero por el hecho de que el alucinado sea consciente en todo momento de lo que le está ocurriendo, no cabe inferir que no se ha producido ninguna alteración mental, sino tan sólo que no se ha producido una disminución del nivel de conciencia. De hecho, nosotros hemos experimentado que bajo el efecto del hachís ocurre lo mismo: el sujeto es capaz de mantenerse en la posición de observador de su propia alteración mental, la cual es capaz de analizar correctamente. ¿Por qué, pues, no va a servir esta misma explicación para la locura alucinatoria sin delirio?

Por lo demás, si reflexionamos un poco acerca de las *causas desencadenantes* de estas alucinaciones que aparecen en estado aparentemente normal, comprobamos que coinciden siempre con un hecho que actúa como generador de lo que hemos llamado estado primordial. Entre estas causas, cabe citar como las más activas y frecuentes, la presencia de estados emocionales muy vivos, pasiones bruscas cuya brusca explosión entraña una repentina suspensión del ejercicio regular de las

funciones psíquicas, exactamente igual que ocurre en el caso de una congestión cerebral o de un vértigo epiléptico. Bajo esta terrible conmoción afectiva, el sujeto queda como aturdido, con una pérdida instantánea de la conciencia de sí mismo que no le permite darse bien cuenta de lo que está pasando, y actuando de forma maquina y automática como si fuese un juguete de la impulsión que lo domina...

Todas estas expresiones, consagradas por el lenguaje popular, traducen fielmente la situación en la que queda la maquinaria cerebral cuando es sometida bruscamente a la influencia de una intensa emoción: un estado de desorganización o desarticulación rápida de la normal estructuración de las facultades intelectivas, con anegamiento instantáneo de la capacidad asociativa. Pues bien, ¿acaso no nos hallamos ante el mismo estado que se produce bajo el efecto del hachís, el opio o los otros narcóticos? [1500, tres ejemplos superdetallados].

III. — Estado intermedio entre la vigilia y el sueño

Existe un estado intermedio entre la vigilia y el sueño que, sin ser el uno ni el otro, participa de los dos a la vez, por lo que ha de ser considerado un verdadero estado mixto, cuyo análisis detallado es del mayor interés de cara al tema central objeto de este estudio. Durante el estado onírico la vida intelectual no cesa completamente y, de hecho, los sueños revelan la existencia de una vida intracerebral que persiste mientras dormimos y que se alimenta, por decirlo así, de impresiones recibidas anteriormente y ahora guardadas ya en nuestro cerebro.

Pues bien, en este estado mixto que ahora estamos analizando, la mente se alimenta de impresiones procedentes tanto de la existencia exterior, como de la interior, resultándole imposible diferenciar cuáles proceden de una y cuáles de la otra, lo que da resultando a combinaciones de lo más heterogéneo y extravagante, en una palabra: un verdadero delirio.

Si indagamos cuidadosamente cuál es la verdadera situación de la mente durante ese estado de semi-sueño, enseguida descubriremos, por enésima vez, los rasgos que caracterizan y distinguen la modificación primordial. En efecto, al igual que en ocasiones anteriores, hallamos aquí una vez más el relajamiento de los lazos intelectuales y la disgregación de las ideas que, cada vez más deshilvanadas, se asocian de forma extravagante, con la consiguiente alteración de convicciones, afectos e instintos.

A medida que la excitación se acentúa, se va intensificando este estado de onirismo, de modo que muy pronto el sujeto se encuentra sumido en un mundo exclusivamente interior: el sueño con sus extravagancias, sus incoherencias, sus caprichos, monstruosidades e imposibilidades de toda clase. En esta modalidad de existencia las percepciones son mucho más vivas, más lúcidas, la inteligencia más penetrante y esclarecida, la imaginación más audaz, la memoria más segura de sí misma, el juicio mucho más espontáneo. Es como si, librado a sí mismo y sin estar sujeto ya a los lazos que le ligaban hasta ese momento con el exterior, el espíritu fuese capaz de elevarse ahora a las zonas más elevadas de la inteligencia y del mundo moral. ¡Cuántos sabios han soñado la solución del problema que vanamente buscaban mientras estaban despiertos! ¡Cuántos artistas han encontrado en el sueño la inspiración que se les escapaba durante la vigilia!

Efectos análogos son producidos por el hachís, el opio, etc., con una sola diferencia, por lo demás insignificante en cuanto al fenómeno en sí mismo: el estado crepuscular que producen estos tóxicos es tenaz y persistente, mientras que cuando ese estado es debido a la instauración progresiva del adormecimiento ordinario cualquier impresión externa, por leve que sea, puede hacerlo desaparecer.

Cuanto más he ido profundizando en el estudio de ese singular estado que es la duermevela, más razones he ido encontrando y, por ende, más inclinado me he sentido a interpretarlo como lo que los médicos alienistas hemos convenido llamar

delirio o enfermedad mental, si bien dicho estado de semisueño obedece a causas estrictamente fisiológicas. Es decir, nos encontraremos con las mismas modificaciones intelectuales, aquí de modo natural y fisiológico, que las que aparecen allí bajo el efecto de las noxas de la locura.

Las alucinaciones que aparecen durante este estado de duermevela que venimos considerando, por su variedad, pueden ser agrupadas en tres diferentes apartados:

I. Raramente el deseo de dormir es tan brusco como para que el sujeto no pueda apreciar, con mayor o menor lucidez, el estado en el que poco a poco se va sumergiendo, sorprendiéndose del absurdo y extraño modo con que comienzan a enlazarse ahora las asociaciones, las cuales se unen de forma caprichosa a partir de ideas que atraviesan puntual y sucesivamente el espíritu pero sin que guarden, al menos en apariencia, ningún otro tipo de relación entre ellas. El sujeto, por tanto, se halla en un estado en el que todavía es capaz de darse cuenta de que está soñando. Estamos describiendo, pues, un estado de *locura sin delirio*, similar a la locura alucinatoria sin delirio de la que dábamos cuenta un poco antes.

«Por dos veces he experimentado en mí mismo, dice Opix en su *Tratado del alma en la vigilia y en el sueño*, una especie de ensoñación diurna, la primera mientras paseaba por el campo después de cenar. Veía objetos extraños y animados; al mismo tiempo era capaz de razonar acerca del estado en el que me encontraba: era todo muy extraño pues creía que lo que veía era real... Poco tiempo después, mientras cenaba, estaba intentando acordarme de una conversación que acababa de tener, según me parecía a mí; pero al cabo de unos instantes caí en la cuenta de mi error, dándome plena cuenta de que no había hablado con nadie.»

Un poco más arriba habíamos transcrito el ejemplo de una señora que, pese a hallarse en medio de un sueño que le resultaba agradable y que no quería que se interrumpiese, se daba cuenta al mismo tiempo de cuanto estaba sucediendo a su alrededor [570].

II. Por tanto, el estado de duermevela es una causa frecuente de ilusiones y de alucinaciones de toda clase. Y no se trata de casos raros, sino al contrario: probablemente la mayoría de nosotros guardemos entre nuestros recuerdos algún episodio similar a los descritos, si bien no le hemos conferido importancia alguna pues no pensábamos sacar de allí utilidad psicológica alguna, por lo demás, la misma actitud que generalmente hemos mantenido todos nosotros hacia nuestros sueños nocturnos.

Sin embargo, existe una modalidad de hechos de este orden que en todas las épocas han llamado notablemente la atención del público e incluso han atraído la atención de los estudiosos: nos referimos a los casos de apariciones, en los que los sujetos de esas ensoñaciones, no teniendo en absoluto conciencia de que lo que experimentan son ensoñaciones, creen y defienden inquebrantablemente la realidad y veracidad de sus apariciones: «Yo no estaba loco en absoluto; además, tenía la certeza absoluta de que aquello no era un sueño, pues todavía no me había dormido; por tanto, vi, oí y sentí lo que afirmo haber visto, oído y sentido, etc...» En ocasiones el público en general llega a creer que se trata de «apariciones» reales, puesto que las mismas han ocurrido en personas de inteligencia normal o, incluso, en personalidades sobresalientes, y además tenían lugar durante un estado mental en el que las restantes funciones intelectivas se hallan conservadas, a diferencia de lo que ocurre en el caso de los enfermos mentales, quienes refieren sus visiones al mismo tiempo que presentan otras alteraciones nerviosas, por lo que nadie cree en la veracidad de las mismas. Este tema de las apariciones sigue suscitando en la actualidad numerosos estudios e investigaciones, algunos de ellos de gran interés psicológico [1800, vienen ahora varios y detalladísimos ejemplos de supuestas apariciones que omito].

Para completar cuanto acabamos de exponer acerca de las ilusiones y las alucinaciones que acontecen durante el estado de duermevela, conviene reseñar un

hecho que ya ha sido mencionado por numerosos médicos alienistas: las ilusiones y las alucinaciones son mucho más frecuentes en el momento concreto en que el enfermo se está quedando dormido y mientras se despierta.

Un alucinado, del que he hablado en mi memoria sobre *El tratamiento de las alucinaciones*, página 29, «encontrándose acostado en la misma habitación que otros compañeros, oye de repente voces que le parecen provenir de los rincones de la sala. Esas voces le acusan de crímenes imaginarios, le anuncian que será ahorcado y que antes le cortarían la mano derecha como solía hacerse con los parricidas. Helado de terror, se extraña viendo cómo los demás pacientes duermen plácidamente a su alrededor. Se vuelve a acostar, convencido de que ha sido persa de un extraño sueño pero, *no ha hecho más que recostarse sobre la almohada*, cuando de nuevo vuelven esas voces, haciéndose oír ahora con más intensidad que la primera vez. Despierta a sus compañeros... Durante el tiempo que estuvo a tratamiento, oyó todavía una vez más esa voz y fue, precisamente, *en el momento de quedarse dormido*. Dos días después las voces vuelven a inquietar al paciente, *siempre inmediatamente antes de quedarse dormido*... »

Otro alucinado daba cuenta de sus alucinaciones en los siguientes términos: «Experimento terrores cuya naturaleza no acierto a explicarme; oigo, principalmente durante la noche, voces injuriosas y amenazantes que me anuncian desgracias horrendas. Al mismo tiempo tengo la impresión de que dentro de mi cabeza resuena un continuo zumbido, como cuando se la tiene sumergida bajo del agua.» Pocos días después, cuando el mal parecía que ya iba remitiendo, reaparecieron las voces «por un corto espacio de tiempo y justo *antes de quedarme dormido*. Pasado un tiempo, y también *inmediatamente antes de quedarme dormido*, volví a experimentar el mismo fenómeno.»

El 14 de mayo de 1842 el señor Baillarger publicó en *la Gazette medicale* catorce conclusiones a modo de resumen de una conferencia leída unos días antes en L' Académie de Médecine. Dada la estrecha relación que dichas conclusiones guardan con el tema central de nuestro estudio, voy a transcribir las que a mí me han parecido más interesantes, seguidas en algún caso de comentarios míos:

1ª *conclusión*: «El paso de la vigilia al sueño y del sueño a la vigilia ejerce una influencia positiva con respecto a la producción de alucinaciones en los sujetos con predisposición a la locura.»

2ª *conclusión*: «En algunos casos basta con que el paciente cierre los párpados para que aparezcan alucinaciones, aunque el sujeto no se halle todavía dormido.»

3ª *conclusión*: «Las alucinaciones que acontecen en el estado intermedio entre la vigilia y el sueño, a poco duraderas que sean, dan paso a un delirio.»

A nuestro juicio, la persistencia de las alucinaciones es indicio de la gravedad del desorden psíquico general, es decir: del carácter persistente del fenómeno alucinatorio se puede deducir que el proceso mórbido está siendo muy intenso, pero no cabe inferir en cambio que el agravamiento del mal sea consecuencia de la persistencia. En este sentido, las alucinaciones han de ser consideradas simplemente como la manifestación sintomática de la transformación primordial, la cual constituye el hecho subyacente fundamental, proviniendo la mayor o menor energía de las alucinaciones precisamente de este hecho primordial.

4ª *conclusión*: «Los sujetos que, habiendo experimentado previamente alucinaciones durante el estado de duermevela, adquieren luego una enfermedad mental, ésta suele caracterizarse por la presencia de fenómenos alucinatorios, y ello ya desde el principio de la enfermedad.»

El estado alucinatorio que viene a confirmarse en la locura ya declarada no es otro que el que ya había hecho su aparición incipiente durante el semisueño, siendo la modificación psicológica a la que van ligadas las alucinaciones exactamente la misma en los dos casos: nacidas en el estado de semisueño, prosiguen luego en estado de vigilia durante la enfermedad mental.

10ª *conclusión*: «Las alucinaciones del estado de duermevela aparecen con frecuencia tras la sangría que pone fin a un estado de congestión cerebral.»

En efecto, la predisposición a padecer congestiones y, en consecuencia, los estados de congestión cerebral, actúan como causas favorecedoras de las de alucinaciones y de otros fenómenos propios del delirio. Desde el punto de vista psicológico, los efectos de las congestiones son completamente análogos a los del adormecimiento.

11ª *conclusión*: «Las alucinaciones no deben compararse con los sueños en general, sino tan sólo con los sueños con alucinaciones.»

Nosotros, en cambio, no somos capaces de hallar diferencia alguna entre sueños en general y sueños con alucinaciones. Las alucinaciones constituyen un fenómeno siempre presente en todo tipo de sueño. Dicho de otra manera: siempre que un individuo alucina, por el sólo hecho de sus alucinaciones, se encuentra en estado de sueño (ensoñación, *rêve*) es decir, se encuentra en un estado psíquico que, aunque no haya sido causado por el sueño (adormecimiento, *sommeil*), no deja por ello de ser completamente idéntico a este estado. La causa primitiva de las alucinaciones es siempre la misma, independientemente de que le llame *sueño* (adormecimiento) o *alienación mental*.

Si insistimos tanto en este punto, es porque la existencia de una causa primaria, siempre idéntica, para las distintas alteraciones del espíritu, sea como sea que se manifiesten, constituye uno de los hallazgos fundamentales de este trabajo*.

12ª *conclusión*: «La influencia que sobre las alucinaciones ejerce el paso de la vigilia al estado de adormecimiento, prueba que se trata, al menos en ciertos casos, de un hecho puramente físico y que apunta, por tanto, a la necesidad de emplear remedios físicos.»

* Nosotros estamos básicamente de acuerdo con esta afirmación del autor, y sostenemos que todas las variedades de enfermedad mental en las que aparecen elementos productivos, son debidas a un exceso de funcionamiento neuronal: incluimos aquí todos los síntomas productivos (cognitivos, afectivos y motores), ya sean psicóticos o no: esquizofrenia paranoide y esquizofrenia catatónica, psicosis agudas, depresiones psicóticas y no psicóticas, cuadros maníacos, trastornos de pánico, trastorno obsesivo-compulsivo, psicosis de la motilidad, impulsiones irresistibles, psicosis confusionales, trastornos de despersonalización y/o desrealización, etc. En cambio, a diferencia de Moreau que lo engloba todo, nosotros excluimos de este mecanismo etiopatogénico las enfermedades mentales que se caracterizan por sintomatología fundamentalmente defectual o negativa, como: la esquizofrenia simple y la hebefrénica, las demencias y las oligofrenias. En este sentido, según nuestra concepción las esquizofrenias paranoides y catatónicas no pertenecen al mismo grupo de enfermedades que las esquizofrenias simples y hebefrénicas, y deberían ser tajantemente separadas, por más que en ocasiones puedan aparecer conjuntamente en un mismo paciente: las primeras son enfermedades productivas y, por ende, debidas a una hipersincronía neuronal, mientras que las segundas son defectuales y no pueden, por tanto, achacarse a ese mismo mecanismo neurogénico. Dicho de otro modo, el término esquizofrenia debe desaparecer, para dar paso a una enfermedad defectual (el síndrome negativo o esquizotaxia de Meehl) y una enfermedad productiva (las actuales esquizofrenias paranoides y catatónicas) que pasaría a ser una más de las enfermedades que obedecen a una neuropatogenia común de hipersincronía neuronal. Por tanto, bajo el actual concepto de esquizofrenia estamos agrupando dos tipos de enfermedades muy diferentes, no sólo en cuanto a patogenia, sino muy probablemente también en cuanto a etiología, clínica, pronóstico y tratamiento, de tal modo que no tiene sentido seguir manteniéndolas agrupadas en una sola entidad clínica, máxime si tenemos en cuenta que el pronóstico de la esquizotaxia es mucho más grave que el de las enfermedades productivas. Así pues, de ninguna manera se debe seguir etiquetando de esquizofrénicos a pacientes con enfermedades de buen pronóstico, como son los paranoides y los catatónicos. En suma, corre prisa acabar con un concepto de esquizofrenia que probablemente está generando mucho perjuicio en un gran número de pacientes. Así pues, remedando a Catón el Viejo y su *Cartago delenda esse*, nosotros no nos cansaremos de repetir: *esquizofrenia delenda esse... ila esquizofrenia tiene que desaparecer!*

La causa última de las alucinaciones puede ser física o moral; pero sea cual sea, no es capaz de determinar un estado alucinatorio si no es produciendo primero una modificación psicocerebral, modificación que hemos denominado *hecho primordial*. En este sentido, en la base de las alucinaciones existe siempre una causa física u orgánica que no es otra que este estado de *hiperexcitación cerebral* al que tantas veces hemos aludido.

Las impresiones del sueño pueden ser lo suficientemente vivas como para determinar actos físicos (hacernos verter lágrimas, imprimir a nuestro cuerpo determinados movimientos, etc.), pero generalmente, sea cual sea su energía, se eclipsan y desaparecen en el momento de despertar, sin que a penas quede traza alguna de ellas en nuestro espíritu.

Sin embargo puede ocurrir que esas mismas impresiones conserven todavía parte de su energía en el momento de despertar, de tal modo que los pensamientos y las emociones de nuestros sueños, las mismas alegrías o los mismos temores, nos sigan asediando estando ya despiertos. Nos encontramos ahora, por tanto, bajo la influencia de ideas fijas o de alucinaciones cuyo origen se remonta al estado de adormecimiento y que, al principio, no eran más que simples manifestaciones de un sueño acontecido mientras dormíamos. En un caso así, es rigurosamente exacto decir que el delirio es un sueño que perdura, un sueño que continúa al despertar: lo que se veía, lo que se oía durante el sueño, ha dejado tal impresión en nuestro espíritu, que creemos verlo u oírlo todavía cuando el sueño ha cesado ya casi del todo y nuestras relaciones con el mundo exterior se han restablecido ya casi por completo; seguimos conservando el recuerdo de algo que parece haber sido, no soñado, sino real.

¿Qué necesidad hay, pues, de buscar una explicación para el fenómeno alucinatorio distinta a la que acabamos de señalar? ¿No hallamos aquí claramente su explicación íntima? Las alucinaciones son ensoñaciones de los sentidos, al igual que las convicciones delirantes son ensoñaciones del intelecto.

Ya sea que enfoquemos el estado de sueño desde el punto de vista del sueño natural, ya desde el artificial (provocado por agentes tóxicos o por las distintas causas de la enfermedad mental), el fenómeno es siempre el mismo, variando únicamente las causas que producen la modificación primordial así como el diferente grado de persistencia del estado a que dan lugar estas diferentes causas [1500].

III. Las alucinaciones del sueño se presentan en ocasiones con tal intensidad y tales caracteres de veracidad que, por así decirlo, arrastran al juicio, a los sentimientos, a todas las facultades psíquicas, a su órbita de influencia, forzando de ese modo a la convicción.

Este fenómeno psicológico que acabamos de indicar supone, en cierta medida, un abismo entre la vida de vigilia y la del sueño. Precisamente de esta marcada diferencia de intensidad proviene la dificultad que existe para integrar las vivencias pertenecientes a uno y otro mundo: el sujeto no acierta a explicar cómo puede estar experimentando vivencias tan fuertes hallándose despierto, de ahí que se recurra casi siempre a expresiones tales como era como un sueño, parecía un sueño, etc.

Pues bien, esta intensidad del vivenciar no sólo se da en el sueño normal del estado de adormecimiento, sino que es igualmente característica con el hachís, y también bajo el efecto de las distintas causas que dan lugar a la locura [4800].

IV. — Congestiones cerebrales

La congestión simple es una patología muy común, pero a la que apenas si se ha concedido importancia alguna desde el punto de vista de las alteraciones intelectuales a que pueda dar lugar.

«Los desvanecimientos, dice el señor Andral, son más o menos intensos y los pacientes pueden experimentar cefalea, mareos, acúfenos, alteraciones visuales

pasajeras, una dificultad pasajera en la articulación del lenguaje, hormigueos en los miembros y, algunas veces, en el rostro; los ojos suelen mostrarse inyectados en sangre y el pulso es, generalmente, débil.»

Pues bien, tras haber recogido numerosos y muy precisos informes de personas, algunas allegadas mías, que han padecido síncope, yo añadiría:

Frecuentemente el desvanecimiento no se instaure de golpe, sino que la pérdida de conciencia se anuncia a través de sucesivas oleadas de calor que parecen subir desde el pecho hacia la cabeza, al tiempo que se experimenta una sensación de opresión en las sienes, y de incertidumbre e indecisión en las ideas, con imposibilidad de fijar la atención y distracciones insólitas. En ocasiones parece producirse una suspensión del pensamiento, hasta el punto que pudiera parecer que la existencia se ha detenido por un instante a causa de la invasión brusca e instantánea de un sueño profundo y de corta duración.

Recordemos que los narcóticos, y muy especialmente el hachís, dan lugar a fenómenos exactamente iguales al que acabo describir. Estas oleadas de calor, esta dilatación de la calota craneal con expansión del cerebro, etc., etc., son sensaciones, de algún modo, *congestivas*. Un joven médico, que había tomado hachís, tratando de explicar la naturaleza de estas sensaciones, me decía: «es como si me hallase bajo la acción de una rápida sucesión de congestiones».

Por tanto, encontramos en las congestiones cerebrales la modificación psíquica primordial a la que hemos ligado, como fuente originaria indispensable, todas las aberraciones del espíritu, particularmente las alucinaciones, o mejor, el estado alucinatorio. Por ello, nada debe extrañarnos que las congestiones cerebrales constituyan muy a menudo los pródromos ordinarios de la locura, dando paso en esos casos al delirio maníaco, es decir, a la incoherencia absoluta de las concepciones intelectuales [2100, ejemplos].

V — Excitación febril

Todo estado febril, sea cual sea su causa, cuando adquiere suficiente intensidad, o simplemente en virtud de su naturaleza¹, es susceptible de determinar modificaciones más o menos graves de las facultades intelectuales.

Estas alteraciones pueden aparecer al comienzo mismo de la fiebre, durante el período de incubación, de tal modo que el sujeto no sabe todavía a qué atribuir lo que le está ocurriendo. Otras veces surgen al final del proceso febril, durante la convalecencia, siendo especialmente frecuentes en los casos que han requerido sangrías. En efecto, se sabe que las extracciones de sangre pueden dar lugar a accidentes nerviosos en los que aparecen la mismas anomalías intelectuales que en las congestiones o que cuando se introducen sustancias tóxicas en el torrente sanguíneo.

Como de costumbre, los síntomas con los que se inicia el cuadro son: pesadez de cabeza, oleadas de calor, aturdimiento, laxitud e incertidumbre en los pensamientos y en las percepciones, propensión a la ensoñación, privación absoluta de sueño, etc.

De cuanto precede, cabe concluir que la excitación febril reproduce las mismas modificaciones psico-cerebrales que han sido objeto de nuestro análisis a lo largo de este trabajo, modificaciones que aparecen cada vez que va a iniciarse un delirio, siendo las mismas como los prolegómenos del mismo [550, varios ejemplos].

¹ Se sabe que las llamadas fiebres contagiosas (fiebre amarilla, peste, etc.) se acompañan muy a menudo de síntomas cerebrales muy diversos, con delirios que asemejan los rasgos de cualquier variedad de locura.

VI — Afecciones convulsivas

Se sabe que esta variedad de afecciones, la epilepsia y la histeria, por no citar más que dos de ellas, suelen acompañarse de alucinaciones de uno o varios sentidos, es decir, de un estado alucinatorio parcial o general.

Este hecho ha sido reseñado por diferentes autores con más o menos exactitud. A lo ya dicho por ellos, una vez más hemos de añadir nosotros que la situación psicocerebral en la que se origina el estado alucinatorio no es otra que el *hecho primordial*. En efecto, si se interroga con cuidado a estos enfermos y, mediante las cuestiones apropiadas, se consigue apoyar y dirigir un juicio naturalmente incierto a causa del proceso que está atravesando, enseguida descubriremos los hechos característicos del estado de sobreexcitación.

En muchos enfermos la crisis es tan súbita que les impide darse cuenta en absoluto de lo que sucede. En otros casos los sujetos experimentan ciertas señales, físicas o morales, que le anuncian el accidente que va a tener lugar. En ocasiones con varios días de antelación, si bien lo más habitual es que sean sólo horas o minutos, los enfermos experimentan en la cabeza una sensación peculiar, sensación que suelen comparar a un desvanecimiento. Sufren ausencias de espíritu, distracciones involuntarias; notan como nubes que pasan por delante de sus ojos; se sorprenden pensando las ideas más extravagantes que se pueda imaginar, incluso articulando palabras que no guardan relación alguna con las ideas que voluntariamente se mantenían en la conciencia.

En algunos casos, especialmente entre los histéricos, a las alteraciones intelectuales que acabamos de citar, se unen enseguida otras de naturaleza exclusivamente afectiva, como pueden ser pánico, temores infundados, una viva ansiedad, etc.

Cuando aparecen las alucinaciones es señal de que el acceso está ya muy próximo a estallar.

Durante varios meses ha permanecido en mi servicio de Bicêtre un epiléptico cuyos ataques iban precedidos, casi siempre, por alucinaciones. Al tiempo que comenzaba a notar ciertos dolores en las articulaciones y sus dedos se ponían rígidos y fríos, este hombre, que habitualmente era muy tranquilo, trabajador y de una gran dulzura de carácter, se transformaba, poco a poco, en turbulento, charlatán y altanero. Continuaba haciendo su trabajo pero, como él mismo decía, «seguía trabajando sin que mi cabeza estuviese ya en lo que hacía, sino en otra parte...»

Insensiblemente el señor L se volvía sombrío, evitaba a sus compañeros, manifestaba temores de envenenamiento y una viva desconfianza respecto a todos los que vivían cerca de él. En fin, oía voces injuriosas y amenazantes; creía que estaba siendo vigilado por espías. Una noche abandonó su casa, en el barrio de San Antonio, temiendo que iban a asesinarle, huyendo a toda carrera a lo largo del canal de San Martín y convencido de que le perseguían tres hombres armados para matarlo. No volvió a su casa hasta el día siguiente, lunes, por la mañana, habiendo pasado la noche escondido detrás de un montón de madera almacenado en el muelle [400, siguen otros ejemplos].

Podría suministrar todavía otros muchos ejemplos con los que poner todavía más claramente de manifiesto este principio psicológico que, respecto a los desórdenes del espíritu y más particularmente respecto al estado alucinatorio, venimos preconizando y que no es otro que el hecho primordial que hemos señalado en cada una de las diferentes secciones de nuestro estudio.

VII — Privaciones y causas debilitantes: hambre, sed, frío.

Hay una condición fisiológica indispensable, más que ninguna otra, para el buen funcionamiento de los engranajes del organismo: nos referimos a la nutrición, acto

por medio del cual las sustancias sólidas o líquidas son introducidas en la economía para contribuir al mantenimiento de los órganos y remplazar los materiales que han sido expulsados a consecuencia de la actividad excretora.

Cuando falla esta condición, el órgano del que dependen las facultades intelectuales manifiesta su estado de sufrimiento mediante síntomas tales como extrañeza, extravagancia, excitación inhabitual, etc., síntomas que desde siempre han llamado la atención y causado extrañeza en los diferentes autores. Estudiadas desde nuestra perspectiva estas manifestaciones intelectuales, no tienen nada de extraño.

No puedo ocuparme ahora con detalle de cómo actúa sobre el sistema nervioso cada una de las causas enumeradas en el encabezado de esta sección. Dejaremos, pues, a un lado si el hambre produce una reacción simpática del estómago o si se trata, como diría Broussais, de una repercusión de la excitación gástrica sobre el sistema cerebral; o, incluso, si la impresión mórbida experimentada por el cerebro no es más que el resultado de la corrupción de los líquidos, en particular de la sangre, a causa de la ausencia de moléculas reparadoras. El esclarecimiento de estas cuestiones queda fuera de nuestro interés, debiendo centrar nuestra atención sobre la observación de las alteraciones intelectuales que aparecen en las circunstancias reseñadas.

Aquí, como en todos los demás casos, el cuadro comienza con esa conocida excitación maníaca, con gradual disociación de las ideas, que transforma la vida real, basada en sensaciones del mundo exterior, en una vida imaginaria nutrida exclusivamente de recuerdos y fantasías o, para hablar con más exactitud: en una mezcla de ambas existencias.

Si mantengo tales afirmaciones, sin duda sorprendentes para casi todo el mundo, es porque me baso en mis propias experiencias y observaciones. En julio de 1837, atravesaba yo esa parte del desierto africano que se extiende a lo largo del litoral mediterráneo, la región de Damiette, o mejor del lago Menzale en Al-Arich. La caravana estaba formada por un comerciante turco, un criado francés y tres camelleros. Tras ocho días de marcha a través de las dunas, con una temperatura de 36-38°, nuestra provisión de agua se había terminado, siendo necesario recurrir al agua salobre que se puede extraer excavando la arena hasta cierta profundidad. Tan desagradable resultaba esa bebida que nos conformábamos con beber una mínima cantidad a fin de refrescar mínimamente nuestras reseca gargantas.

El señor ... (el criado), de unos cincuenta años y con muy buena salud hasta entonces, aunque poco después moriría de disentería, fue el primero en resentirse de la falta de agua potable. Su vigor y su actividad, que habían resistido las fatigas del viaje, la elevada temperatura y las ráfagas huracanadas del viento abrasador desierto, comenzaron a abandonarlo. Iba mostrándose cada vez más indolente, de tal modo que se quedaba fácilmente amodorrado sobre su dromedario, teniendo que estimularlo yo a cada momento. No se dormía, pero se quedaba ensimismado con pensamientos y recuerdos que le transportaban a su país. —«Es extraño, me decía, no soy capaz de quitarme estos pensamientos de la cabeza, y, aunque sé que no es así, tengo la impresión de que estoy en Francia. —Está usted soñando, le dije yo. — No, justamente en el momento en el que usted me está hablando no, pero hace un instante veía colinas verdes con pájaros y arroyos que corrían por todas partes, fuentes de agua clara como el cristal... ¡Lástima que todo eso no sea real y que los árboles y las fuentes se alejen a medida que nosotros nos acercamos a ellas!»

El día doce de nuestra marcha, cuando el señor ... se encontraba ya en estado francamente maníaco, llegamos a Al-Arich, donde conseguimos agua dulce en abundancia.

Durante esa travesía, sin llegar a su estado, también yo pude experimentar en mí mismo muchos de los fenómenos que había observado en él. A ratos me sentía dominado por un sueño invencible. La luz cegadora que reflejaban las arenas me cansaba la vista y producía dolor en mis ojos. Cansado de la monotonía del desierto, con sus desoladoras e interminables extensiones de arena en cuyos horizontes

parecían dibujarse ríos fantásticos, me había acostumbrado a ir leyendo mientras viajábamos. Pero el cansancio era tal que me costaba mucho seguir cualquier argumento de la lectura por sencillo que fuese. Mi atención se debilitaba más y más. Cuanto más me esforzaba por olvidar la sed que me abrasaba, mayor era mi sentimiento de impotencia. Mi único deseo era llegar pronto a Al-Arich, donde dispondríamos de agua a discreción. Me esforzaba en combatir estas ideas, evocando recuerdos de mi vida pasada que pudiesen despertar en mí sentimientos agradables. ¡Imposible! No conseguía imaginar más que helados, sorbetes y todo tipo de deliciosas bebidas. Entre todas esas imágenes, se me representaba una con especial nitidez y con tal viveza que parecía una verdadera alucinación: veía un café granizado que acostumbraba a tomar yo, en la Plaza del Castillo en Nápoles, en las calurosas tardes del mes de agosto. Esta imagen constituía una especie de verdadera monomanía dentro de mi mente.

Una vez más, descubrimos el hecho primordial en todas estas ensoñaciones: la asociación normal de las ideas escapa, poco a poco, a la voluntad, y las ideas que se hallaban presentes en la mente en el momento en que se instauraba esa debilidad, van ganando más y más fuerza conforme el quebrantamiento intelectual se acrecienta.

Por los mismos motivos, los lazos que nos unen al exterior se van aflojando, hasta terminar por romperse; la conciencia de nosotros mismo se debilita, y pasamos así de la vida real a la de la imaginación: insensiblemente los objetos imaginarios adquieren la intensidad propia de la realidad, al igual que ocurre en los sueños. Repitémoslo una vez más: soñamos despiertos. [570]

[Suprimidas hasta aquí unas 19.000 palabras de un total de 59.000, es decir casi tercio del texto]

CAPÍTULO TERCERO

I. Las alucinaciones en los alienados

En los capítulos precedentes hemos demostrado experimentalmente que cada vez que el curioso fenómeno de las alucinaciones se ofrece a nuestra observación, apareciendo mezclado con los actos de la vida real, infaliblemente encontramos como causa basal del mismo un estado psíquico determinado que consiste en una alteración dinámica del sistema nervioso, el cual se encuentra sobreexcitado en esos momentos. Igualmente hemos visto que el cáñamo indio sirve para proporcionar esa sobreexcitación al cerebro. Hemos denominado a ese estado fuente primitiva o hecho primordial y generador de todos los fenómenos patológicos de las facultades intelectuales.

Hemos constatado esta lesión en: 1º el estado alucinatorio producido por las sustancias tóxicas; 2º el que se desarrolla bajo determinadas circunstancias fisiológicas en las que no parece concurrir hecho mórbido alguno, por lo que cabe hablar de estado alucinatorio hallándose el sujeto sano; 3º en el estado intermedio entre la vigilia y el sueño, o estado de duermevela o entresueño; 4º en el sueño completo; 5º finalmente, en ciertos estados patológicos diferentes al de la locura, tales como:

- a) congestiones cerebrales,
- b) estados febriles,
- c) neurosis,
- d) privación de alimentos, bebida o frío intenso prolongado.

A continuación vamos a analizar la ocurrencia de estos fenómenos durante la locura, es decir, cuando se presentan en los enfermos mentales, análisis que nos

llevará a la conclusión tantas veces repetida: la fuente de los fenómenos alucinatorios propios de la locura no es otra que el mismo hecho primordial que igualmente hemos encontrado como causa generadora de estas manifestaciones en todos los casos anteriores.

Veamos ahora estos hechos sometiéndolos a las enseñanzas que hemos extraído de nuestra experiencia con el hachís. Analizaremos en primer lugar las alteraciones mentales en las que el estado alucinatorio se presenta con mayor nitidez, siendo precisamente la *estupidez* la enfermedad en la que dicho estado aparece con más evidencia e intensidad. Leyendo atentamente las observaciones del señor Baillarger acerca de esta clase de enfermos se podrá comprobar que los alienados estúpidos viven en medio de ilusiones y de alucinaciones de toda clase, hasta el punto de que su existencia parece haber quedado reducida a un mundo exclusivamente imaginario.

Baillarger resume los principales rasgos del delirio de los estúpidos con el siguiente ejemplo: «El enfermo se halla siempre a merced de terribles ilusiones y alucinaciones, creyéndose a sí mismo, ya en galeras, ya en una casa de prostitución, o bien prisionero en un país extraño. Interpretaba las bañeras del establecimiento sanitario como si fuesen barcos, la aplicación de un vejigatorio como la señal de que había sido condenado a trabajos forzados, y los enfermos que le rodean como muertos que han resucitado o como prostitutas o soldados disfrazados. Todos estos personajes presentan para él un aspecto amenazante. Percibe a su alrededor coches fúnebres cargados de ataúdes, un volcán a los pies de su cama, un abismo sin fondo que iba a engullirlo. De cuanto oye no distingue más que estas palabras: hay que matarlo, quemarlo en la hoguera, etc. De todas partes le llegan injurias. Oye un ruido mecánico que él interpreta como que están torturando a sus hijos... Generalmente es capaz de comprender las preguntas que se le hacen, pero no sabe explicar qué es lo que le retiene impidiéndole responder a las mismas. ¿Qué es lo que sujeta su voluntad? ¿De dónde proviene la parálisis de su voz y de sus miembros? No es capaz de encontrar una explicación y por más que en algunas ocasiones hubiera deseado chillar y gritar, no le resulta posible hacerlo. Cuando todo este estado hubo cesado, el enfermo, como quien sale de un largo adormecimiento, preguntó que dónde había estado y que cuánto tiempo llevaba así. Según dijo él mismo, todo había sido como un mal sueño.»

Los puntos de contacto que presenta el estado de los alienados estúpidos y el estado de sueño son tan numerosos que no podían escapar a la capacidad observadora de Baillarger quien afirma que «el hombre que sueña, como el alienado afecto de estupidez, ha perdido la conciencia del tiempo, del espacio y de las personas; ya experimente alucinaciones, ya impresiones reales del exterior, todas ellas van a ser fuente de otras tantas ilusiones... la voluntad se halla suspendida, el espíritu deja que las ideas vaguen a su antojo...»

Comparemos esta descripción de Baillarger con cuanto hemos venido diciendo acerca de ese estado de duermevela que precede al sueño, estado mixto que parece participar por igual de la vigilia y del sueño: ¿cuántas veces tendremos que insistir en la analogía, mejor dicho, en la identidad de este estado y lo que hemos denominado el hecho primordial? ¿No tenemos aquí, una vez más, la prueba de que el estado de los alienados estúpidos se origina precisamente en este estado?

Baillarger señala como rasgos característicos de estos enfermos «la pérdida de la conciencia del tiempo, del espacio...», que son precisamente los síntomas fundamentales de la modificación intelectual que produce el hachís: he aquí otra prueba más de la consanguinidad de los desórdenes intelectuales propios de los alienados estúpidos y los que produce el hachís, vinculando el origen de unos y otros al hecho primordial.*

* Siguen ahora dos capítulos dedicados, el primero de ellos a la opinión que sobre estas cuestiones han mantenido diferentes autores clásicos (Pinel, Esquirol, Leuret, Lélut y Baillarger), y el segundo a las posibles implicaciones terapéuticas que pudieran derivarse de la

hipótesis aquí propuesta, los cuales, salvo por su indudable valor histórico, carecen de interés para nuestra concepción actual de la psiquiatría, por lo que hemos decidido finalizar aquí la traducción d la obra de Moreau de Tours.